ENSAYOS

TOMO III

HUERTO CERRADO



Ministerio de Educación y Cultura

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

Colección de Clásicos Uruguayos

Vol 156

Juan Zorrilla de San Martín

ENSAYOS

TOMO III

HUERTO CERRADO

Cuidado del texto a cargo de las Profesoras Elisa Silva Cazet y María Angélica Lissardy de Monserrat

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

ENSAYOS

TOMO III

HUERTO CERRADO

MONTEVIDEO
1978

SENTIDOS ESPIRITUALES

(De un libro inédito)

I

A causa de no sé qué revelaciones, desenterradas o por desenterrar en el fondo de un río de Inglaterra, y con ocasión de una clave autobiográfica que se dice descubierta, y otras cosas por el estilo, vuelven a hablarnos de su propósito los que abrigan el de demostrar que el Guillermo Shakespeare que conocemos y consideramos un genio, el que murió hace tres siglos, no era tal cosa, sino un pobre hombre, un pobre diablo, como quien dice. Y que los dramas que le atribuimos, ese "*Hamlet*", de cuyos monólogos hablaremos, el "*Rey Lear*", la "*Tempestad*", los "*Ricardos*", los "*Enriques*", etc., fueron obra de su contemporáneo el filósofo y político Francisco Bacon, lord canciller de Inglaterra. Este caballero, eminente pensador, por cierto, a fin de no aparecer como comediante o autor de comedias, o por otras razones, habría hecho de aquel Shakespeare su testaferro literario. Es eso, más o menos, lo que dice algunos de los promotores del proceso. Y si a ellos se agregan los que, terciando en el asunto, sostienen que Shakespeare no fue otro que William Stanley, sexto conde de Derby, o que hubo dos Shakespeare y un Bacon que escribieron comedias, nos encontramos con que, en resumidas cuentas, Shakespeare, el autor de "*Hamlet*", no era nadie.

Yo de mí sé decir que todo eso me parece no más serio que los milagros de Mahoma, y así creeré en ello

como en la piedra filosofal; pero, sobre todo, juzgo inútil la contienda. Que ese vocablo Shakespeare designe una persona de carne y hueso, calva, de ojos amables, de barbilla en punta, vestida de golilla y de calzas, y talabarte de terciopelo, o que sea la etiqueta que nos sirve para distinguir una obra literaria genial, eso me tiene sin cuidado; lo que nos importa a todos es la obra, los dramas, que son nuestros... Tú no eres tu nombre, dice Julieta a Romeo; eres tú mismo.

Pero si bien eso es verdad, no es posible decir que el nombre no sea nada en absoluto; es algo, y algo muy digno de atención. Romeo no es su nombre, efectivamente, para el amor de Julieta; pero su nombre *"Romeo Montesco"*, no deja de ser *una cosa,* para el odio de los *"Capuletos"*, cuando menos; una cosa execrable.

Montaigne, en sus *Ensayos,* tiene sobre esto algunas ideas originales que nos vienen muy a cuento. "Existe, dice, el nombre y la cosa; el nombre es una voz que nos recuerda y significa la cosa; no es una parte de ella, de su sustancia; es una pieza unida a la cosa y fuera de ella al mismo tiempo". "Dios, agrega el original francés, que es en Sí toda plenitud y el colmo de toda perfección, no puede aumentarse o decrecer hacia adentro; pero *su Nombre* puede, sí, aumentarse y acrecer por la bendición y la alabanza que nosotros damos a sus obras exteriores. Y, puesto que no podemos incorporar a Él nuestra alabanza, la atribuimos a su Nombre, como lo más vecino a Él, fuera de Él mismo".

Estamos ante el misterio o aparición de la Palabra, del Verbo.

Que sea santificado *tu Nombre,* oh Padre que estás en los cielos, dice, efectivamente, la oración que nos

enseñó el Maestro. Nuestra ayuda está en *el Nombre* del Señor, dice el ritual sagrado. Reciba el Señor el sacrificio de tus manos, en alabanza y gloria de *su Nombre,* dice el pueblo cristiano al sacerdote que celebra los misterios. Toda nuestra liturgia es un canto a un Nombre, al del Señor. "Alaben todas las gentes, todas las cosas, todo el universo *el Nombre* del Señor, canta el salmo unísono. Al Nombre de Jesús doblen las rodillas todas las criaturas del cielo, y de la tierra y del infierno"...

¡Oh Señor y Dueño Nuestro! ¡Cuán admirable es vuestro Nombre en toda la tierra!

Vuestro Nombre existe desde la eternidad, oh Vos, Señor, Señor, Padre y Redentor Nuestro"...

Existe, pues, la gloria del Nombre de Dios desde la eternidad. Pero la de los hombres; la gloria terrestre de las personas que se murieron hace tres o cuatro o más siglos, y cuyo nombre es o no es, eso da mucho que pensar. El sol de los muertos ha sido llamada la gloria. Pero ¿es algo de los muertos realmente, por serlo de sus nombres, eso que llamamos gloria? ¿O es sólo nuestro, de los que vivimos y tales nombres repetimos? Mucho me temo que la gloria terrenal no sea nada, en resumidas cuentas: una palabra, un sonido del viento. ¡Ese anhelo de ser conocido y alabado de aquellos a quienes uno no conoce, ni conocerá jamás!... ¿O todos nos conoceremos algún día, y nos nombraremos por nuestros propios nombres? ¿O tenemos un nombre que emana de nosotros mismos y que no conocemos?

Pensemos en los hombres superiores desconocidos, más grandes que los conocidos quizá, más benéficos, y que no han dejado recuerdo de su persona, ni de su obra, ni siquiera de su nombre. ¿Qué son esos efí-

meros pasajeros? Velas negras navegantes en la oscuridad; llamas que no se encendieron por falta de oxígeno.

La verdad es que uno se explica cómo nacen y por qué, las doctrinas filosóficas sobre el conocimiento, tan varias y que tanto nos intrigan: las de los que se dan a inventar, sobre todo, cosas raras contrarias al sentido común inaccesibles a toda percepción imaginativa, es decir, a la gran mayoría de los hombres, para quienes la imaginación o la fantasía es al entendimiento lo que la pasión a la voluntad, si la pasión es regida por la voluntad y la fantasía por el entendimiento. Pensar, recordar, imaginar... Si no es la misma cosa, muy poco le falta; eso es lo cierto.

Esos descubridores van tras de las velas negras de barcos fantasmas; miran hacia todas partes, dentro y fuera de sí mismos, en busca de la estrella fija; hacia todas partes, menos hacia arriba, quizá, que es donde está, precisamente, para todos los navegantes, y para todo el mundo, esa estrella fija o polar.

Sea de ello lo que fuere, yo, que tanto necesito de mi imaginación para razonar sin demasiada confusión, siento no poder menos de mirar con cariño, no sólo el nombre, pero la persona de ese mi hermano Guillermo Shakespeare, el calvo, el de ojos amables, el de barbilla puntiaguda, el inglés autor de los dramas que sabemos, y que murió hace tres o cuatro siglos. Y ese sentimiento, la idea de que yo pueda querer a Guillermo Shakespeare como a un hermano ausente con quien puedo encontrarme, de este o del otro lado, a la vuelta de la última esquina, me hace pensar en un orden de sensaciones, verdaderas sensaciones, para las que existen objetos que aquí no vemos, bellezas que no sentimos; me hace creer en la existencia

de ciertas funciones o potencias en reserva o en incubación, especie de ruedas dentadas que buscan engranar en algo: colores, sonidos, olores de una mañana o primavera, próxima o remota, en que notas y colores, ideas y pasiones, forman una sola vibración sinfónica, la belleza primordial, sustancial, fuerza centrífuga del universo.

II

Hay en nuestra alma, efectivamente, algo que podríamos llamar *los sentidos espirituales,* que no dejan de tener su analogía con los corporales. Estos, la vista, el tacto, el oído, nos ponen en relación con las cosas o fenómenos del mundo, que son incomprensibles, impenetrables, para el que carece del sentido por el cual los percibimos. El ciego no puede tener idea del color; la noción del sonido no existe para el sordo-mudo; sabe de él por sus efectos en los demás.

Pero más allá de esos sentidos está el otro o los otros, los hechos para tocar las otras cosas, apariencias de lo inmaterial, formas, materia eterna, y de que carecen al parecer algunos hombres.

Novalis nos sugiere algo de eso cuando nos dice que la incredulidad es "carencia del sentido de lo divino"... Y Morley, el crítico inglés, nos ofrece un caso práctico, cuando nos cuenta la historia de la primera entrevista de Johnson y de Reynolds.

Dos damas de la sociedad deploraban, en presencia de éstos, la muerte de un amigo de quien se consideraban muy obligadas. Reynolds les dijo que, cuando menos, tenían el consuelo de verse desembarazadas de una deuda de gratitud.

Esta peregrina manera de atenuar la pena de aquellas damas chocó a éstas, como era natural, agrega

Morley; pero Johnson no sólo defendió la idea de Reynolds, sino que, por el conocimiento que de la naturaleza revelaba el que la había expresado, acompañó a éste hasta su casa, se hizo amigo suyo, y lo fue toda la vida. En el siglo XIX, agrega, ningún moralista celoso de su reputación se atrevería a cargar con la paradoja de Reynolds.

Yo, por mi parte, no veo en eso nada de paradojal; sólo percibo, así en Johnson como en Reynolds, la falta de un sentido. El dicho del último, profundo en su fuerte sinceridad, es el del hombre que carece del sentido espiritual, del órgano de lo divino que dice Novalis. Todos los moralistas que se hallen en el mismo caso deben pensar así, si no son inconsecuentes.

Shakespeare no piensa así, porque la posesión de aquel sentido en grado máximo es precisamente lo que más distingue su genio, como se sabe: las reapariciones de los que murieron, personajes de sus tragedias: de los que vuelven o *vienen de nuevo; revenants*, dicen los franceses.

III

¿En qué quedamos, pues? ¿Hemos contraído y tenemos una deuda de gratitud o de lo que sea, una deuda cualquiera, para con los muertos que en vida nos hicieron bien, o que, como Shakespeare, nos legaron obras grandes y benéficas, que viven con nosotros y en nosotros? ¿O toda deuda queda saldada por completo en el momento en que se muere, no existiendo otra que la material o jurídica que se debe al que continúa en la tierra la persona del muerto, y es llamado su heredero según el Código?

Convengamos en que, para deber algo a alguien, a esos ausentes o difuntos inclusive, sea a título de amor

o de gratitud o de lo que sea, son necesarias dos condiciones, cuando menos: la primera, y ante todo, que el acreedor exista; la segunda que los vivos podamos estar en relación o en sociedad con ellos, darles o pedirles algo, pagarles o cobrarles algo.

Si no creemos en eso, no les debemos nada, eso es lo cierto; la muerte desembaraza de las deudas, sea cual fuere su origen. Y el desaparecer de nuestros bienhechores sería casi de desear, efectivamente. Lo que dice Reynolds es mucho verdad.

Pero si es cierto, como es razón creerlo, y yo lo creo, y lo crees tú, hombre de bien; si es cierto que el solo instinto nos hace rechazar indignados ese consuelo en la muerte de los que amamos, es porque el sentido de la vista espiritual nos permite percibir las personas que están del otro lado del sepulcro como objeto de una percepción pasional, sensible, por lo tanto, y que supone un objeto, también sensible, es decir, al alcance de ciertas tenuísimas antenas que tiene nuestro cuerpo orgánico.

Hay, pues, un fondo de verdad en el de esas leyendas o mitologías, aun en el de esas patrañas de aparecidos, tan comunes a todos los tiempos, y que no en balde son tema preferido de los más hondos poetas, de Shakespeare, sobre todo, el grande por antonomasia, tan dado a los personajes fantasmas. No son sólo los niños los que se impresionan con esas cosas; y, si lo son, hay un niño que todos sentimos en nosotros mismos y que persiste en el hombre mientras vive. Shakespeare era eso. Y no otra cosa es el poeta, en general, bien es recordarlo, ni distinto el sujeto de los pánicos sin causa aparente, ni siquiera fisiológica, que suelen asaltar a los hombres en ciertas horas. Tampoco es otro el origen de ese anhelo de *comunicacio-*

nes o evocaciones que se ha sentido siempre, hoy más que nunca quizá, y que tiene su ejemplar, entre muchos otros, en ese Edison, el genial inventor del fonógrafo y demás ingeniosas máquinas, o aparatos de transmisión. Edison se ha dado a inventar uno, según dicen, (no sé si con fundamento) cuyas antenas o tentáculos electrizados nos pongan en contacto, al través de la muerte, con las almas; con los habitantes del otro mundo, mejor dicho, que no son sólo almas, por lo visto. Edison recurre a sus aparatos, como Kant o Hegel a sus ideas. Todos son mecánicos, inventores; cada cual dispone de lo que tiene a mano: ideas o pilas eléctricas. Si se consigue dar vista a un ciego con perfeccionar el cristal de sus anteojos, se subirá por esas escaleras al otro mundo. Una máquina de juzgar sería un famoso descubrimiento; sus juicios serían infalibles; sus sentencias inapelables.

IV

¿Qué es, pues, lo que desaparece, y qué lo que aparece en muertos y vivos?

Es bien lo pensemos. Nos servirá para ello la presencia de un muerto amable. Séalo la de esa hermosa mujer que acaba de callarse para siempre; su belleza persistente hará que nuestro discurso sea, como ella, imperturbable y serio.

"Hela ahí, pues, sobre su cama, leo en un libro. Está un poco más pálida que de costumbre, con la cabeza abandonada hacia atrás, como una copa volcada... Todavía se parece a sí misma, y no es más que una forma hueca, ilusoria, como las ropas apenas quitadas, que todavía conservan, por un momento, el calor y la forma del cuerpo..." Meditaremos ante esa

hermosura muerta; pensaremos en lo que es esa forma, al menos mientras no se desvanezca. Porque va a desvanecerse, no hay duda, a transformarse muy pronto. Dentro de algunos días será otra forma, otra cosa... Y dentro de algunos años...

¿Qué es eso que está ahí sobre la cama? ¿Es una persona? Una persona... no, no lo es, me parece; pero tampoco puede decirse que sea sólo una cosa, una de tantas cosas, una obra de arte, modelada en materia frágil, y perteneciente a un heredero. ¿Será propiedad de algún heredero eso que está sobre la cama?

Que no es una entidad capaz de deberes, parece fuera de duda. Y sin embargo, también parece indudable que sí lo es de derechos. Y que éstos, como todo derecho, imponen deberes correlativos. El de respetar esa forma vana existe, no cabe duda; no podemos confundirla con forma alguna del universo; un sentimiento humano, que ha existido siempre, la defiende de la profanación. Es mucho el silencio que se difunde en torno de esa cosa inmóvil.

Un hombre muerto, dice Novalis, es un hombre elevado al estado de misterio absoluto.

Misterio... ¿Qué cosa es un misterio?

Ha habido quienes, en vida, han vendido el propio cuerpo, o algún pedazo de él, el cerebro, el esqueleto, el corazón; un cantante vendió los órganos de la voz. Esos no han vendido su persona, *su yo;* antes por el contrario, hacen de ese yo o persona, aun después de la muerte, el primer ocupante, el propietario, con derecho de transmisión de esas cosas o bienes, fungibles o no fungibles: el cráneo, el corazón, las cuerdas vocales; el propio cuerpo, o una parte de él.

Sepamos lo que es, y sobre todo *de quién es* esa forma pálida, parecida a sí misma, que tenemos presente, como tema de meditación.

Cuenta Montaigne, entre sus muchos cuentos, que Stilpón había escapado del incendio de la ciudad en el que había perdido mujer, hijos y fortuna. Como Demetrio lo viera con la cara tranquila después del incendio, le preguntó si no había sufrido perjuicio en él. Stilpón le contestó que no, que, gracias a Dios, *no había perdido nada suyo.*

Era un original, no hay duda, ese buen hombre de Stilpón; su fortuna no era suya; su mujer no era suya, ni eran suyos sus hijos... ¿Qué cosa era entonces de Stilpón, *suyo propiamente*, y cuya pérdida le hubiera causado perjuicio o menoscabo?

Si ese gentilhombre de Stilpón hubiese perdido el brazo izquierdo, pongo por caso, en el incendio, ¿hubiera perdido algo suyo, y sufrido menoscabo o perjuicio, por ello? ¿Era realmente más suyo, más *su "Yo"*, ese brazo izquierdo, que el hijo que se le había quemado en el incendio, o la mujer, o la casa?

Quizá por ese camino podamos penetrar algo en el secreto de la mujer muerta que contemplamos, y quizá en el de la muerte misma.

No puede negarse que el hijo de Stilpón era una persona distinta de Stilpón; y, en ese sentido, no era nada de su Yo: pero no es menos cierto que, también en algún sentido, el brazo izquierdo de Stilpón no era tampoco la persona de Stilpón, ni parte esencial de ella, pues ésta, su persona, su yo, quedaba tan íntegro y persistente después como antes de quemado o desaparecido el brazo. Allí estaba Stilpón manco, con el brazo izquierdo transformado en humo; pero estaba todo él, todo Stilpón de carne y hueso: la misma me-

moria, el mismo pensamiento, la misma voluntad libre, ni más ni menos; todo en una conciencia. *Y en el mismo cuerpo*, nótese bien, en el mismo cuerpo. Stilpón pudo haber nacido con un solo brazo: el humo que produjo el que se le quemó dejó de ser de Stilpón; se transformó en *res nullius*, cosa de nadie. Un diente que se saca; el cabello o las uñas que se cortan tienen algo de eso.

Que en eso se diferencia ese hombre Stilpón de una piedra, por ejemplo. Si dividimos la piedra en dos, nos encontramos con dos piedras: pero no tendremos dos Stilpones, sino uno, así lo dividamos en varios trozos, en muchos trozos, en infinitos trozos. Uno de éstos será Stilpón, sin embargo; el que sea *sustancia o esencia de su cuerpo*. Los otros no serán pedazos de hombre, sino cosas completamente ajenas a él, *cosas de nadie,* mientras no sean de alguien, del primer ocupante, sea o no Stilpón, que las haga propias, al ocuparlas *animo domini,* con ánimo de dueño. Es lo que se llama propiedad, según dicen por ahí, derecho de propiedad.

Porque bien podemos suponer que otro accidente ha arrebatado a Stilpón el otro brazo, el derecho. Todo el Yo de Stilpón persiste tal cual estaba cuando se quedó sin el brazo izquierdo; sólo que ahora son los dos brazos los convertidos en *cosa de nadie.* También pudo Stilpón haber nacido sin brazos... Pero ocurre algo más grave: después se le quemaron las piernas... y también la cabeza... Cuidado que esta idea no es tan estrafalaria como parece, ni extravagante. Para nuestro raciocinio, la diferencia entre los brazos y la cabeza es accidental, completamente accidental. "Yo puedo, dice Pascal, concebir perfectamente al hombre sin manos, pies ni cabeza, pues *es sólo la experiencia*

la que nos enseña que la cabeza es más necesaria que los pies. Pero no puedo concebir un hombre sin pensamiento; sería un bruto o una piedra".

La afirmación de Pascal, tan metafísica al parecer, está siendo autorizada, sin embargo, por la ciencia física experimental, empeñada a veces en demostrarnos lo inútil, o poco menos, de algunas vísceras del cuerpo que juzgábamos vitales; pero una observación muy honda se nos ofrece: recordemos el *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu* de los clásicos: *nada está en la inteligencia que primero no haya estado en los sentidos,* que no haya pasado por ellos. No concebir al hombre sin pensamiento es no concebirlo sin alguna suerte de sentidos, de sensibilidad, mejor dicho, de articulación de su *Yo* con el *no Yo,* con el universo material de que forma parte el organismo humano.

He aquí, pues, a Stilpón sin piernas, ni brazos, ni cabeza. No ha perdido nada *suyo,* gracias a Dios, nada que sea más *su "Yo"*, cuando menos, que la mujer, el hijo o la fortuna que se le quemaron en el incendio. Es Stilpón, la *persona* de Stilpón casi invisible; no muerto propiamente: sordo, mudo, ciego, sin olfato, sin gusto: pero es él, su cuerpo y su alma; su persona humana; todo él, con su conciencia, sus facultades... y también su sentido, *el otro sentido.* Ese cuerpo "que anda sin nadie" no está tan solo como parece; es alguien en sí mismo.

"¿Qué cosa es la bellota, dice Amiel, sino la encina que ha perdido sus hojas, su tronco y sus raíces, esto es, todos sus aparatos, sus formas, sus particularidades, pero que se ha concentrado en su esencia, en su fuerza figurativa, que puede reconquistar por completo?".

V

Cabe pensar ahora, y es razón lo hagamos con algún reposo, en lo que hubiera podido perder ese buen hombre de Stilpón para poder decir que había perdido algo *suyo* en el incendio: en lo que es, en resumidas cuentas, la persona, *el yo* de los hombres que caminan por la tierra.

Por ahí podríamos penetrar, más o menos, en el concepto de "esencia" según Leibnitz, para quien "la esencia" de una cosa, lo que hace que ella sea "esa cosa" consiste en un cierto poder o en una cierta facultad primitiva, distinta de sus dimensiones, de sus cualidades, en una palabra, de sus *modos o accidentes*, de tal manera que concebimos la esencia separada de sus modos".

Pero mi propósito no es el de ascender en la escala de las ideas, sino el de descender por ella a las especies imaginativas, a que se llega saltando o volando.

Carlyle, en *Sartor Resartus*, habla de tal asunto así: "Ese diluvio de seres vivos, de todas edades y clases, que se esparce por las calles, ¿sabes tú de dónde viene y adónde va? Viene de la eternidad y va hacia la eternidad. Esas son *apariciones* ¿qué más? ¿No son almas hechas visibles en cuerpos *que tomaron forma*, y la perderán fundiéndose en el espacio?"

La persona humana viviente es, pues, *una forma*, en la que entra la materia necesaria para que esté en relación con los otros *yo* de su especie, y con el universo. Apariciones... cuerpos que tomaron forma...

Pero lo que eran esos cuerpos antes de tomarla, y lo que son después de dejar, diluida en el espacio, la que tuvieron, es problema del más grande interés, y muy digno de atención: el solo plantearlo nos conduce

la imaginación a regiones vagas, y llenas de encanto. Comencemos por recordar la tesis clásica de la buena filosofía perenne: "el alma es *forma sustancial* del cuerpo humano".

¡Materia! ¡Forma! Los psicólogos, los metafísicos, nos dan sus definiciones más o menos perceptibles o sugerentes. Lo es para mí fantástico propósito el de los que ven en la *materia* "aquello de que una cosa está hecha" y en la *forma*, *"la cosa misma con exclusión de la materia"*. ¡La cosa con exclusión de aquello de que está hecha!

Estamos muy lejos, como se ve, del concepto vulgar de *forma*, que parece ser el que tiene Carlyle: la *figura sensible* de una cosa, determinada por la posición de todos sus puntos en un mismo instante, es decir, el conjunto de las posiciones simultáneas de todos sus puntos. Eso es todo relativo, fugaz, inestable. Nosotros, si somos poetas, (como poeta, sólo como poeta estoy yo hablando) iremos a otra región, mundo o no mundo: el de las formas o ideas puras, las incorpóreas realidades, no menos al alcance de nuestra mano, por cierto, que las otras. Estas, las físicas, lo parecen más; pero no es así; es una ilusión; ellas se nos escapan de entre los dedos con el tiempo, la distancia, el movimiento, tanto o más que las otras con su inmovilidad, su eternidad. Que no es más agotable para nosotros lo relativo que lo absoluto, si bien lo pensamos; no es más agotable. Lo inagotable nos envuelve por todas partes. La materia es el borde de la infinita nube.

¡La cosa misma con exclusión de aquello de que está hecha!

La verdad es que ese concepto de *forma*, con ser tan difícil de percibir, y acaso precisamente porque lo es

tanto, nos entreabre la puerta de la región de las ideas o realidades primarias, primordiales, llena de atractivos y deleites intelectuales. Penetrar por ella, y solidificar sus sombras es el propósito que me conduce en este pensativo extravagar en torno de ciertos raciocinios; conducir a algunos, al son de las ideas musicales, por la región de la rítmica inmovilidad. "Las imágenes vanas de los hombres muertos, que dice Homero, hablan allí consigo mismas, en su lengua ignota".

Sustituir los términos o locuciones o fórmulas de la filosofía, escuelas, doctrinas, teorías más o menos inaccesibles, por los de una lengua más al alcance de los oídos; traer las profundidades a las superficies, y reconocer en éstas sólo el extremo de lo profundo, sin dimensiones, es la obra del poeta, es decir, del más hondo de los pensadores. El nos habla en su idioma de palabras orgánicas o sonidos vivos, que, más que un sentido, tienen un alma. La música, la sustancia musical, es algo de eso: lengua de palabras no convenidas, anteriores a las bocas que las pronuncian; sentido esencial del sonido; habla de las esferas. El poeta, el hombre sonoro, es el más perfecto de los instrumentos musicales.

....

. ...

VI

¿Hasta dónde puede, pues, la materia desaparecer, sin que el hombre, llámese Stilpón o Demetrio o Guillermo Shakespeare, desaparezca?

Esencialmente puede quedar fuera del alcance de

los humanos ojos todo lo visible corporal, sin que cese la vida inmanente. ¿Es a eso a lo que llamamos muerte? Lo cierto es que no está menos muerta esa mujer, parecida a sí misma, cuya forma, en el sentido vulgar de figura, contemplamos aún sobre la cama, que si hubiera sido totalmente reducida a llama o a nube o a ceniza por el incendio.

Resucitar es, para el común criterio, volver a ser visible, palpable; reaparecer. No es necesario, sin embargo, ser visible y tangible para ser resucitado, aparecido, persistente; la resurrección no lo es de la materia que tocamos y sentimos vibrar, de la adaptable a nuestros sentidos corporales presentes, sino de la forma. Y ésta, es decir, "la cosa con exclusión de aquello de que está hecha", no ha muerto en los muertos, y se ofrece a los sentidos espirituales. Un resucitado que entra sin abrir las puertas, es una realidad material, penetrante al través de los cuerpos, y cuya presencia sentimos en sus efectos; es visible a nuestros ojos interiores; la tocamos con las antenas o tentáculos que, desde los órganos externos, buscan, como objeto propio, las realidades subcorpóreas; la oímos con el oído hacia adentro, sin que por eso seamos nosotros mismos el objeto de nuestra operación, por supuesto, y sin que nuestros actuales sentidos dejen tampoco de experimentar la verdadera sensación de los efectos.

Pasar un cuerpo sólido al través de otro cuerpo sólido sin violencia no es más incomprensible, por cierto, que pasar al través de un líquido, de un fluido, del agua, del aire, y vice-versa. No se sabe el número de potencias desconocidas que hay en nosotros. Uno no se da cuenta, si bien se mira, de la diferencia que puede haber entre lo que supimos y tenemos olvidado,

y lo que no sabemos ni hemos sabido jamás. Lo olvidado está en nosotros y obra en nosotros, sin intervención de la conciencia. Lo no sabido... ¿no obrará también en esa nuestra subconsciencia, cuya hondura es más grande que la del mar?



EL MONOLOGO DE HAMLET

I

Hamlet, el príncipe de Dinamarca, el de Shakespeare, en su monólogo célebre, se propone el problema de si es más noble sufrir la adversidad que ponerle fin con la vida. No lo resuelve; pero, al no determinarse a lo segundo, por miedo a los ensueños supervinientes, llama a eso cobardía, que atribuye a la conciencia: la conciencia nos hace a todos cobardes, dice.

¡A todos! No, príncipe Hamlet; no es la conciencia sino tu conciencia, en todo caso, lo que hace que "la resolución se pierda bajo la sombra pálida del pensamiento", como tú dices. La conciencia no desviaba el curso de las empresas, ya no digo de Teresa de Jesús, pero de ése que acaba de salirnos al paso, caballero español, Don Quijote el castellano, hijo como tú del genio, y que, como tú, creía haber nacido para poner orden en el mundo. Ese hombre, todo conciencia precisamente, jamás obraba por miedo; no tenía miedo a nada ni a nadie; ni los hombres ni los fantasmas le apocaban el ánimo.

Ese sí, que es un hombre de conciencia y un filósofo, ese Don Quijote, el manchego. Que también Cervantes, como su hermano Shakespeare, pone en boca de sus locos las verdades; en la boca del hombre cuerdo, suele poner las mentiras y las sandeces. Sancho Panza, que es el sentido común montado en un borrico, es un insigne mentiroso, y de conciencia obtusa.

Porque Don Quijote es loco de remate, como hemos dicho; los libros le habían barajado el seso, a el como

a tantos otros; los libros de caballería, que cobran formas variadísimas, desde las caballerías andantes, que fueron las suyas, hasta las andantes filosofías, que enloquecen a otros, y los trastornan tanto o más que al mismo Don Quijote: los hacen creerse llamados a poner orden en el mundo exterior sin tenerlo dentro del interno.

Pero *su verdad*, la verdad, la verdad de Don Quijote, que no está en sus palabras, ni siquiera en sus hechos, sino en su persona, es más permanente que los libros llenos de palabras. El es una fe exacerbada que rompe el molde; pero es una fe.

La fe, es decir, la verdad *que nos posee*, es el solo principio de acción, aunque tenga algo de locura. Se ha hablado de "la locura de la cruz". Lo que *poseemos*, por el raciocinio, simple opinión, engendra la duda, que es inercia. Ocurre en el mundo moral lo que en el físico: fuerzas y resistencias que se neutralizan causan inmovilidad. Lo mismo en los astros que en los granos de trigo; en la órbita de un planeta o en el caer de un disco de plomo. Los astros grandes tienen su campo de gravitación grande; los chicos, chico. El astro infinito, infinita.

La duda exacerbada, que es Hamlet, no rompe el molde, no produce la locura: es el buen sentido corriente, según el cual el suicida es más animoso y racional que el mártir, y el burlador de mujeres o despreciador del propio honor en el ajeno puede ser más hombre honorable que el caballero continente. La duda es la posibilidad de todo en el mundo moral, y sólo termina en la certeza no razonada pero razonable, que es lo que se llama fe. Entonces la certeza es acción.

¿Quién soportaría, efectivamente, las penurias de la vida si un simple punzón puede bastar para poner-

les término, a no creer, lo que se llama creer, en algo superior a la vida, y que no es sueño, ni es sólo mal?

El amor de Don Quijote a Dulcinea, hecha objeto de su culto, protectora de su continencia hasta en el pensamiento, es la verdad y la belleza ideales... cosa de loco, no cabe duda, en el concepto de los cuerdos más corrientes en el mundo, en el de Sancho Panza, verbigracia, que, además de mentiroso, es el tipo de todas las incontinencias: glotón, lujurioso, egoísta, escéptico, socarrón, malicioso... sin ser, dígase lo que se quiera, antipático.

Con ser cosa de loco, el amor de Don Quijote es menos inverosímil de lo que parece; ese caballero existe, es una realidad. Hamlet, el príncipe lo es también, y parece más consistente; pero éste, que no es un loco, ofende con su amor a la que llama "ninfa mía"; le dice obscenidades; no la respeta cuando la ve pasar viva a su lado. Y cuando la ve muerta, por fin, da gritos desaforados para decir a Laertes, el hermano de la niña muerta, que la amaba de veras, con un amor más grande que el de cuarenta mil hermanos, y que, al lado de ese amor, el monte Ossa sería del tamaño de una verruga... tonterías, extravagancias...

"Nuestro siglo está desconcertado, le oímos decir. ¡Oh, maldita suerte la mía, que haya nacido yo para ponerlo en orden!"

En esas palabras, según Goethe, está la clave de toda la conducta de Hamlet.

También está toda la de Don Quijote. Pero éste, con ser loco, no se juzga fuera de su siglo, y comienza, para ponerlo en orden, poniendo orden en sí mismo; por ser sobrio, casto, paciente, resignado, penitente, fiel a su amor.

La verdad es que el amor no es lo que cree Sancho Panza, ni tampoco lo que Hamlet cree, ni nada que se le parezca, sino lo que cree Don Quijote. Amor es siempre caridad, compasión, *co-pasión;* es compartirlo todo con la persona amada; no sólo el placer y la vida dichosa, sino la vida entera, que no está formada sólo de dicha y de placer; amor es también resignación. Compartir la muerte es el amor supremo de la vida.

Si bien lo miramos, Hamlet, con ser príncipe está mucho más cerca de Sancho Panza, el escudero, que de Don Quijote, el caballero. Su filosofía sobre la muerte es sanchezca, la común filosofía: el miedo de los niños a los cuartos oscuros. El monólogo inclusive.

Tú no te das muerte, príncipe Hamlet, por no entrar en la oscuridad de ti mismo; el temor de encontrarte con malos sueños en el viaje sin retorno es lo sólo que te detiene. Pero has de saber que los ensueños de la muerte no son otra cosa que la sombra de nuestra propia vida, proyectada sobre el muro misterioso: las realidades son simiente de ensueños. Una vida pura no engendra ensueños impuros. Tú no estás cierto de si la aparición que creíste ver bajo el aspecto venerable de tu padre, el rey difunto, era o no el espectro de las tinieblas; si era o no un engendro de tu pasión irracional, de tu propio infierno. "El espectro que he visto, dices una vez, puede ser el diablo... ¿Quién sabe si, aprovechándose de mi debilidad y melancolía, no me engaña para causar mi condenación?" Y para tener "pruebas más decisivas", no entras sino sales de tu corazón; recurres a los cómicos, para explorar el corazón de los otros. Debiste buscarlas dentro de ti mismo, como lo hacía Santa Teresa de Jesús: en los efectos que en ti dejaba la aparición: en si te había dejado más bueno, más dueño de tu libertad, más puro

de pensamiento, más humilde de corazón, más recto y paciente de acción, más casto, más hombre, menos bruto. Te hubieras entonces convencido, mejor que por el efecto de la comedia, de que aquello que viste en la explanada del castillo era el Diablo, efectivamente, el espíritu muerto: no el vivo de tu venerable padre. Los espíritus vivos no están a la disposición de cualquiera. Te prestas, sin embargo, a ser el agente del fantasma, a ser el brazo de potencias desconocidas, el de la muerte sustancial, eterna.

Por eso, porque no eres un hombre interior, porque eres un aturdido, la conciencia te detiene el corazón, y te sientes cobarde. Cobardía no es otra cosa: aturdimiento, como lo es la cólera Afirmas que el temor de la muerte embaraza la voluntad. Sí, la embaraza para conducirse mal, pero la reconforta y estimula a la buena conducta, a estar apercibido al último viaje, como suponías lo estaba el rey que, con sólo arrodillarse a rezar, purificaba su alma.

Purifica, pues, la tuya con la humildad, y serás dueño de tu voluntad y hombre fuerte. Ese temor no es cobardía. Todos lo tenemos; lo han tenido los santos, es decir, los más fuertes, porque han sido humildes de corazón. Pero ese temor no es miedo; es el que ha hecho de ellos los valientes por excelencia, héroes perfectos. A ti no te he visto arrodillado ni una sola vez. ¿No tienes nada de qué arrepentirte?

Huye el impío no persiguiéndolo nadie, dice El Libro de los Proverbios; pero el justo, como león confiado, estará sin miedo. Estar sin miedo no es estar sin vigilancia sobre sí mismo, entendámoslo bien. El temor de Dios no es miedo a Dios; es el principio de la sabiduría; él extirpa el temor de los hombres, que

es lo que se llama miedo propiamente, cobardía, aturdimiento.

¡El temor de los hombres! Si los que tuvieron fe y la abandonaron se dijeran la verdad a sí mismos, muchos de entre ellos, acaso los más, verían como fue ese miedo a los hombres el que los puso en fuga de su propia conciencia. Fue sólo cobardía... atenuante al fin.

Los que tienen miedo a Dios no son los santos que ven en Él una Persona amable, sino los que sólo ven el *"magnum aliquen"*, una cosa grande, inmensa, pavorosa. Esos poco tardan en quitarse esa carga de encima. Que quien empieza por pensar mal de Dios, acaba por apreciarse a sí mismo más que a Dios, y por preferir la propia voluntad a la divina. El simple temor o miedo sólo engendra disgusto, que pronto se trueca en desesperación, y en abierta rebelión, por fin, contra toda ley, la de Dios inclusive, la de la muerte sobre todo, que es ley de Dios, y que, acatada, debe ser buena, y producir bienes. Otra cosa es cuando el temor no es miedo, sino reconocimiento del soberano dominio sobre todas las cosas que Él hizo, las visibles, las invisibles; entrega absoluta de la propia libertad, lo más próximo al amor, si ya no es el amor mismo, llamada adoración.

II

¿Dices, príncipe Hamlet, que persigues una venganza y un castigo, y haces de ello el objeto de tu vida, pues has nacido para poner orden en tu siglo?

¡La venganza! ¡El castigo! El hombre vengativo usurpa los derechos de Dios, en quien la venganza es sólo justicia, y la justicia armonía, amor. ¿Quién te ha dado a ti la facultad de disponer de la vida y, sobre

todo, del alma del rey culpable, para mandarla nada menos que al infierno como te lo propones? Una sombra pálida que, armada de pies a cabeza, se paseó ante ti, en la explanada del castillo de Helsingor. ¿Comprobaste acaso, como Santa Teresa, si era aquello ángel o demonio? Ella, en su humildad, al sentir en sí misma las hablas de Dios, no se cree digna de oírlas, y llega a temer que sea el demonio quien hace palabras en un rincón de su espíritu. Y recurre, no, como tú, a las comedias y los comediantes, sino al sólo reactivo eficaz, de que hemos hablado, para analizar aquello: al precipitado que deja en su propia vida: su conducta, su paz interior, su amor a sus semejantes, que juzga inseparable del de Dios, su pureza de pensamiento, su ansia de padecer, su alegre espera de la muerte escondida y silenciosa.

Tú también crees que lo que viste podía ser el diablo; pero no examinas tu conciencia sino la de tu prójimo; no analizas tu conducta. Vas a decir obscenidades a Ofelia, improperios a tu madre... y sigues tras la sombra.

Esas sombras pálidas, príncipe Hamlet, se nos aparecen a todos, y nos persiguen en todo el transcurso de la vida: estamos rodeados de esos espíritus, que vagan por el mundo en formas varias: hasta en formas angélicas algunas veces, ángeles espectrales. En el mundo moral, como en el físico, existe lo que fue llamado *el horror del vacío.* El espacio que Dios desaloja es ocupado por los espectros. Estos se han aparecido a muchos reformadores, a muchos vengadores como tú, que, como tú, han creído poder disipar sombras con sombras, y han inventado hasta religiones buenas para vivir, pero no buenas para morir.

Y murieron, como tú, temiendo la aproximación de la verdad que saldrá del cuarto oscuro, envueltos en las sombras de la duda, temiendo ensueños. No como Don Quijote, el buen hidalgo, de conciencia pura, que murió en la luz que ahuyenta murciélagos, y mucho menos como Simeón el profeta, que quiso morir cuando vio, por fin, al niño que esperaba.

Seguir el consejo de esas apariciones, que nacen, como las llamas en los pantanos, de la concupiscencia y la soberbia, no es seguir la conciencia, príncipe Hamlet; no es seguir la conciencia. Lo que te hace, pues, impotente por lo pusilánime no es la luz natural o la revelada que alumbra el espíritu: es el fantasma, la sombra que proyecta la duda de tu presunción orgullosa, hija de la carne.

¿Crees tú que se puede discutir a solas con el Diablo, nada menos?

El Diablo es un gran filósofo, un lógico insuperable; nunca raciocina mejor que cuando no tiene razón, es decir, siempre. En ese terreno, estamos irremisiblemente perdidos.

Tú no te suicidas por miedo, sólo por miedo a los sueños o ensueños. Bien; esa atrición o temor del castigo, que te detiene ante el último delito que puede cometer el hombre, es luz todavía, pero humeante; es ese *cristianismo crepuscular,* de que habla el "profesor" de Carlyle, que teme al *no mundo.* Pero tú no sospechas la existencia de otros estados de conciencia, generadores de heroísmo. Ya no digo el de los místicos, el de Santa Teresa, pero el de los hombres que algo sienten la armonía de sus almas con el universo, o, más propiamente, con la voluntad que lo creó y gobierna: el de los que no hacen el mal por amor al bien, y aman el bien porque han logrado entreverlo

como Persona, una Persona que los ha apasionado, y a la que anhelan complacer y hacer feliz sólo por lo que es, porque es amable evidentemente, infinitamente amable, y porque su felicidad es la sola felicidad absoluta del hombre; la de los que sienten que hay algo más doloroso que padecer, y es el hacer padecer a Dios en sus criaturas, en sus hijos, nuestros hermanos; y que hay algo que hace al hombre más dichoso que serlo en sí mismo, y es el serlo en los demás, para que Dios lo sea en el universo, en la obra de sus manos o armonía del firmamento.

Esos tienen, para hacer el bien, y no el mal, un estímulo muy superior a los premios y castigos sensibles, o a los ensueños que tú temes, oh príncipe: saben que es de este lado del sepulcro donde hay ensueños, y que del otro lado está la sola realidad digna de amor; que no sólo hay allí males, como tú crees. Y sienten todo eso, y mucho más, no tanto por experiencia, cuanto por una intuición inefable, hija de una luz ultraterrena, y de voces interiores, sin palabras ni figuras, que no razonan sino que muestran, y que sólo pueden ser oídas por los hombres interiores que hacen silencio en sí mismos... Tú no haces silencio: razonas para aturdirte. Palabras... palabras... palabras.

Eso es el verdadero germen de la fuerza o del valor heroicos; mezcla de divina energía y de humana debilidad cooperadora, virtud superterrestre, formada de una serie de actos de dominio sobre sí mismo, que, como el caminar o el correr, no es sino una caída constantemente evitada; palanca anímica que, si necesita, como punto de apoyo, la libertad del hombre, tiene su fuerza en la de Dios.

Tú, príncipe Hamlet, que no comprendes eso, no

puedes concebir el heroísmo, y por eso acaba en ti y por ti, por obra tuya, tu desastrada estirpe.

No diré yo que debas irte al convento, como tú lo exiges de Ofelia para respetarla. Ni entra al convento el que quiere sino el que puede, ni son los monjes o anacoretas, los solos dignos de respeto; también lo son las madres de hijos pecadores, y hasta los mismos pecadores, que pueden ser santos, fecundados por el sol. Siempre es tiempo de ser santo, de recomenzar la vida del tiempo. La tuya, la mía, comienza en todos y cada uno de sus instantes, si bien lo miramos. La vida del tiempo comienza en todos y cada uno de sus momentos. Siempre es tiempo de empezar. Si tú, príncipe Hamlet, en vez de pasarte los días y las noches vestido de luto, buscando la sombra o el espectro, persiguiendo la venganza que éste te sugirió, y enseñando cómicos, y haciendo de loco, y diciendo groserías a los pies de la mujer que dices amar, y razonando con sepultureros, estuvieras vestido de hierro, frente o al lado de Fortimbrás, el noruego, luchando contra el rey extranjero que invade tu tierra, entonces verías, oh personaje distraído, cómo la conciencia de tu deber para con la patria, fantasma angélico, te haría morir por ella, dormir, como tú dices, sin temer los ensueños supervinientes.

Sólo la conciencia de que se abriga un designio irreprochable, sólo la conciencia, precisamente, es nervio de valor o intrepidez, y motor de empresas que exijan el sacrificio de la vida. Que no basta, para ser héroe, morir sin miedo de la muerte. Así han muerto muchos malvados, y no pocos tiranos, tan despreciadores de la vida propia como de la ajena: así vemos caer los pendencieros vulgares, como los toros bravos en el circo.

¿Y no has visto, por dicha, cómo mueren los gallos combatientes, sin más defensa que sus corazas de plumas?

Morir, dormir, soñar...

Hablas, oh Hamlet, oh impotencia activa, como si fueras un genio. Te creí tal, un momento, cuando te vi volar... Eras sólo un pájaro.

MUERTE EXPERIMENTAL

I

Teresa de Jesús, Santa Teresa, es un héroe de la belleza, cuya posición entre tales genios es difícil de establecer o precisar. No es la mujer dormida, por cierto, que tiene sueños, ni un artista despierto que reconstruye los de sus noches, y los convierte en cosas bellas, y no sin alguna reserva puede incluírsela, por lo tanto, en la procesión de los llamados poetas. Pero, guardada esa reserva, podemos mirarla entre ellos, entre los poetas o *inventores*, en el sentido de descubridores o reveladores de secretos manifiestos; bien podemos hacerlo sin irreverencia: incluirla entre los que han ido y van delante de sí mismos, cantando sus monólogos. Si no los acompaña, los precede; si no en el mismo diapasón, ella expone sus descubrimientos o invenciones en una heroica sinfonía. No es esto contrario, por otra parte, a ese cultivo de relaciones entre los habitantes de la tierra y los del cielo que llamamos culto o devoción, y que no es sólo homenaje admirativo, sino sentimiento religioso, lo que se llama religioso, es decir, adoración rendida al Creador en sus criaturas, en la más perfecta, sobre todo, que es la humana; adoración de la divina inteligencia en su imagen, de la voluntad divina en las voluntades y en los actos libres de los hombres y mujeres heroicos o perfectos, es decir, conformes con la divina voluntad. Cuando hacemos la voluntad de Dios, dice San Agustín, entonces se ha hecho su voluntad en nosotros.

Somos entonces la obra perfecta en el universo, la creación heroica.

Ese reflejo próximo del sol, que forma el nimbo de los hombres y mujeres que son llamados santos, intercesores, y reciben culto, no apaga el remoto que, en ellos, como en los otros creadores de belleza, es inspiración, genio humano, fuerza de voluntad. Y bien pueden ser llamados también poetas como los otros, sin impropiedad, como decimos.

Pero, dígase lo que se quiera, esos santos que nos hablan o cantan sus monólogos tienen un timbre de voz que el oído experto no confunde con el de las otras voces cantantes, ni con las vivas ni con las muertas. La de Teresa de Jesús, especialmente, se distingue entre mil. Bien lo sabe quien la escucha con frecuencia y atención. *Descorporizada* hasta donde es compatible con la vida mortal: muerta porque no muere, ella puede conducirnos hasta el extremo del camino transitable por el cuerpo vivo, y hacernos ver la muerte de cerca, y decirnos lo que en la muerte ocurre, como no pudieron ni pueden hacerlo los que se quedan callados de asombro ante el nuevo día.

Teresa de Jesús, cuando nos dice sus monólogos sobre la muerte, no está narcotizada como Segismundo el de Polonia; tampoco poseída del dios interior que emerge de los sentidos y da los materiales sensibles a la libre voluntad que construye comedias, aun las Divinas; ella nos habla de la muerte *casi por experiencia;* pero no imaginativa, sino de otro género distinto. Por experiencia plena, sólo uno ha podido hablarnos; pero esa Voz lo es de resurrección y vida eterna; es *la que era en el Principio.*

Se ha dicho que la ciencia de la muerte no puede ser experimental, porque no se muere más que una

vez. Digamos eso más bien de la de la vida; no se vive más que una vez y para siempre. Es en la ciencia de la vida donde está la de la muerte, como parte integrante de la vida misma, de la vida mortal, plena. Y no puede ser, por lo tanto, plenamente experimental la ciencia de la vida, si no hay alguna experiencia de la muerte, si no se la vive.

A esa constante experiencia de la muerte o plenitud de vida es a lo que podríamos llamar quizás, en términos adaptables al oído imaginativo, *la vida mística,* de que Teresa de Jesús es el tipo encantador.

La vida mística es una actividad del compuesto humano, cuerpo y alma, que nos sugiere los extremos de una belleza que no es la adaptable a los sentidos estéticos que conocemos generalmente, pero que no deja de ser una realidad: tan realidad, cuando menos, como la del misterio de la belleza misma, que estamos aún por definir, como otras tantas cosas indefinibles: amor, poesía, añoranza, tiempo, espacio, movimiento, inmovilidad...

El estado místico tiene de todo eso. No es sólo el sentimiento religioso, la piedad, la oración vocal o mental, por fervorosa que sea; es un conjunto de fenómenos específicamente definidos, experimentados por muchos contemplativos, cuya esencia consiste en una *sensación de la presencia de Dios,* en un conocimiento de Dios recibido pasivamente en el alma; conocimiento casi experimental, diferente, no sólo en cuanto al grado pero en cuanto al género, de aquellos que el ejercicio natural de nuestra facultad intelectiva puede procurar, y acompañado de una adhesión pasional, de amor, diferente también de la oración ordinaria, y de todas las pasiones de la tierra.

Leer a Santa Teresa, la mística por antonomasia, lo que se llama *leerla*, ir con ella, es, pues, el medio eficaz de acercarse a la muerte, o emprender el viaje a la región de las ideas o sustancias primordiales, y regresar con algo entre las manos.

Nosotros, dice Carlyle, cuando leemos un poema bien, somos todos poetas. La imaginación que se estremece con la lectura del Infierno de Dante, ¿no es una facultad igual a la de Dante, salvo la intensidad?

Todos los que sienten *algo* con la lectura de Santa Teresa comparten, más o menos, la facultad de esa mujer dantesca, si así puede llamarse, (que no lo creo), para pasar de la región mortal, a la que comienza o continúa en la otra. Los que nada tienen de esa facultad no leerán jamás a Santa Teresa, por la misma razón porque no leen al poeta los que no lo son, ni oyen la música los que no la tienen interior. En quien la tiene, están los gérmenes de todas las armonías de Beethoven como en Beethoven mismo, salvo la intensidad, es decir, salvo la fuerza de aplicación del oído ultra interno (Beethoven era sordo) a la infinita vibración. Esta no es movimiento, cosa relativa, ni tampoco inmovilidad, cosa tan relativa como el movimiento o velocidad, si bien se mira. Esa *vibración* es otra cosa; mueve todos los sentidos como si fueran uno sólo estos nuestros sentidos, y los que nosotros no concebimos quizás; es sonido y color; es línea arquitectónica; causa de sensaciones ignotas.

San Juan de la Cruz, (el doctor extático se le llama) nos introduce en el secreto de ese estado místico por el raciocinio o análisis psíquico del espíritu, del propio sobre todo; pero es Santa Teresa quien nos ofrece y hace compartir la vida mística como objeto de verdadero deleite estético en cierto modo. El doctor extá-

tico la define y razona; lo quiere hacer, cuando menos, y lo hace en forma no superada ni alcanzada quizá; la maestra nos la ofrece en sí misma; nos la describe y narra haciéndonos entrar en paisajes que existen mucho más allá del pensamiento, y conducen a éste a la presencia de verdades nuevas, demasiado jóvenes todavía, demasiado delicadas para soportar los rigores de un largo interrogatorio.

Santa Teresa escribe de eso en forma tal, que cuando uno quiere releerla en búsca de lo que ha dejado en nosotros con sus palabras, que parecen miradas, ya no encuentra lo que creyó haber leído u oído; no hay allí nada: ni juicio, ni raciocinio, ni siquiera palabra; se ha ido, si es que allí estuvo. La palabra está vacía, pierde su sentido de un momento, y hasta su gracia; fue un espíritu que pasó con ella sobre nuestra cabeza, como la blancura de un pájaro en la oscuridad del aire.

La lectura o traducción espiritual de Santa Teresa es efectivamente un constante pasar y repasar entre no ver nada y entreverlo todo un instante. Si nosotros llamamos o evocamos un espíritu, generalmente seremos nosotros mismos quien nos conteste. En Santa Teresa se oye la contestación del otro que habla... o no habla, con ella; una voz personal, que es *la voz de todo*, resuena en nuestra cabeza; una imagen sustancial, que es semejanza de todo, pasa un instante.

Novalis, el alemán, llama a eso que contesta en nosotros "nuestro yo trascendental"; Maeterlink, el belga, comentando a Novalis, nos habla de una mezcla de ideas de nuestro yo superior que nos han ofrecido algunos pensadores. "El rostro de nuestra alma divina, dice, sonríe a veces por detrás o a la espalda de su hermana el alma humana, inclinada a las humildes

faenas del pensamiento. Y esa sonrisa, que nos deja entrever, al pasar, lo que existe más allá del pensamiento, es lo único que importa en las obras de los hombres".

Eso se parece a las visiones de la vida mística, a "la quietud" de Santa Teresa. Pero es... otra cosa. Lo que a ésta sonríe no es el rostro de su propia alma divina; pero ésta, su alma divina, "vive sin vivir en sí misma" mira y es mirada con los mismos ojos. El cómo se realiza eso, ella no lo sabe; pero nos lo dice. Un espécimen de ese decir sería esta descripción, por ejemplo, que sólo ella sabe hacer: "Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, (el alma) sin haber espaldas, ni lados, ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella, se me representó Cristo Nuestro Señor como le suelo ver. Parecióme en todas partes de mi alma le veía claro como en un espejo; y también este espejo, yo no sé decir cómo, se esculpía todo en el mismo Señor, por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa... Es muy diferente el cómo se ve a decirlo, porque se puede mal dar a entender".

Releamos eso, sin embargo, algunas veces, dos, cuatro, muchas, hasta no oírnos a nosotros mismos, y acabaremos por entenderlo... casi. Pero hemos de leerlo con la firme persuasión, con la plena seguridad de que ahí hay algo muy humilde, muy verdad; no la vanidad de los *inaccesibles* o *incomprendidos* adrede.

El gran psicólogo místico de que hablamos, San Juan de la Cruz, que llega también a ser poeta, gran poeta o artista natural, razona, como decimos, esa vida sobrerracional. Lo hace según un sistema constructivo de psicología que podríamos llamar lo bello

en la razón. El agente o fuerza natural es absorbido por el otro, en la vida mística; por el sobrenatural y divino. Todo lo natural, dice, si se quiere usar de ello en lo sobrenatural, antes estorba que ayuda... "Hay que ahogar lo natural para que lo sobrenatural domine y viva con holgura".

He aquí que el alma, como Dante en la región de las sombras, penetra *en la noche oscura* que, exprimida, produce claridad, como el fango las aguas puras. El *sentido* está desposeído de su objeto propio *natural*, desprendido de todo lo perceptible; el *apetito*, de toda afición; la *voluntad*, de todo apego a criatura; el *entendimiento*, de toda idea limitada; la *imaginación*, de toda forma; la *memoria*, de todo recuerdo.

"Y cuando el alma queda en completo desasimiento de lo creado y enteramente vacía, entonces Dios la llena".

Es la noche u oscuridad clarísima, la muerte quizá; distinta también del sueño, y del "yo trascendental", y del alma divina, de los místicos de artificio. Aquello no es un arte; no es *un antojo*, como llama Teresa a todo lo que es obra de la voluntad fija en la memoria. fantástica, antojadiza, efectivamente, y veleidosa. No es tampoco una perturbación del ritmo o la armonía universales, sino lo contrario. Los que han dicho que el genio es una enfermedad, dirán, con mayor razón, que lo es ese estado supernatural. Pero sería el caso de saber, a ciencia cierta, lo que es enfermedad, lo que es salud, mejor dicho; oír el diapasón que suena en la infra conciencia caótica universal, como regulador de la vida o armonía del universo.

Los cultores del *misticismo natural* o filosófico, o literario, misticismo sin Dios, son numerosos hoy en día. Cuando uno lee sus libros de filosofía, percibe con

bastante claridad lo que los diferencia del otro, del sobrerracional, del auténtico. Uno se esfuerza por penetrar en los *pensamientos misteriosos* de los ensayistas contemplativos del vacío, y ve en ellos *antojos* (vale la expresión de la maestra) palabras deshabitadas o habitadas de simples imágenes, de cosas muertas, que son movidas; no se mueven. Esos ingeniosos ensayos, bellísimos muchas veces, musicales, dejan sólo una *inquietud* que uno comienza por atribuir a la propia insuficiencia: pero acaba por imputar a la ajena, a la del místico de artificio, y su admirable parodia o pantomima.

En Teresa de Jesús no hay pensamientos misteriosos; los suyos sobre el misterio son claros en sí mismos, porque no la conduce el orgullo o sensualidad del alma; dice hasta donde puede decir; llega hasta donde puede llegar con el entendimiento: a las inmediaciones de la muerte.

Santa Teresa es la realidad de esa psicología razonada por el místico filósofo que, si bien la ve en sí mismo, atenúa la propia realidad cuando intenta razonarla. Santa Teresa la ve; no intenta razonarla; va "delante de sí misma" como ella dice.

"Esta verdad que digo se me dio a entender es en sí misma verdad, y todas las demás verdades dependen de esa verdad, como todos los demás amores de ese amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender. ¡Y cómo se parece al poder de esta Majestad, pues en tan breve tiempo deja tan gran ganancia, y tales cosas imprimidas en el alma".

"Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, *que vayan muy adelante de lo que*

acá se trata en el mundo. Y así comencé a tener pena de vivir en él".

En ese estado, el paso de la vida a la muerte, la ida y el regreso, son una realidad: se consuman en la propia alma, y aun en el propio cuerpo.

La monja andariega llamaban a Santa Teresa los que la veían andar de ceca en meca por tierra española, sembrando conventos como semillas de árboles frutales. No era tal, sin embargo, sino todo lo contrario; todo lo contrario de andariega. Jamás salía de su ciudad o castillo, del claustro de su corazón almenado, aquella viajera incansable; jamás se ausentaba de sí misma. Que en sí misma tenía mucho que andar; muchas distancias que recorrer. Sus éxtasis, de dolor o de alegría, son otras tantas inmersiones de su alma, sin salir de sí misma, y también de su cuerpo, en la región desconocida, seguidas de regresos. De allá no se traen palabras, por lo visto; ni tampoco imágenes; imágenes y palabras son cosas de este lado; del otro no las hay; sólo hay realidades inmóviles.

Volvía entonces a sentir, a pensar, a querer; pero su alma estaba todavía en otra parte; ella misma sentía que lo estaba: en otra ciudad llena de edificios almenados. Ella dice que andaba "embobada". La sinceridad, que no puede ponerse en duda, con que se juzga boba, inepta para todo, corre pareja con la con que se cree mala, mala monja, mala mujer, y sentir el infierno que juzga haber merecido, y del que se salvó no por obra propia, sino de Dios. Bien sabemos nosotros que no era ni boba, ni mala; lo sabemos a ciencia cierta. Pero no lo es para nosotros, que no hemos visto lo que ella vio; que no sospechamos lo que es ser bueno. Si lo hubiéramos visto, compartiríamos su juicio a buen seguro. Sólo Dios es bueno; sólo Él es

inteligente y altísimo. Nosotros, Santa Teresa inclusive, somos bobos, esa es la verdad. No mentía, pues, cuando se decía tal, la santa, y mucho menos cuando nos decía todo lo mala que era. Decía la verdad, la pura verdad, que sólo ven los santos. ¿Hay algo más corriente que la pureza o tranquilidad de conciencia de que gozan los malvados, al decir de ellos mismos, cuando menos?

Hay en Santa Teresa una *doble atención*. Sus facultades están todas en los asuntos de la tierra, "en las humildes faenas del pensamiento", que desempeña con un tino y un acierto extraordinarios, como un hombre de negocios de fortísimo sentido práctico; pero su oído interior, puesto en la lejanía, espera el llamado de la muerte mística, y pasa a ésta, desde la vida, en cuanto se oye llamar, como el pájaro cuando oye el reclamo. Cualquier detalle, el canto de una monja, el caer del agua, el abrirse de una flor, basta para romper el hilo que ata su atención a la vida terrestre, y fijarla en la otra. Nadie como ella ha experimentado ese ir y venir entre el ser y no ser naturales, entre los dos países; nadie puede como ella darnos noticia de la ciudad remota que tiene a su lado. No nos la trae concreta, imaginativa; pero nos dice del placer de morir, que es tal, que la esperanza de sentirlo la alienta a vivir. Aquel "*nunc dimittis*" del viejo profeta de Jerusalem, se oye en ella a cada paso: "Ahora déjame ir; mis ojos han visto"... "Díjome el Señor que no me fatigase; que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré, pensando que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando me acordaba".

Se desecha, como una impropiedad, la idea de que esa mujer pueda ser una genial artista; es todo lo contrario de una artista; todo lo contrario. Eso que

ella siente "imprimido en el alma" no puede ser sólo una creación imaginativa, como las de Dante, o Shakespeare o Calderón, hechas de materiales acumulados por los sentidos, y transformados en el cerebro por la presencia o la presión del querer inmanente; no es un antojo, como ella le llama, por más genial que sea.

Ni siquiera podemos aceptar, sin algún disgusto cuando menos, el título de mujer de ciencia para Santa Teresa, por más que haya sido declarada doctora de la Iglesia, la única. El gran aprecio que ella manifiesta por los sabios, por "los que tienen letras", como ella dice, no le impide tenerlo mayor por su propia ciencia sin letras, y juzgarla muy superior a la de los otros. No sé si San Pedro de Alcántara, con ser quien era, penetró muy hondo en el espíritu de Santa Teresa cuando le escribía: "Me espanté que Vuestra Merced ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad; si fuera cosa de pleitos o caso de conciencia, bien era tomar parecer de juristas o de teólogos; mas en perfección de la vida, no se ha de tratar sino con los que la viven".

O mucho me equivoco o esa mujer extraordinaria se sentía demasiado cerca de Dios para tomar parecer de terceros sobre eso. Uno se asombra cuando la ve que, al pedir a Dios aumento de vida espiritual para un hombre que juzga de nobles facultades, le dice, como si aconsejase al mismo Dios: "Mirad, Señor, que este sujeto es bueno para amigo *nuestro*".

Si comparamos el crédito que nos merecen las visiones de Dante, hijas de la imaginación reflexiva y de la voluntad formidable, "antojos", diría Santa Teresa, con el que nos imponen las de esta carmelita descalza, primitiva del espíritu, (mucho más que Fra Angélico lo es del color) nos convencemos de que éstas proce-



den de más lejos que aquéllas, tienen una verdad distinta.

Eso de Santa Teresa no es ciencia, pues; tampoco arte. Santa Teresa no es artista, sino todo lo contrario, como hemos dicho. Nada más ajeno a su forma de expresión, ni al propósito que la mueve y dicta esas que dejó escritas páginas perennes, trazadas premiosamente, sin leerlas. por obediencia, en ratos perdidos, y que viven al lado de las obras geniales de los hombres fuertes. Ella no aprende allá lejos palabras; antes olvida muchas de las que sabe. Esa española no es una escritora, ni hay por qué incluirla, como suele hacerse, entre los "clásicos castellanos"; ella no necesita *ligarse* para ser comprendida, y menos para comprenderse a sí misma; los sujetos de sus verbos están lejos muchas veces, por estar en todas partes, demasiado cerca; no se les oye si no se tapan los oídos. Yo no sé si esa gran mujer castellana, conoce o no esta lengua que yo hablo y cultivo como preciosa materia prima del arte; pero sí puedo decir que ni su estilo, ni su sintaxis, ni su vocabulario son lo más apropósito para estudiar la magnífica lengua española. Bien es verdad que ella la habla bien, no desentona; pero es por lo mismo porque no desentonan los pájaros: porque no entonan, es decir, no se ajustan a una escala cromática; porque son la naturaleza; no su expresión. Santa Teresa no puede escribir mal en español, porque no escribe en lengua española. La habla, sin embargo, mejor que nadie, mejor que Cervantes. Al leerla, nos parece oírla, conocerle la voz, como la de ningún otro que haya escrito en castellano, si ya no es Isabel de Castilla, la grande Isabel, la reina, que escribía también como hablaba, ni más ni menos; como Santa

Teresa, en lengua no hablada sino por ellas... y por todos interiormente.

Santa Teresa tropieza a cada paso con la impotencia de la palabra mortal para expresar cosas inmortales "*inmortalia mortale sermone notantes*"; pero es entonces cuando se le oyen las notas más altas; las fuera de todo diapasón, que no son de lengua alguna, sino de un remoto sonar de voces en que la idea y el sonido forman un alma sola.

Y sin embargo, esa mujer, que no es un artista, construye una obra de belleza arquitectónica que nos encanta; de esa arquitectura que se confunde con la música, y que, como ésta, es el arte en su esencia: ritmo, armonía, compensación, equilibrio, belleza primordial o divina. Cuando ella nos habla, no nos deja, como los ensayantes misticistas, esa resonancia llena de cosas por definir y de inquietudes, que ellos buscan como cualidad, sino que nos trasmite el reposo, la serenidad, la visión clara de lo indemostrable o indefinible, el descanso del sentido en su objeto propio, y el de la voluntad en lo conocido por ciencia infusa, conocimiento ignorado o sobrerracional, que es la claridad sin límites, la inmersión en lo azul o infinita transparencia. No posee la verdad sino que es poseída por ella; no ve la belleza sino con los ojos cerrados, con los internos inclusive. Su verdad es recién nacida, demasiado inocente para soportar un careo con otras; su belleza demasiado diáfana para vivir en un contorno.

Al revés de los condenados que vio Dante, la sublime santa tiene la esperanza de morir, vive de ella. Pero no para dormir, por cierto, sino para despertar, para ver, por fin. "El deseo de salir de este destierro para ver a Dios" es el motor de su alma. No quiere

salir de él si en él ve a Dios. Quiere padecer la vida, ya que no le es dado gozar la muerte. Su drama dentro del yo es objetivo, realista: mucho más que el exterior de Dante. Se desarrolla, con perfecta unidad, en los cercos, que ella llama moradas, del castillo interior, edificado o tallado en un solo diamante. Se camina en éste, de luz en luz, hasta la luz perpetua, la vida, la plena alegría de vivir o paraíso. Santa Teresa era alegre; su risa era un nimbo.

Dante no pudo ver bien ese paraíso, porque está detrás de la muerte, y el poeta no ha sentido la propia; tampoco pudo ver el infierno de Teresa, porque no se juzgó, como ella, el más malo de los hombres; los otros, los condenados, eran más malos que él, en su concepto.

Ella lo vío, vio el infierno, también dentro de sí misma, con una intensidad que la imagen dantesca no puede reproducir. El infierno, para ella, es el desamparo eterno, el abandono de Dios. El condenado de su infierno es ella misma, ella sola, aplastada por su pecado.

La idea de la ausencia de Dios, que le sobreviene cuando menos lo piensa, le produce un pánico mortal; experimenta la muerte.

La soledad eterna, el no ser sin dejar de ser, el dolor divino, fueron sentidos por Teresa de Jesús, como lo fueron por Jesús mismo, que lo quiso sentir, a su vez, para que no pudiera existir un hombre que, al creerse abandonado de todos, pudiera decirle: Tú no has sufrido esto que yo sufro. Él se sintió también abandonado de todos, hasta de Dios mismo. Y se oyó el grito más doloroso que ha salido de boca humana: ¡Padre! ¡Por qué me has desamparado!

Por eso el cielo que vio Teresa en sí misma, es también más grande que el de Dante. Es su resurrección de entre los muertos, como la de Dios; el fin del desamparo del Padre; la reconciliación, o reaparición de su amor, sentido o entrevista por fin.

La Santa no piensa en reconstruirnos eso, o, si lo intenta, no encuentra las palabras constructivas: pero lo sugiere, sin ellas, como jamás ausencia de palabra humana ha podido hacerlo. Su monólogo, que es su silencio, no tiene traducción: esa música interior no tiene instrumento. Es necesario poner el oído directamente sobre el sonido espiritual, o sustancial: mucho más allá de la circulación de la sangre, y de la respiración del universo.

Es a eso, a lo que ella llama oración de *quietud*, me parece; el oído del alma puesto en un sonido sin vibración, en el silencio; los ojos en una cosa sin contorno, en la inmovilidad. Tras la de quietud viene la de *contemplación:* después... después, la muerte: unión, arrobamiento, éxtasis, inmersión del Ser, el remanso de la serenidad que evita la muerte natural, pero es lo más próximo a ella... es ella.

Teresa no hace sombra, como Dante, entre las sombras: se diluye en ellas, en las sombras luminosas, que son la luz perpetua, la llama increada y creadora. La pasividad de aquella alma vibrante e inmóvil nos da una idea de la actividad en lo eterno, de la agilidad del espíritu, de la vida en sus fuentes. El paraíso de Teresa de Jesús no es otra cosa que el amor de Dios, es decir, la conciencia no tanto de que uno quiere a Dios, cuanto de que es querido por Él. El irresistible movimiento de abrirle paso hasta las honduras, potencias, sentidos, facultades intuitivas, se produce entonces sin nuestra propia intervención. Es la humana co-

rrespondencia o cooperación; el amor a Dios, a Cristo, que sigue, no precede, a la percepción del que Dios nos tuvo al crearnos en y con el universo, y al redimirnos y acompañarnos en la vida; es nuestra incorporación a la armonía de las esferas, que nos hace ser el universo, sin dejar de ser la *caña pensante* de Pascal. El anhelo de aparecer amable ante Dios, amable y heroico; el de ser objeto personal de su atención, de su recuerdo; la ilusión de poder hacer feliz a Dios, con nuestra presencia, y hasta hacerlo sufrir con nuestra ausencia o desvío... no sé si es eso lo que forma la felicidad de la pasión mística de Teresa. Los relámpagos se suceden y apresuran en sus éxtasis, hasta fundirse en una explosión de deslumbramiento; las visiones aparecen y se apagan; se escuchan las distancias infinitas; se oye el acorde de la Palabra Unica...

Ninguna de las harmonías que Dante oyó se ajusta al diapasón de esa sinfonía del cielo interior. Dante "hacía sombra", sentía, a la aparición de Beatriz, "los vestigios de la antigua llama", del amor mortal, el aguijón de la muerte.

Teresa es conducida a su paraíso por una fuerza análoga, pero contraria, a la que lleva a Hamlet a su infierno o desesperación, los latigazos y desdenes del tiempo, el insulto del hombre orgulloso, el amor desdeñado, lo frágil del amor.

¿Y qué amor de hombre no lo es?

Todo amor humano, el activo y el pasivo, tiene su límite en el amor a sí mismo, que rechaza la muerte. Por eso el amor perfecto, la desea, la presume. Sólo los muertos quieren sin límite. Hay pruebas a que no resisten los más potentes amores de los vivos, sin excluir el amor materno. Por eso se califican de heroicos, los que las soportan. No pueden ser, pues, objeto del

nuestro hasta lo infinito. ¿Quién no ha tropezado en el límite del amor ajeno, y aun del propio?

Si tú quieres amar a la humanidad, amable hermano mío, no esperes de ella demasiado. Quien empieza por creer al hombre más bueno de lo que puede ser, acaba por creerlo más malo de lo que es.

No eres malo, hermano que estás a mi lado, no eres malo por no ser absolutamente bueno; si lo fueras, dejarías de ser de mi especie.

Maestro bueno, dice el Evangelio que dijo una vez a Jesús alguien que no veía en Él sino al hombre perfecto; sólo al hombre...

Y que Jesús respondió, como tal, como hombre: "¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno".

Tú eres bueno por eso, oh Cristo Jesús: porque Tú eres Dios verdadero. Uno con tu Padre, bueno hasta lo infinito; eres todas las posibilidades de bondad... y mucho más, oh Señor, oh Cristo, Maestro bueno. Por eso hubiste de morir: porque tu amor fuera divino, más grande y más poderoso que la muerte. Jamás esperaremos de Ti demasiado; siempre nos quedaremos atrás. Tu esperanza es *la única;* la nuestra es de carne, flaca y mortal. La virtud de la esperanza tiene que ser teologal, divina, infinita, no emanada de la carne.

No adores al hombre ni a la mujer, hombre pasajero. A Dios adorarás y sólo a Él. Aquél es sólo adorable que tiene la fuerza de hacer almas. Ese es el solo dueño de lo que hizo, y de sus frutos: pensamiento, voluntad, amor, memoria; cuerpos y espíritus; el Solo *adorable.*

¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos? dijo Cristo. Y mostrando con la mano sus discípulos: "Esos son, dijo, mi madre y mis hermanos. Porque cual-

quiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre".

Esa es la dignidad, la perfección: adorar a Dios en las cosas, en el hombre, en la mujer, en la propia madre, en el hermano, en el dolor, en el placer, en la vida, en la muerte, en la muerte sobre todo: hacer de ésta el acto *de adoración* por excelencia, la incineración o transformación total del cuerpo y sus sentidos, del alma y sus potencias echadas en el ascua, hechas incienso, nube viviente, personal, eterna.

Ese morir no es dormir, no es soñar... Es la actividad que comienza donde todas las otras concluyen. La muerte es una actividad.

El paraíso de Teresa es más realidad que el de Dante; no tiene imágenes, pero tampoco es abstracción. Ella no idealiza, realiza.

Como Dante por las calles de Florencia, ella andaba "embobada", es su palabra, después de sus muertes; era un transeúnte. Su "alma divina" mientras "la otra se ocupaba en las humildes tareas del pensamiento", se ocupaba en "no pensar", en arder, en consumirse.

Los que la han llamado enferma y hasta loca no van tan fuera de camino como parece; el loco es una especie de muerto, efectivamente, un *extravagante.*

Teresa es más loca, más vagante fuera de la memoria que Alighieri, el poeta, que la tiene tan despierta; más que Hamlet, el príncipe, que no carece tampoco de recuerdos bien precisos.

No dan con el pensamiento de Shakespeare, los que juzgan loco a ese Hamlet que dice su monólogo. Shakespeare pone generalmente sus más grandes verdades en boca de sus locos, de sus verdaderos locos, los desmemoriados. En la de los que no lo son, en los cuer-

dos, pone muy a menudo, las mentiras, o necedades, o malas memorias. Es uno de sus rasgos geniales.

Los locos no mienten, efectivamente, porque son sinceros. Tampoco dicen *su verdad* porque no la tienen, porque no ven en sí mismos como para establecer la relación entre la facultad cognoscitiva y la cosa; pero *la verdad* aparece en los resquicios de sus raciocinios desvencijados, que, como las ruinas de los monumentos, dicen más que los monumentos mismos.

Hamlet es de los cuerdos... Su monólogo, morir... dormir..; soñar? es el de la razón, el juicio o el raciocinio humanos: es la persona sola consigo misma, sin nadie, ni visible ni invisible que le hable y le responda; es el hombre entregado a su propio consejo. Poseído por el espectro del vacío, por el espíritu muerto de negación, no tiene la fe o evidencia super racional; es la duda sugerida por el fantasma; la misma impotencia activa, que sólo ve males en la muerte, contrapuesta a la inercia o pasividad poderosa de Teresa de Jesús, la monja andariega y alegre, que sólo ve bienes. Él es triste, porque es el odio, la venganza, el amor sensual, tan parecido al odio.

Ese caballero dinamarqués Hamlet dice amar a Ofelia, la mujer real. Veo que la ama, en efecto, racionalmente, experimentalmente, con amor de hombre cuerdo, que ve germen de gusanos hasta en el divino rayo de sol que anida en un perro muerto, no como amaba a la mujer imaginada aquel otro caballero, el español Don Quijote, que, no sé por qué, se presenta ahora en mi memoria como un espectador.

Ese sí que era loco, ese Don Quijote, el de la Mancha, paisano de Santa Teresa y contemporáneo. Pero su locura era puramente humana; podría llamársele racional, aunque su razón fuera *extravagante*. Él no

sale de la esfera de la propia imaginación; no sabe nada de la muerte, ni de lo que pasa más allá de ella; no se propone el problema. Para morir bien, recobra el juicio, vuelve a la tierra; pero no del cielo; él no ha andado por el cielo.

No es Don Quijote el que ha muerto en Don Quijote; y no es ese célebre caballero tampoco, por ende, quien, mejor que el príncipe Hamlet, podría hablarnos por experiencia de "la región no descubierta de que ningún viajero vuelve".

Los hay que vuelven, sin embargo; esos reaparecidos, héroes místicos o caballeros del cielo, de que es Santa Teresa el ejemplar más armonioso, pueden hablarnos. Pero son pocos, muy contados, los que los entienden.

Y es muy frecuente que sean tenidos por locos...

SEGISMUNDO Y DANTE

I

Tan digno de atención como el de Dinamarca es otro príncipe filósofo, muy dado también a los monólogos; tan digno de atención, y tan adaptado como aquél a nuestro propósito. Hablo del personaje creado por Calderón de la Barca, el español, contemporáneo de Shakespeare, y, si no tan grande como él, tan genial como el que más. Para ese Segismundo, Príncipe de Polonia, no es la muerte lo que debe considerarse un sueño: es la vida precisamente. *La vida es sueño* para él; toda la vida; morir es despertar.

Pero tampoco ése nos habla de la muerte por experiencia. Segismundo no ha muerto, ni siquiera una vez; no ha despertado, mejor dicho.

Recordemos, someramente aunque sea, la curiosa historia de ese sonámbulo conocido de Calderón, el español. Hijo primogénito del rey de Polonia; nacido bajo mala estrella, ha pasado la vida, ignorado de los hombres, en una cueva, o gruta, o escondite en que su padre, el muy tonto, lo ha ocultado, al nacer, para conjurar la predicción o vaticinio de un astrólogo, según la cual el recién nacido había de serle funesto. Ya que no matarlo, creyó prudente esconderlo. Ese astrólogo es algo así como la sombra del rey Hamlet, o como las brujas de Macbeth, o cosa por ese estilo.

Pasan pues así los años de la niñez y de la juventud del príncipe, sin más sociedad que la de un hom-

bre, su ayo, carcelero y confidente, que, al par que estudia sus instintos, lo enseña y aconseja y reprende.

Segismundo es, pues, una fiera bien educada: razona, tiene sus monólogos, confía a su ayo el estado de su conciencia, le revela su carácter, sus inclinaciones, etcétera.

Llega el momento, por fin, de hacer conocer al pueblo de Polonia la existencia del heredero escondido, y de someter a prueba la predicción o vaticinio del astrólogo.

El recurso a que se acude para esto último es peregrino. Se narcotizará al príncipe, y se le llevará así, profundamente dormido, al palacio de su padre. Si una vez despierto e incorporado a la sociedad con sus atributos y facultades de rey, revela buenas condiciones, se le dejará en el reino: será rey; el astrólogo se equivocó. Si, por el contrario, las revela malas, como éste lo predijo, se le narcotizará de nuevo, y se le devolverá, así, profundamente dormido, a su gruta o escondite, donde, al despertar, creerá que todo lo que ha visto ha sido un sueño.

Así se hizo. Segismundo despierta en su palacio, con los atributos y los honores y las facultades de rey; hace de éstas un malísimo uso, que confirma el vaticinio del mago, y, narcotizado de nuevo, es devuelto a su gruta, en la que vuelve en sí sin otra compañía que la anterior: la de su ayo y confidente, al que cuenta lo que ha visto.

He aquí que Segismundo pasa de una realidad a otra realidad, al través de un sueño, que es también una realidad. Ese sueño hace las veces de muerte; pero no es la muerte propiamente; es, más bien, una resurrección dentro de la vida, una transformación en la permanencia de cuerpo y alma, una locura en la acti-

vidad normal del entendimiento, de la memoria, de la pasión.

El llama sueños a todas esas realidades que son la vida. Y, claro está: deduce de ello, y deduce bien, que toda la vida es sueño; lo mismo el dormir que el despertar. Él concibe o entrevé *otro despertar*, como Hamlet, y, como a éste, esa idea lo retrae de obrar mal, aun en sueños; pero de ese despertar no sabe más de lo que sabe Hamlet del *otro soñar;* no ha vuelto de esa región de los realmente despiertos.

Es de advertir que el motor de la actividad del príncipe Segismundo, el de Polonia, es también, como el del dinamarqués, una potencia desconocida. La astrología, que ha movido al padre de Segismundo a meter a su hijo recién nacido en la cueva, es una diabólica potencia; es "lo maravilloso" del poema. Y no en balde Segismundo, como Hamlet, en la realidad de la vida, es vengativo, lujurioso, brutal; insulta a la mujer: atropella al hombre... todas las brutalidades.

De todo esto se deduce que Segismundo está en el mismo caso que Hamlet, cuando nos habla sobre la muerte; no es un testigo propiamente; no habla por experiencia; él no ha muerto, y, por lo tanto, no ha despertado, en resumidas cuentas.

II

Tampoco ha despertado, porque no ha muerto, otro príncipe testigo, príncipe por excelencia en el reino de las visiones imaginativas, que no puede menos de recordarse cuando de estas cosas se trata: Dante, el italiano que tanto conocemos, hayamos o no leído su obra colosal. No es necesario leerla para saberla perfectamente. Los que la leen por primera vez, termínenla o no, parecen recordarla.

Dante Alighieri no sólo ha vuelto de la región de que, al decir de Hamlet, ningún viajero vuelve, sino que ha regresado de ella con noticias tales y tan precisas, que casi puede dárseles crédito, como si fueran verdades experimentales. Y no dejan de serlo, en cierto modo, las de la imaginación, cuando cobran esa intensidad. Lo son, según dijimos, tanto como las de los sentidos externos, criterio infalible de verdad, *cuando se ciñen a su objeto propio.* El arte, en los grandes creadores, es una investigación como cualquier otra. Bien es verdad que el arte *desarrolla* el accidente; pero es la gran masa de sustancia que el accidente arrastra consigo lo que distingue, si no estoy equivocado, la obra del verdadero artista de la del que no lo es. En los geniales, el accidente es casi sustancia; la visión imaginativa es recuerdo o nostalgia de lo que se vio no se sabe dónde. Eso es belleza, en mi concepto: nostalgia, recuerdo afectivo, añoranza... ¡qué sé yo! El hombre, la humanidad, mejor dicho, vio alguna vez alguna cosa primordial, no cabe duda.

Repitamos, sin embargo, que ese Dante, animoso viajero o explorador, también ha andado por la muerte sin pasar por la propia, como Segismundo. No puede, pues, decirnos tampoco por experiencia lo que es morir; si es o no dormir, soñar, despertar; no es un testigo propiamente. Él se encuentra con la muerte, si tal puede llamarse su inmersión en la selva oscura, cuando nada en él está transmutado, ni en su cuerpo ni en su alma; "en medio del camino de su vida", en el pleno ejercicio de sus facultades intelectivas, volitivas, imaginativas, tales cual están en todos nosotros.

No sé si Dante estaba o no narcotizado como Segismundo. Muy del caso sería poner en claro si eso que se llama inspiración, dios interior o como se lla-

me, que emerge de los sentidos y da sus materiales a la voluntad, y que asiste, según dicen, a los poetas, es o no la embriaguez de un narcótico; pero la realidad con que Dante se encuentra en *la ciudad doliente* no parece tener menos consistencia que la con que se halló Segismundo, al despertar, en el palacio de su padre el rey.

El grande italiano acompañado de la persona impalpable de Virgilio, el latino, que es *un aparecido*, un cuerpo que recobra algunos, pero no todos, de sus viejos accidentes, anda, como sabemos, entre las otras sombras; pero haciendo sombra él mismo, es decir, no siéndolo, no siendo sombra como su compañero; conservando todos sus accidentes. Los huesos no se han despojado de su carne; la barca de los espíritus no hecha al peso de los cuerpos, casi se hunde al del poeta vivo; su inteligencia, su imaginación, su voluntad, están en pleno ejercicio; su memoria está bien despierta; lo están sus pasiones, más o menos templadas, pero vivas. No regresa, pues, de la muerte, ni son sus ensueños otra cosa que la proyección de su vida. Ellos forman su *comedia;* el cuadro del otro mundo visto desde el actual y viceversa; las cosas bajo la forma de eternidad "*sub specie eterni*"; pero hechas de la materia de que están hechos los sueños del tiempo; son materia como cualquier otra, por tenuísima que sea.

La *Comedia* del italiano es, pues, la de la vida universal, en que la muerte es una intersección, y que afluye, por todos los caminos, a la unidad o eternidad, definida por Boecio, el latino, como "la posesión total, simultánea y perfecta de la vida interminable". *Interminabilis vita tota simul et perfecta posetio.* La eternidad nos espera con paciencia; la hallaremos,

al fin, como la hallamos *al principio;* vivimos entre dos eternidades. Pasado y presente; reposo y movimiento, son relaciones, relatividad, nada, como principio y fin... nada.

Ese es el realismo u objetivismo de Dante; la realidad de todo el universo: no sólo del visible sino del invisible; no del posible solamente, sino también del imposible; realidad proyectada en la retina espiritual. Tan natural es morir como nacer, oímos decir a Bacon. Y así es. Lo puramente real y lo puramente ideal son dos abstracciones, en resumidas cuentas, si bien se mira; dos abstracciones. Toda realidad lleva en sí misma un ideal, y éste, realidad futura para el tiempo, es realidad absoluta, siempre presente, o no es nada, allí donde el tiempo no existe. ¿Quién ha penetrado en lo intenso de la frase "consumación de los tiempos"?

No hay más realidad que lo ideal: la eterna idea, *el Ser que es*, que "*es todas las cosas*", las visibles y las invisibles, las creadas y las increadas, la sola realidad absoluta, necesaria. Para el que carece del sentido intuitivo que distingue al poeta, eso conduce a aquel engaño de creer que, si ese Ser *es todas las cosas*, todas las cosas son divinas, adorables, dioses o dios. No caeremos nosotros en tan candoroso engaño o falacia. No queremos nosotros decir tal cosa, ni cosa parecida. Ese Ser es todas las cosas, todas *las posibilidades* inclusive: todas están en él, las posibilidades que son infinitas y que son ideas, es decir, realidades... las solas realidades. También esto debe ser bien entendido; nos invita, cuando menos, al *deleite del raciocinio*, obra de arte, suprema belleza. No se posee la verdad; se es poseído por ella. Lo que se llama contemplación desinteresada.

El conocimiento en nosotros, en el hombre, es relación entre un sujeto y un objeto. Las cosas son realización de una idea, que está en ellas; realidades, pues; pero distintas de la simple posibilidad primordial. Extraer esa idea y hacerla propia es conocer la cosa. Como el vaho de alcohol que se hace llama, la idea que está en el objeto, fuera de nosotros, *arde en nosotros*, se hace conocimiento, luz de luz. Así conocemos. El anhelo aquel de Fray Luis de León de "aprender y abrazar la máquina del universo, y reducir a unidad la muchedumbre de las diferencias" es, en nosotros, función divina; pero no por eso somos la divinidad.

El invierno en el hombre y en la naturaleza, es un ansia de sol; la sed no es otra cosa que una ausencia de agua deseada. El frío no es nada; es relación, falta de calor. La muerte es frío, relación... no es nada, en el mundo de lo absoluto. La belleza está en lo que no existe; es también algo que sale de las cosas, y se hace luz en nosotros, y calor y sonido .. añoranza.

No analices demasiado estas ideas; óyelas, como si fueran una música vaga, imprecisa, que pasa en una ráfaga. Incorpora a ellas tu pensamiento, y sigue; déjate llevar hacia la verdad inaccesible o belleza; hacia la tierra prometida, que es siempre aquella en que no se está. No bien pisas una tierra, se desvanece en ella la *promesa*, se va la belleza, que es promesa precisamente, o esperanza, anuncio o toque de atención indefinido.

III

El enorme monólogo de Dante, que parece no tener nada que ver con el de Hamlet, lo tiene tanto, sin embargo, que el poema de aquél no es otra cosa, bien

mirado, que el problema del monólogo: Morir... ¿dormir?... ¿despertar?...

Dante vio a Hamlet, mucho antes que Shakespeare, entre aquellos que encontró en su camino, árboles tortuosos, de cuyas ramas, cuando se las rompía, salían palabras y sangre juntamente; gritaban, se quejaban, apostrofaban. En esos árboles palpitaban las almas que se habían arrancado ellas mismas de sus cuerpos, y que son arrojadas por Minos al séptimo cerco. Allí, en la selva que ellos forman, esos, los suicidas, germinan como granos, y se hacen árboles dolorosos llenos de lágrimas y quejidos; las harpías, los mirones pájaros centinelas o carceleros, lechuzas mudas, les arrancan las hojas, que, llevadas por el viento negro, no volverán jamás a reunirse. El monólogo de esa selva, cuando se queda sola, es más profundo que el de Hamlet.

Lo cierto es que no hay tal alternativa de ser o no ser. El no ser no existe; la muerte es nada, dijimos; pero no es lo mismo ser nada, que no ser. Somos nada; pero el hombre no puede crear la nada.

Lo entre las cosas, átomos o estrellas, es tan real como las cosas mismas, estrellas o átomos, e infinitamente más grande. Toda cifra es cero al lado de lo infinito. No serían las estrellas una realidad si no vivieran en otra realidad. ¡Lo entre las cosas!

La tendencia congénita del hombre primitivo a adorar al sol como a un dios entraña una confusa verdad. El sol no es un dios; pero el *Nombre de Dios* puede ser Sol. Adorar al astro puede ser una forma de santificar el *Nombre de Dios* o su presencia entre las cosas visibles e invisibles; buscar su reino, el dominio de su voluntad...

"Tu nombre es mujer", dice Shakespeare a la "Fragilidad". Tu nombre es sol, mar, firmamento, eterna fuerza germinadora, conservadora, ¡oh Ser que eres todas las cosas!

Ya no digo con un simple punzón, como lo dice Hamlet, pero ni con todos los rayos de Júpiter podría el hombre alcanzar el propio reposo en el no ser, en el dormir de la nada; la nada no duerme...

La acción épica de la *Comedia Divina* del altísimo florentino no es otra cosa que la eternidad del Ser, de la vida.

El serio problema, no está en la alternativa de Hamlet; no entre el *ser* y el *no ser* abstractos, sino entre el bien o ser concreto, y el mal, que es negación; entre el espíritu y la materia, la unidad y la dispersión, el amor y el odio, los ángeles y los demonios. Ese es el antagonismo, la batalla. Una constante ascensión de la carne al espíritu, el espíritu *descorporizándose,* dice De Sanctis, idealizándose hasta Dios, Espíritu absoluto, Verdad, Bondad, Unidad, Belleza, último ideal, Vida eterna.

Ese es el *Drama Divino* o *Comedia* de Dante, el italiano, cuyos versos, llenos de relámpagos, rasgan el misterio de las grandes aguas que están sobre las nubes, y vuelven a cubrirlas; apagan el sol y lo encienden, como pájaros que cruzan ante un faro de noche. Como espíritus sobre las aguas, quedan flotando encendidas, sobre la superficie sin fondo de ese poema, las palabras inauditas. Aquéllas de Virgilio, ante el cuadro de ciertos habitantes de la Ciudad doliente "*Esos no tienen la esperanza de morir*" son palabras que dan en la cabeza como piedras de una honda. *¡Non hanno speranza di morte!*

La impotencia, precisamente, de optar entre ser y no ser, confundido éste con la nada, es lo que constituye el suplicio o mayor dolor de aquellos condenados a vivir, "que llaman a gritos la segunda muerte" que creen poder dar con una distinta de la primera, más muerte, más nada. Y el todo los envuelve y arrebata como el remolino: flotan entre dos eternidades... La verdad, que es día para unos, luz perfecta, es noche para otros: noche de la verdad: lo que es "antes" para unos es "después" para otros; según el estado de reposo o movimiento del espectador del fenómeno en el tiempo. Que no es lo mismo el tiempo físico que el psicológico. Sólo en Dios no hay antes ni después, visión y previsión, reposo y movimiento... relatividad. Todo eso es ilusión; *no es lo que es.*

IV

No será, pues, ese altísimo Dante quien pueda conducirnos a saber de la muerte mejor que los príncipes de Polonia o de Dinamarca; su espíritu no está más descorporizado que el de Hamlet o el de Segismundo; toda su obra está hecha, como hemos visto, de la materia, de los sueños. La forma, sin embargo, es decir, "la cosa con exclusión de aquello de que está hecha", no es sueño sino realidad: es el alma de un hombre perfectamente vivo que se comunica: una inteligencia humana en combustión de ideas, en acción constructiva o raciocinio; una voluntad en fortísima presión ordenadora: una memoria que combina sensaciones pasadas, y hace de ellas imágenes para producir sensaciones nuevas: cuerpo y alma humanos en reacción creadora, en función natural, ordinaria. Y una pasión, por fin, en movimiento concéntrico, como núcleo y

motor de toda vida, pasión con calor de sangre humana.

Eso es la obra de este artista o poeta Dante, como lo es la de todos los artistas o poetas que tienen la esperanza de morir, y la de sobrevivirse en el propio verbo: obra natural de forja, labor de vida, no de muerte, ni de resurrección.

Para que un sueño se forme bien en nuestra conciencia o subconsciencia es menester estar completamente dormido, inerte; pero nunca es preciso estar más despierto que cuando se le quiere sacar de las tinieblas a la luz, madre de la forma, y darle la adaptable a los sentidos de los que velan; vigilante ha de estar la inteligencia, como el pájaro en el techo, ágil y clara la imaginación, fuerte la voluntad; libre, sobre todo. La luz es libertad; lo es el arte.

Bien es verdad que existen las intuiciones poéticas; el anillo de humo sostenido por su propia rotación. Pero la obra del artista, del poeta, no consiste tanto en ver pasar anillos giratorios. cuanto en detenerlos en la imagen, haciendo de la nebulosa estrella, y de la idea raciocinio. Este raciocinio del yo recóndito es regido por la lógica corriente: una fuerza superior pero no contraria a él, conglomera las ideas y las ordena con cadencia y número; pero esa fuerza emana siempre de la naturaleza psíquica, como el viento de la materia, como la luz o el sonido.

Dante es la fuerza de una libertad. La huella del golpe de su martillo formidable se ve en la estructura de sus estrofas. De sus verbos, penetrantes como espadas o aguijones, y de sus adjetivos, duros como piedras, salen las imágenes escuetas, como árboles secos, o peñascos. Nada hay en él que no sea fuerte, sano, sincero. El artificio, que es un esfuerzo, pero no una

fuerza, no ha intervenido en esa obra de la gran naturaleza psíquica que pare sin dolor; pero toda lo es de la naturaleza. Aun el dios interior es creación del hombre, como todos *los dioses*. Sólo Dios es Dios.

No es un descorporizado, por lo tanto, ese Dante Alighieri. Para serlo en absoluto, para estar en el secreto de la muerte, o cesación de las fuerzas naturales, movimiento, sonido, color, estado térmico, es preciso perder, no sólo el cuerpo y sus sentidos, sino las potencias, las intelectivas, las volitivas, el albedrío, sin por eso perder la actividad, vida orgánica, con sus operaciones esenciales.

Una criatura así descorporizada no es un muerto, propiamente; pero es, entre los vivos, la que, como más próxima a la muerte, puede decirnos de ella lo que nadie.

Esas criaturas existen en la realidad: son las que viven lo que se llama vida mística o superracional, las que mueren porque no mueren.

No son inverosímiles, por cierto, esas tales criaturas o tipos de belleza espiritual; no son inverosímiles para quien ha seguido la escala ascendente de la vida a la muerte, de lo humano a lo divino, que suben dentro de sí mismos los poetas hasta llegar al genio, tan parecido a la muerte. No sólo no son inverosímiles, sino que, seres intermedios entre los vivos y los muertos, entre los dormidos y los definitivamente despiertos, ni deliran ni razonan; ven, contemplan. Sus creaciones no son "de la materia de que se hacen los sueños", ni tampoco de la de que las realidades sensibles están formadas; hablan en una lengua simplicísima, extranjera en todas partes, y en todas partes comprensible, clara, todo armoniosa... En esa lengua hablaba

Santa Teresa de Jesús, la mujer más armoniosa que ha existido, y que no era un poeta, por cierto, como Dante. Era otra cosa más grande, y completamente distinta... completamente distinta.

EL MISTERIO DE LA MUERTE

I

El hombre en todas las épocas y regiones ha entrevisto las verdades sutilísimas sobre la muerte, que, con suma facilidad, se transforman en imágenes. Como los pájaros que no pueden vivir en cautiverio, esas verdades no cantan, antes se ahogan, en las duras rejas del raciocinio. Sólo viven en las creencias religiosas, que son vuelos, o en al libertad, vuelo también, de la poesía, que es belleza, es decir, ascensión de lo verdadero: Homero, Dante, Shakespeare, Santa Teresa de Jesús.

El modo de pensar y de sentir sobre eso de la muerte es quizá la piedra de toque para juzgar del alma de los pueblos. El griego, que reduce sus muertos a humo y ceniza, y el egipcio que los guarda embalsamados, son los dos tipos extremos, las dos contestaciones, dentro de lo natural o sensible, a la pregunta aquella de "hasta dónde puede la materia desaparecer sin que el hombre que de ella está formado, llámese Stilpón o Demetrio, desaparezca".

El egipcio no piensa como Leibnitz, por cierto: él cree en lo persistente, en el "doble"; pero no concibe que la forma pueda ser una cosa con exclusión de aquello de que está hecha; el alma no está hecha del cuerpo, sino por el cuerpo; esa forma, el alma necesita materia, sustancia sensible que la sostenga, y que ha de ser la propia materia o sustancia visible, su figura, determinada por la posición de todos sus puntos

en un mismo instante. El egipcio no sabe lo que es "*sustancia espiritual*"; no puede concebir al hombre sin manos ni pies, como Pascal; mucho menos sin cabeza, por supuesto. Tampoco concibe que la esencia de una cosa, lo que hace que ella sea esa cosa, pueda consistir, según lo juzga Leibnitz, "en un cierto poder o una cierta facultad primitiva distinta de sus dimensiones, de sus cualidades, en una palabra, de sus modos o accidentes". Para el egipcio es preciso que el cuerpo persista, la mayor cantidad de él que sea posible, a fin de que su *doble* no se disipe por completo.

La momia egipcia es eso. No, como las obras de arte, una figura de madera o de arcilla, o de piedra, animada del alma del artista que la modela o da forma, en el sentido de figura mejor dicho, sino una especie de estatua animada del alma de la materia de que está formada. La momia, pues, más aún que la simulación de la vida, es la inmortalidad del cuerpo muerto, no transformado, sino tal cual está formado o informado por el alma, con sus debilidades, con sus fealdades.

Algunas tribus de indios americanos guardaban también sus muertos; en cuclillas, en vasijas de barro cocido, duraban indefinidamente. Los había que reducían los cráneos al tamaño de una naranja y hasta de una nuez conservando toda la negra cabellera intacta y las facciones de la cara reconocibles.

Convengamos en que nada de eso es arte, si por tal hemos de entender realización de belleza, o, si se quiere, invención de medios o formas expresivas por las cuales los puros sentimientos humanos se propagan, por vía de imitación o simpatía, de un alma a otra, es decir, expresión de lo no esencial para revelar la esencia pura, el carácter, la verdadera sustancia. La

momia no es nada de eso, ni cosa que se le parezca; no es arte. Tampoco es una afirmación de fe en el espíritu propiamente. Esa ficción de la perpetuidad del cuerpo o negación de la muerte, lo es de la inmortalidad. Una piedra no puede ser inmortal precisamente, porque no es mortal. Y no lo es, porque no es apta para la esencial transformación, o persistencia de la forma en la materia invisible.

Uno se imagina la gloria de aquellos hipoteos o ciudades subterráneas de los egipcios, habitadas por hombres embalsamados, y mujeres y niños, que simulan la vida sin esperarla; la vida eternamente simulada. Esas figuras inspiran piedad precisamente por eso: porque no han acabado de morir; no son muertos, ni quieren serlo. Allí no hay alegría, pero tampoco tristeza propiamente, ni melancolía; no hay recuerdo ni esperanza ni deseo: no hay sociedad.

Los más grandes artistas decoraban aquellas poblaciones con suntuosidad; colores, figuras, jeroglíficos, inscripciones cuneiformes, entalles y bajo relieves, todo eso cubría los muros, los techos, hasta el dorso de las tapas de los ataúdes como si se dibujara en el interior de los párpados, en las membranas. Las largas procesiones de siluetas con cabeza de gavilán o de mono, o de seres humanos sin sexo, con ojos en forma de almendra, desfilaban en el absorto silencio. Allí estaban, negras o polícromas en sus ricos y brillantes fondos de ocre o de azul. Y todos sin más objeto que el de recrear los ojos de esmalte o de cartón pintado de las momias, que nada desean.

Aquella gente embalsamada no espera la resurrección: no aspira a vivir, sino a no morir. La oscuridad, la soledad, el silencio indefinidos, son la gloria.

No están dormidos ni quieren estarlo; se juzgan despiertos, no sé para qué...

El griego es otra cosa, piensa de otro modo. También él cuida del cuerpo muerto; pero no para conservarlo, sino para preservarlo de la fealdad mientras es visible, a fin de que su último recuerdo lo sea de belleza sensible. Lo lava, lo perfuma, lo viste y adorna, y enseguida lo quema, lo reduce a llama, a humo que se va. Guarda de él la ceniza, la cantidad de materia suficiente para conservar el recuerdo. Pero el recuerdo del hombre vivo, en su plenitud. La materia inmortal, que es, para el griego, la belleza sensible, la forma. El héroe no entra en su gloria mientras el cadáver está insepulto; la ofensa a su cuerpo humilla a su sombra, su espíritu. Ser comido de los buitres o de los perros, en la tierra es el infierno. La región homérica es "aquella que habitan las sombras de los hombres muertos" dice la Ilíada.

II

Todos esos, griegos, egipcios y demás, rechazan la ocurrencia aquella de Reynolds, que, para consolar a las señoras que deploraban la muerte del amigo de quien se decían muy obligadas, les hacía advertir que la muerte las desembarazaba de esa deuda. Los griegos "aplacaban los males de los muertos" con sacrificios.

La sociedad de vivos y muertos es tan real y persistente como la de los vivos entre sí, en el concepto intuitivo del hombre. "Del Hombre", es decir, no de un hombre concreto de carne y hueso, así sea el más capaz de raciocinio, sino del hombre abstracto, más hombre que concreto y que raciocina mejor, más rea-

lidad si cabe, y más digno de fe; la nación, el pueblo, la raza, con su pensamiento, su espíritu, su verdad tradicional o trascendental, que es una. Las filosofías son raciocinios del cerebro de un hombre concreto; pero los hombres se suceden como las olas; pasan con sus juicios, y queda el juicio del ser colectivo, como el nivel o el pensamiento del mar.

La vida del género humano, dice San Agustín, desde la creación de Adán hasta la consumación de los siglos, debe considerarse como la de un solo hombre, que nace, crece, se desarrolla y llega a la plenitud de sus fuerzas.

"La serie de las generaciones, dice Pascal, durante el curso de los siglos, debe considerarse como un solo hombre que siempre subsiste y se educa constantemente".

Pero hay hombres concretos cuyo pensamiento de tal manera coincide con el de ese hombre abstracto, la humanidad, que tienen algo de abstracción. Eso y no otra cosa son los grandes poetas, los épicos o genios; los que ven y oyen lo universal que tienen en sí mismos. Cuando el pensamiento se hace en ellos palabra, ésta rompe los límites del léxico a que pertenece, no es palabra sólo de un idioma concreto, tiene la virtud de penetración de los resucitados: entra en el oído sin abrir las puertas; pasa por el tiempo sin pisar las horas. No es necesario que sea muy rara, extraordinaria; las palabras más corrientes cobran en ese instrumento la fuerza musical que las transfigura y eterniza o resucita. Todo el mundo sabe de hombres inmortalizados por una sola palabra o una sola frase que dijeron. Y todos sabemos de lo efímero de las dichas para vivir mucho tiempo. Que dos cosas pueden darnos idea de lo infinito: las palabras olvidadas y las

arenas del gran desierto. La grande originalidad es eso; lo contrario de lo que generalmente se cree. A menudo se toma por originalidad la disonancia o extravagancia, cuando no el desprecio de la humanidad mirada por un hombre como inferior al hombre o como caravana que va hacia atrás en sentido opuesto del hombre superior, que se cree tanto más hombre cuantos menos de sus semejantes lo entienden. Y no es así sin embargo, sino lo contrario, todo lo contrario precisamente. La humanidad no va hacia la muerte como tú; ella es la persistencia, la vida. Identificarse con ella es inmortalidad.

Como alguien aconsejara a Verdi que innovara en la técnica de su composición musical, el gran compositor contestó: "Entiendo que, en arte, se innova cuando ya no es posible crear".

No sin causa, pues, el pensamiento de Reynolds chocó tanto a aquellas señoras que lo escuchaban. No chocaba por original, sino por sólo disonante. La disonancia suele confundirse con la originalidad, no cabe duda; pero es su antítesis. La grande originalidad épica es casi inadvertida; es lo que menos llama la atención generalmente.

Reynolds quería llamarla disonando, extravagando; diciendo lo contrario de lo que piensa la humanidad que está a su lado, y de lo que él mismo forma parte.

Quieras que no, él es un cristiano, no un egipcio ni un griego; su pensamiento desafinaba en su propio acorde, ofendía su propio oído.

La antítesis es recurso de los pequeños disfrazados. Los grandes de verdad, los épicos, Shakespeare entre otros pocos en la era cristiana, son la encarnación sincera, no buscada, de la propia humanidad, pájaros de una banda, cada uno de los cuales es la banda en-

tera: el mismo vuelo, el mismo canto. Son esencialmente originales, épicos, como el viento, como el mar, que no inventan nada.

¿Has pensado en la originalidad del viento o en la del mar, tan antiguos y siempre nuevos? Uno que habla o que canta en ellos es inmortal.

SOBRE RENOVACIONES

(Prólogo confidencial para la Antología Poética de la Academia de Literatura de Santa Fe).

I

De mil amores acepto la invitación de mis compañeros de academia (que yo lo soy de la literaria de Santa Fe) para que salgamos juntos a dar una vuelta por las avenidas de estas páginas. Me ofrecen la primera página, y no dejo de encontrarlo puesto en razón, porque soy el más viejo de la casa. Cuidado que no quiero decir con esto, que lo sea en absoluto; me confieso tal, sólo en relación con los actuales miembros de aquella academia, cuyas son las producciones que constituyen esta promisora antología.

"Antología", según su sentido etimológico, quiere decir, como todos sabemos, selección de flores; y, si bien eso de "flores" no es ya de buen gusto para muchos, por lo muy repetido, lo emplearemos aquí, aunque sea por última vez, porque nos ofrece un si es no es de novedad. Yo he sentido, efectivamente, caer estos versos de su rama sobre mi cabeza, y despertar en ella recuerdos llenos de sol y de naranjos en flor. Esta colección de poesías de los jóvenes que, en el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, han restaurado la antigua Academia de Literatura, es el segundo volumen de la publicada hace ya tiempo, (treinta o treinta y cinco años, me parece) y en la que yo figuro con mis primeras rimas, muy inferiores, por cierto, a las composiciones que aquí se leen. Después de eso, he

hecho yo otros versos, más o menos afortunados, y otras prosas. Y, como otras prosas y otros versos han de hacer, andando que anden los años, estos jóvenes académicos en cuya amable compañía me encuentro ahora, nada tan oportuno como decirles lo que por mí ha pasado, para tema ameno de conversación, y porque ellos entrevean el propio porvenir.

Más originales de lo que pudiera creerse son las poesías de este libro, a despecho y pesar de la influencia de los modelos; el latir de nuevos corazones, y hasta el balbucir de nuevas formas, anima estas páginas, que uno lee con el interés que nos inspiran las cosas que se ven venir de lejos, detallándose poco a poco: barcos de velas de púrpura, y remos movidos al son de flautas, bandas de pájaros marinos, coros de hombres o de mujeres desconocidos que se acercan cantando. Estos jóvenes poetas parecen adelantar hacia nosotros de lo porvenir diciendo sus estrofas, y, en sentido inverso, vienen a mi memoria, desde lo pasado, los cantos de mis compañeros que, hace muchos años, en esa misma Academia de Santa Fe, afinaban conmigo la palabra, divino instrumento de la música interior, al mismo diapasón a que se ajusta el amable coro que sale cantando de estas páginas.

Por lo que de nosotros ha sido, pues, en la vida, quisiera yo ver lo que será de estos mis actuales compañeros, mirándoles los ojos y auscultándoles el corazón en sus versos; saber cuáles de ellos persistirán en el culto de la Belleza, y serán los amados de la divina Harmonía.

Pues bien: aquellos lo serán más probablemente que más conserven en el oído, al través de los años fugaces, la vibración del diapasón que rige estos acordes; los que guarden la ingenua frescura de las inspiracio-

nes que en este libro han recibido sus primeras formas rítmicas, y, al través de los cambios de accidentes, mejor custodien las sustancias musicales que aquí vibran: aquellos que sean, en una palabra, una fe, una virtud, un carácter, un hombre libre. Que, o mucho me equivoco, o es eso lo que se echa de menos en muchas de las obras de arte en nuestro tiempo: caracteres, altos y fuertes ideales, sustancia noble en que imprimir los accidentes harmoniosos.

II

Estamos en época de rebeldías contra los consagrados cánones artísticos y literarios, y estos jóvenes académicos no podrán menos de hallarse con ellas en el camino. No seré yo, por cierto, quien les aconseje, como suprema virtud, ni siquiera como virtud, la devoción a las formas; creo, por el contrario, que atar verdades vivas y amables a palabras muertas o antipáticas, es hacer cargar a aquéllas con un peso, no sólo inútil, pero perjudicial. Es preciso ampliar los horizontes, renovar el mundo imaginativo y su expresión estética, dar la mayor penetración posible en las otras almas humanas a la más íntima vibración de la nuestra. Esa tendencia se advierte en muchas de las composiciones que aquí se leen; no cabe en mi propósito el hacer de ellas una crítica detallada; pero puedo afirmar con alegría que hay aquí producciones literarias que pueden reclamar honroso puesto y perdurable al lado de las consagradas de la literatura americana, y que, más que ensayos académicos, son ya vibraciones inmanentes de espíritus emancipados de extrañas influencias, con todo el sello inconfundible de la inspiración personal sincera. Es, pues, el caso de que

felicite muy cordialmente a estos mis valientes compañeros, y los incite a arrebatar nuevos secretos a la palabra, maravilloso instrumento de nuestra música interior.

Pero cuidado no nos acontezca lo que a esos frutos que, crecidos fuera de su clima nativo, desarrollan su magnífica corteza, y, hermosísimos de cáscara, son fofos y hasta malsanos; no sea que la rebelión contra los accidentes nos haga rebeldes contra las sustancias eternamente amables y harmoniosas, y hasta lleguemos a creer que aquellos, los accidentes, con sólo renovarse, pueden ser un progreso y dar la vida a una belleza consistente.

Amiel, melancólico ginebrino de alma germánica o germanizada, llena de melodiosos tormentos y enferma de la voluntad, nos dice en su *Diario Intimo:* "Mientras uno se renueva está vivo. En este arte fueron maestros Goethe Scheleiermacher y Humboldt. Para continuar viviendo es preciso rejuvenecerse incesantemente a la manera platónica. El alma debe crearse sin descanso, probarse en todos sus modos, resonar en todas sus fibras, suscitarse a sí misma nuevos intereses".

Es ese mismo anhelo de "vida nueva" el que, condensado en la fórmula "Reformarse es vivir" sirve de tema a *Motivos de Proteo,* libro lleno de galanuras de mi amigo José Enrique Rodó, en que se procura satisfacer esa obsesión, que tiene también mucho de inquietud angustiosa, algo así como una disnea moral, producida por la falta de aire respirable. Esas preciosas páginas tienen algo de inhalaciones de oxígeno, o mucho me equivoco.

¿Por dicha ese anhelo de renovaciones es morboso en sí mismo?

No diré yo tanto, ni mucho menos; pero, en éste como en todos los casos, uno se convence de que muy pocas verdades nuevas nos son reveladas después de las evangélicas que respiramos; o no son nuevas, o no son verdades. Mucho antes que los maestros modernos, que aparecen como portadores de descubrimientos morales, antes que Humboldt y que Goethe, había dicho Pablo de Tarso, el colosal apóstol de las gentes, la palabra de insuperable profundidad y belleza, que satisface aquel anhelo de renovaciones del alma humana. "El hombre exterior se destruye, dijo el vidente apóstol; el hombre interior se renueva".

Con sólo penetrar en ese concepto, inmóvil como un lago de montaña, nos acercamos a la fuente de toda la vida moral progresiva, que procede de las altas cumbres invioladas. Vivir, según eso, es reformarse, efectivamente; pero reformarse no es otra cosa que destruirse el hombre exterior, para alimentar al interior, que permanece, que persiste renovado. El mismo San Pablo nos ha hablado del "hombre viejo", es decir, del hombre de carne, en contraposición del hombre de espíritu. Renovarse es, pues, vivir, si se quiere; pero vivir no es tanto renovarse cuanto *permanecer al través de todas las renovaciones*, sin excluir la total del hombre viejo, que se llama Muerte. Surgir de la muerte es la sola renovación gloriosa, aun en el tiempo; hallar eso que *persiste* es dar con el secreto de la belleza en todos los tiempos.

Comparemos, pues, la frase evangélica con todas las que, a título de novedad, andan triunfantes por el mundo corriente, y nos daremos cuenta de lo insuperable de la expresión del apóstol.

III

Es en el sentido de ésta en el que dije yo al principio, entre bromas y veras, que no aceptaba el título de más viejo en absoluto, al escribir en este libro la primera página.

Para apreciar quién es más viejo, hay dos puntos de relación: el de partida y el de llegada. ¿Es más viejo el niño que va a morir, o el adulto que va a vivir aún largo tiempo sobre la tierra?

Aquel que camina hacia un ideal fijo de luz, es tanto más joven, cuanto más se acerca a él, alejándose del punto oscuro de partida. Los verdaderos poetas, como los ángeles, adelantan siempre en juventud, de modo que los más antiguos suelen ser los más jóvenes. Y nada digamos de los santos, los sólos héroes de belleza plena. Santa Teresa de Jesús es una niña de sesenta años cuando escribe sus *Moradas*, con los ojos llenos de candores, y las palabras llenas de perfectos desaliños balbucientes. San Luis Gonzaga es un anciano recién nacido, con sus manos de lirio, y sus miradas de arcángel desterrado del astro nativo. Son las figuras homéricas de la *Ilíada* cristiana, todo vida, todo resplandor de estrella.

Para saber, pues, a ciencia cierta, si nos renovamos efectivamente o no, si progresamos o perdemos camino, menester es fijar, ante todo, el punto de llegada, el ideal que debe alcanzarse, la sustancia vibrante, en una palabra, en contraposición a la forma, que debe renovarse en nosotros, crearse sin descanso persistiendo, resonar en todas sus fibras, como dice Amiel, vibrar lo más afinada posible con la harmonía de las esferas.

Y es eso lo que constituye el interés y la belleza de este libro de juventud y esperanzas: la vibración de una estrella, más o menos remota pero muy fija, que ilumina sus páginas; la fe en Dios, el amor a la Patria, el culto de sus héroes, la pureza de pensamiento, la limpieza de fantasía, que, no sin mucha causa, ha sido llamada "el clima del espíritu", porque es donde tienen sus raíces las flores del corazón y también sus enfermedades; donde nacen y se desarrollan las imágenes; donde se esconden las larvas, o, aun en pleno invierno, viven y hasta cantan las últimas alondras.

Las formas cambian, como hemos dicho; lo mismo que los hombres, las palabras se envejecen, se van apagando, como una brasa, en sus propias cenizas, pierden el habla, se les escapa el alma. Que bien sabemos que las palabras que en nuestra voz se forman tiene un alma, además de un sentido. Es, pues, preciso renovar los ritmos; pero sólo para hacer más clara la juventud de las palabras inmutables. Las renovaciones, lejos de destruir al hombre interior, en tanto serán más nuevas y más bellas, en cuanto nos revelen la permanencia del "hombre nuevo", su perpetua adolescencia, la reaparición constante del niño en el varón de barba blanca. No otra cosa es la forma homérica en su misteriosa vitalidad. El hombre, pues, será tanto más *persona*, cuanto menos se adviertan en él las soluciones de continuidad producidas por la duda, la falta de carácter, la absorción del "yo" por el "no yo", que suele llamarse respeto humano, y que debe llamarse esclavitud, o reinado de nuestros tiranos interiores, los solos tiranos verdaderos.

Yo digo a mis compañeros de academia, seguro de decirles la verdad, que dentro de la luz que se difunde en estos sus primeros versos está toda la luz indivisible

de que lo luminoso procede, toda la gama de notas y colores de que se forma la belleza, toda la materia de que han de surgir las libres formas amadas de los dioses, y que tienen un objeto muy superior, y mucho más noble y complejo, que el de satisfacer los solos sentidos corporales. La belleza en las cosas creadas es el esplendor en ellas de algo que les es superior; es la revelación del espíritu en la carne. "La devoción a la materia o vida de los sentidos, es una enfermedad, dice Emerson, como la de ir engordando la piel hasta destruir los órganos vitales".

IV

En los momentos en que esto escribo, estoy oyendo el coro de alabanzas que se ha levantado, de todo el mundo de lengua castellana, a la noticia de la muerte de un noble poeta: Rubén Darío. Fue éste, efectivamente, un primoroso cincelador o laminador de la palabra española rejuvenecida; honra ha sido de nuestro verbo americano en la familia hispánica. Yo puedo hablar de él a mis compañeros de academia, porque fui su amigo, y conviene que de él les hable, puesto que no sin alguna causa su amable recuerdo ha despertado en mi memoria al repetir la frase de Emerson.

Rubén Darío nos ha dejado piezas de orfebrería literaria que bien pueden calificarse de preciosas joyas. Se buscará, sin embargo, *su obra*, y acaso no se la encuentre de bastante solidez. La falta de *materia espiritual,* si se me permite la paradoja, suficientemente noble para recibir y perpetuar la forma, puede hacer peligrar la de este gran poeta, me parece.

Aquella materia estaba, sin embargo, en el alma de Rubén Darío. Lo conocí en Madrid; fuimos amigos

allá por los años del centenario del descubrimiento de América; le miré mucho los ojos transparentes. El apareció entonces en España con su andar noctámbulo, callado, casi desorientado al parecer, en busca de esa cosa que llaman "gloria", y que él creía deber encontrar vestida de suntuoso tul. En mi casa leyó, bien lo recuerdo, el esbelto *Pórtico* griego que puso a las poesías de Salvador Rueda que fue quien me lo presentó; en la tertulia literaria de don Juan Valera, a que solíamos ir juntos, nos hizo oír, sentado en un rincón, algo de sus nuevos versos, que parecían salir de su cabeza como de un sitio remoto; su voz sonaba compasada y lenta como gotas que cayesen isócronas en una plancha sonora. En casa de Valera lo escuchaban, entre otros, Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, Campoamor, y sobre todo Miguel de los Santos Alvarez, a quien yo miraba como un aparecido, pues lo creía muerto hacía muchos años. Era ese Alvarez, amable persona, aquel viejo amigo de Espronceda que se hizo célebre por un solo verso: "Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno", que Espronceda citó en su canto a Teresa. Nada más interesante, por cierto, que ver juntos a Rubén Darío y a Miguel de los Santos Alvarez; me parecían dos niños con cincuenta años de diferencia. Hoy, muertos los dos, son dos hombres de la misma edad... sin edad, mejor dicho; los muertos no tienen edad.

Era así, pues, exteriormente, Darío: excéntrico, complejo. Y, sin embargo, nada más simple que aquella alma buena, que quiso pasar por mala algunas veces, para renovarse. Era una lira, de una sola cuerda, monocorde, como él diría en su insaciable anhelo de sonoridades. Un solo sentido, el del oído, el más espiritual de los sentidos, formaba aquel amable instru-

mento anímico. No era, pues, ni podía ser un poeta sensual. Que ninguna de las artes como la música puede decir, con el Divino Maestro: "Mi reino no es de este mundo".

Pero estamos ante un caso de esa enfermedad de que nos habla Emerson. Darío quería renovarse, *ser raro* ante todo; y las renovaciones determinaron en él un desarrollo magnífico de la piel, magnífico, no hay duda, pero que destruyó lo mejor de los órganos vitales. Lo que en él había, efectivamente, de más vivo sustancialmente; lo que, a haber cobrado la forma primorosa de que él era dueño, lo hubiera hecho el gran poeta contemporáneo, la fe, la esperanza, la caridad, eso quedó sin nacer. Darío no tuvo bastante fe en su propia fe, porque no la halló bastante *nueva* para darle sonoridad.

Lo hemos visto, efectivamente, dar el tesoro casi entero de sus ritmos polícromos a las divinidades atenienses, y a los príncipes galantes, y a las marquesitas azules o a los cisnes de Versalles "blancos, blancos, blancos, de eucarísticas blancuras": pero cuando lo vemos, al final de la jornada, acudir, como al solo refugio de su corazón cansado, a las viejas casi olvidadas fórmulas de sus primeras oraciones; cuando lo vemos buscar en su bolsillo, para decirle estrofas suplicantes, las más bellas de su lira, el pequeño paciente crucifijo que llevaba oculto por demasiado viejo, uno se convence de que aquella alma andaba desorbitada, y, sobre todo, de que la obra de aquel poeta hubiera sido más grande y perdurable, homérica quizá, a haberse operado en ella el fenómeno verdadero de toda creación de un nuevo ser vivo: la unión sustancial del alma con el cuerpo, la de las nuevas harmonías que allí sonaban con las eternas ideas y sustanciales senti-

mientos que allí permanecían, aunque acobardados: la sola renovación.

En la obra de Rubén Darío han quedado triunfantes las formas, los ritmos suntuosos, las polifonías orquestales; pero la falta de sustancia bastante para contener aquellas formas, o de sustancia vibrante para prolongar los sonidos, no puede menos de hacernos temer por la estabilidad de la estatua de bronce que se proyecta.

Y nada digamos, por supuesto, de la labor de sus imitadores, que son legión. La grande influencia de Darío sobre sus contemporáneos, en América y en España, más que benéfica puede ser perniciosa. Para seguirlo, en sus *renovaciones*, se construyen ritmos ante todo, antes de pensar. El pensamiento entonces no es el arquitecto de su propio palacio; vive en casa ajena, en casa de alquiler. La forma rítmica, que debiera ser como la piel del animal, formada de su propia sustancia, y palpitante de su corazón, es una piel elegida en casa del peletero, o curtidor, y que pretende vivir imitando los movimientos del animal.

V

Así se desfiguran, desvanecen, aniquilan los ideales. Y perdido de vista el punto de llegada, que hemos establecido como el verdadero de relación para apreciar la juventud permanente, todo está perdido. No hay un poeta allí donde no hay un hombre, o donde lo hay a medias.

Los que hemos sido formados en las sanas academias que, como la Literaria de Santa Fe, nos dan la nota justa, definitiva, de Verdad y de Belleza, para nuestros primeros ensayos de harmoniosa forma, reci-

bimos un tesoro que sólo apreciamos después de gozarlo. No gastamos la vida, como tan a menudo sucede, preparándonos a vivir; vivimos desde el principio.

Yo, que busco entre mis actuales compañeros al hombre futuro, y que creo reconocerlo en todos y cada uno de los que, en este libro, cantan sus cantos de juventud, insisto en decirles que, en las inspiraciones nobles, altas, que en estas páginas han cobrado forma rítmica, está el germen orgánico de todo cuanto de bello podemos realizar en la vida. Y puesto que les he prometido hablarles de mí mismo, yo de mí sé decirles que mi vida no ha sido otra cosa que eso: el desarrollo, más o menos feliz, del académico del colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe. Si mi obra, acaso de yo tenerla, llegara a merecer la atención de la crítica, ésta no podrá menos de advertir en ella, como verdadero rasgo distintivo, que acaso pueda suplir la falta de otros méritos, la continuación no interrumpida de la persona que, hace cuarenta años o más, balbucía sus primeros versos en el primer tomo de esta antología; la persistencia luminosa de un ideal de belleza y de verdad, de una fe, de un amor, de una esperanza, al través de todas las renovaciones externas del hombre viejo; la marcha no perturbada hacia esa juventud de que hemos hablado: la que camina en orden inverso de la vida, y culmina en la amiga muerte.

Mi gloria, al acercarme al fin, próximo o remoto, de la jornada, es una ante todo: la de no haber escrito una página que no pueda ser incorporada a esta antología de mis jóvenes colegas; la de no hallar una sola entre mis producciones que no pueda dar a leer a mis hijos, y a los hijos de mis hijos que ya han nacido; la de no encontrarme, sobre todo, con ninguna que no pueda ser leída en voz alta en el más silente y severo

de los claustros: el de mi propia conciencia, en que el Supremo Crítico, el solo digno de atención, juzga sobre lo que es realmente progresivo y bello.

Es que yo aprendí a mandar, obedeciendo; a anhelar las formas nuevas, estudiando con respeto *las grandes palabras viejas*, que no mueren con las bocas que las pronunciaron: a dar con la belleza de las criaturas, buscando el reflejo en ellas de lo que les es superior. Y no otra cosa es el arte.

Nada de eso ha obstado, sin embargo, a mis renovaciones estéticas; nada ha coartado mi libertad, ni retenido mis más audaces rebeldías contra toda forma que he creído inexpresiva por lo cansada, ni mi anhelo de sinceridades homéricas para mis amores y mis pasiones nobles. Si no he realizado obra perdurable, no ha sido ciertamente porque no haya recibido en esa mi Academia de Santa Fe los alientos germinales. Si mi alma no ha resonado en todas sus fibras, como dice Amiel, es porque en ella no existían las fibras resonantes, y, en ese caso, vano es el esfuerzo por buscar sonoridades, que serán siempre afónicas.

¡Las grandes palabras viejas! ¿Quién ha podido, ya no superar, pero alcanzar, al través de los tiempos, la juventud de las dichas por bocas purificadas por el carbón incandescente que tocó la del profeta?

Isaías cantó como nadie ha cantado en humana lengua. Y para terminar esta nuestra amable conversación; para dejar en mis compañeros una resonancia perdurable, nada como recordarles el diapasón en que entonaba salmos el rey que fue pastor. El, como el apóstol, predicó también renovaciones y eternas juventudes; las cantó como hoy no sabe cantarse.

Y dijo el arpa estas palabras viejas:

"Bendice, oh alma mía, al Señor

"Y todas mis entrañas bendigan su nombre santo",
"Él redime y libra tu alma de la muerte, y la cerca
[de misericordia y de misericordias".
"Él cumple, en todos los bienes, tus deseos".
"Y por Él será renovada tu alma, como la juventud
[del águila".

Montevideo, 1916.

PIEDRAS VIVAS

Non omnis moriar.

Prólogo del libro "Colegio del Salvador", desde su fundación, el 1º de mayo de 1868, hasta mayo de 1918. — Buenos Aires.

I

Caravana de nombres que, durante cincuenta años, han pasado bajo los techos del Colegio del Salvador de Buenos Aires... Y siguen pasando...

He ahí un interesante problema. ¿Hacia dónde han ido y van?

El pasado es un presente que está en segundo término; no nos sigue; nos precede.

Un Catálogo de nombres como éste es un conjunto de cosas espirituales, de naturaleza especial, ante las cuales "se medita en el corazón", como dice Homero.

"Existe el nombre y la cosa, dice Montaigne en sus "Ensayos"; el nombre es una voz que recuerda y significa la cosa; no es una parte de ella ni de la sustancia; es una pieza unida a la cosa, y fuera de ella al mismo tiempo".

"Dios, que es en sí toda plenitud y el colmo de toda perfección, no puede aumentarse o decrecer hacia dentro, agrega el ensayista francés en su original estilo; pero "su Nombre" puede, sí, aumentarse y acrecer, por la bendición y la alabanza que nosotros damos a sus obras exteriores. Y, puesto que no podemos incorpo-

rar a Él nuestra alabanza, la atribuimos a su Nombre, como lo más vecino a Él fuera de Él mismo..."

Algo extravagante y todo, no está eso muy distante de la verdad: la sugiere, cuando menos, o nos hace buscar verdades remotas. El Maestro, el sólo Maestro, cuando nos enseñó la forma en que debíamos orar, nos hizo decir: ¡Oh, Padre, Santificado sea "tu nombre"! Y así ora, efectivamente, el pueblo de Cristo ante sus altares. "Reciba el Señor el sacrificio de tus manos en honra y gloria de su Nombre", dice al sacerdote, cuando éste lo llama a orar, en el momento en que prepara el holocausto eterno.

Un conjunto de nombres es, no cabe duda, lo más vecino, lo más unido, según Montaigne, a una congregación invisible de personas. Y es este "Catálogo", por consiguiente, este "Catálogo de Exalumnos del Salvador", pese a la modestia de su título, lo que más se aproxima a lo que podríamos llamar la conciencia de esta noble persona colectiva, del Colegio del Salvador; es lo que permanece a través de las variaciones.

Tenemos, pues, en estas páginas, al Colegio que debemos glorificar, y no sin causa, en la conmemoración semi-centenaria de su fundación; en él y por él, tributaremos nuestro homenaje a la sociedad de Buenos Aires, que hoy se regocija de su obra.

II

Fue la sociedad de Buenos Aires, efectivamente, quien, como una extensión o prolongación de lo más íntimo de sí misma, de las propias casas paternas, construyó esta gran casa que, el 1º de mayo de 1868, hace ahora cincuenta años, abrigó los primeros cincuenta niños que durmieron bajo su techo.

Los padres de familia de la capital argentina realizaron entonces una antigua aspiración, siempre contrariada por recónditas y misteriosas fuerzas: la de verse sustituidos, para guardar las noches y los días de sus hijos, por los que también se llaman padres, por los de la Compañía de Jesús.

Vieja era esa aspiración de la ciudad predestinada a grandes obras; pero una potencia enemiga parecía oponerse a ella, según decimos, con rara tenacidad: se hubiera dicho que Buenos Aires no tenía aire respirable para la nueva gran familia.

Las vicisitudes porque pasó entre nosotros, en todo el Río de la Plata, esa Compañía de Jesús, son algo como el "substráctum" de su historia en el mundo, desde el momento en que el insigne español de Loyola, el héroe, el santo progenitor, comenzó su jornada al través del tiempo y del espacio. Los reyes de España, en defensa de la monarquía, y los semi-reyes de la América independiente, en defensa de la república o federación, o como quiera llamársele, coinciden, en ciertos momentos, en ver un enemigo en esa rara entidad de la Compañía de Jesús, que parece, no hay duda, la piedra de toque para juzgar dónde están, y dónde no, los grandes enemigos y los amigos fieles de la Iglesia Católica o del nombre cristiano.

Con la libertad y las instituciones y el orden, vemos pasar a la Compañía de Jesús de la una a la otra margen del Plata, según las fluctuaciones de sus políticas y de sus hombres predominantes. Es arrojada de la una orilla para caer en la otra, y volver de nuevo al punto de partida, llamada a voces por los hombres libres.

Después de la expulsión de Carlos III, a fines del siglo XVIII, es llamada y aparece en Buenos Aires en

el siglo XIX, en 1836; expulsada de aquí, salta a Montevideo, en 1843; pero ha de salir de Montevideo también muy pronto violentamente. En 1857 abandona la ribera oriental y vuelve a la occidental del Plata; Buenos Aires la acoge entonces, por fin, y le ofrece su hospitalidad perpetua.

Es el ilustre Monseñor Mariano José Escalada, el arzobispo de gloriosa memoria, quien la recibe jubiloso, y, en marzo de ese 1857, inaugura la casa germinal: el Seminario de "Salinas". Fue colocada esa fecunda semilla bajo la advocación de la Reina de los *Mártires: "Regina Martyrum"* se llamó y se llama aún. Brotará de ella el Colegio del Salvador.

Fue profética esa fuerte advocación: prenuncio de victoria. Que quien vence con morir es invencible.

III

No es, sin embargo, la opulenta ciudad de Buenos Aires, ni su próspera hermana la de Montevideo, quien ha de ser la primera sede firme de un gran colegio de jesuitas en el Plata: ese honor ha de caber en suerte a Santa Fe. Era bien pobre entonces la vieja ciudad de la "Vera Cruz"; pero era patricia como la que más; ninguna más genuinamente argentina, más platense, más nuestra... Jamás dejaré yo de decir "nuestra" al hablar de la vieja ciudad que fue asilo de mi niñez.

¡Mi buen Colegio de Santa Fe!... Era un antiguo convento de padres mercedarios, lleno de color y de carácter; había sido testigo del nacer de nuestra civilización; tenía techumbres de troncos de palmeras, muros de tierra cruda, y una vetusta torre almenada que era todo un símbolo...

Y muchas enredaderas de flores azules, y, sobre

todo, muchos naranjos de flores nupciales y de frutos generosos.

Allí nos acogimos, llevados de la mano por nuestros padres, los que eramos niños hace cincuenta años y no teníamos en nuestra ciudad natal una casa grande en que vivieran reunidas nuestras almas.

A él, a mi buen Colegio de Santa Fe, debo entre otras cosas amables, el honor de que mi nombre figure en este Catálogo de los alumnos del Colegio del Salvador de Buenos Aires. Debo, pues, imprimir a este que escribo, Prólogo o Prefacio del precioso libro, el sello más personal que me sea posible. Que sólo así, a fuerza de infantiles ingenuidades, mi persona será la de todos; mi pensamiento la vibración natural de este libro de niños y de jóvenes.

Fue casa paterna, no cabe duda, casa solariega, aquel primer pobre Colegio de Santa Fe, precursor de este espléndido de la gran metrópoli; los que fuimos sus alumnos lo somos de todas las casas de nuestro Río de la Plata, efectivamente.

Allí afluyó toda la familia platense o argentina, que es lo mismo. En aquel Colegio nos conocimos, y nos reconocimos, y nos quisimos con amor de hermanos todos los de esta gran familia indisoluble, bajo la paternidad de los jesuitas, los amigos buenos, perpetuamente renovados. Había compañeros de Buenos Aires y de Córdoba, de Entre Ríos y de Santiago, de Salta y de Corrientes, de las provincias todas argentinas, de todas sin excepción. Cada uno hablaba con su acento propio regional... Y nos reíamos los unos de los otros cuando nos abrazábamos... Y también los había del Paraguay... Y nosotros, por fin, los "Orientales del Uruguay", estábamos allí, nosotros especialmente, porque fue allí donde se fundó nuestro primer

Seminario nacional. Fue Monseñor Jacinto Vera, primer Obispo de Montevideo, de memoria perdurable, quien echó en aquella tierra la simiente de nuestro clero. El nombre de Monseñor Mariano Soler, primer Arzobispo de Montevideo, alumno ilustre de ese colegio santafecino, basta y sobra para dar luz a estos recuerdos, que lo son de cariño y gratitud.

IV

El Colegio de Santa Fe se abrió el año 1862. Con mis nueve años, apenas cumplidos, ingresé yo en él en 1865. Los recuerdos de mi vida casi comienzan allí, y, entre ellos, el de esa gran ciudad de Buenos Aires, sin colegio entonces, de Jesuitas, por la que yo pasaba de largo, para ir a mi casa paterna de Santa Fe. Seis años, cuando uno tiene nueve, son muchos años. Y seis transcurrieron desde la fundación del Colegio de Santa Fe, hasta que Buenos Aires pudo tener también el suyo. Tiempo fue ese más que suficiente para que yo llegara a creer alguna vez que Buenos Aires era inhabitable; tan inhabitable como Montevideo, mi ciudad natal, que yo tenía que dejar anualmente, por falta de hogar en mi propia casa.

No, no era inhabitable, ni mucho menos, para los niños, la gran ciudad del Plata. Precisamente cuando yo la creía tal, desde 1865 a 1867, la casa se levantaba sobre sus sólidos cimientos. En 1868, el 1º de mayo, abría de par en par sus puertas por la mañana, y las cerraba de noche, para cincuenta niños que allí dormían. Yo la vi entonces, la vi recién nacida, y la quise como a casa propia; me pareció una hija grande y rica de la pequeña y pobre de Santa Fe; grande y rica, pero no más hermosa.

Estaba casi en los suburbios de Buenos Aires. La calle del *Callao,* silenciosa y tranquila, era entonces un suburbio. Bien recuerdo aquella esquina de la calle del *Parque,* que yo veía desde lo alto de las ventanas del nuevo Colegio. El ferrocarril pasaba rechinando por allí: sus rieles quedaban detrás de él, trazando una curva rápida brillante en el fondo de barrancas primitivas. Hoy esa calle Callao es una grande arteria del corazón de la suntuosa metrópoli americana; pero sobre todos sus títulos persistirá siempre el de haber sido la sede del Colegio del Salvador, la cúpula de cuyo templo se levanta allí como una palabra resonante.

V

Como el oratorio doméstico de una familia de familias bajo la paternidad del Padre invisible y presente, el gran templo fue la natural continuación de la casa que, en 1869, tenía ya 130 alumnos internos. En diciembre de 1870 se colocó su primer sillar; los restantes se fueron colocando solos sobre el primero, los unos sobre los otros. En 1875, la espléndida construcción, como si se ciñera el casco, proyectaba su cúpula greco-romana sobre el cielo de Buenos Aires, como sobre su propio nimbo.

Era demasiado rápida esa revelación de que la primer ciudad del Plata no era inhabitable, ni mucho menos, para los Compañeros de Jesús. En ese año 1875, siete después de la fundación del Colegio y cuatro de colocada la primera piedra del templo, una turba, más o menos anónima, salió de la sombra dando gritos de odio y de muerte, hizo irrupción en pleno día, y puso fuego a aquella casa de familia, y a su inconcluso espléndido oratorio.

Aquel incendio del Colegio del Salvador fue una fecunda barbaridad. No lo consideremos bajo su aspecto de delito, para fijarnos en todo lo que tuvo de torpe extravagancia.

¡Quemar piedras sacadas de las canteras, y maderas extraídas de los bosques, creyendo incendiar un colegio de niños y de padres!

Nuestra sagrada liturgia, de inagotables bellezas, al colocar la piedra fundamental de una iglesia, reza esta oración preciosa: "*Deus qui de vivis et electis lapidibus aeternum majestati tuae preparas habitaculum*..." Tú, oh Señor Dios Nuestro, te forjas Tú mismo tu habitación. Y la construyes de piedras electas y vivas.

¡Quemar piedras muertas que se derrumban, y maderas secas que ya no retoñan!

Aquellos incendiarios del Colegio del Salvador quemaron cosas, cosas sagradas y profanas: pero no quemaron "nombres", cosas vivas. Los de los padres que allí fueron heridos o maltratados se nos ofrecen hoy, iluminados por aquel incendio, como cifras simbólicas propiciatorias. El del Padre Esteban Salvadó, por ejemplo, que era el rector entonces del Colegio de Buenos Aires y lo había sido del mío de Santa Fe, parece hoy asomarse en el borde de su nube, y mirarnos con aquellos sus ojos negros que le conocimos, llenos de la luz de su inteligencia vigorosa y de su corazón todo benevolencia y caridad, todo abnegación y negación de sí mismo. Casi no tenía voz; sus pulmones, heridos desde la juventud, duraron milagrosamente suficiente para que su aliento quedara en este Colegio del Salvador como un vital espíritu perdurable; pero si él no tenía voz, la tenía, y resonante y musical, su compañero de incendio, el gran orador de nuestra época, cuya palabra de verdad fulgurante pa-

rece palpitar todavía en las sagradas cátedras de Buenos Aires: hablo, como es natural, del Padre Camilo Jordán. Esos dos nombres bastan, y aun sobran, me parece, para sugerir una gloria. Y digo que sobran, porque ni ellos ni sus compañeros, cuyos nombres omito, reclaman más gloria que la que dieron y están dando al Nombre de Dios.

Y si aquellos extravagantes incendiarios de 1875 no quemaron nombres de padres, aunque éstos ofrecían los suyos sin violencia al holocausto, menos pudieron quemar los nombres de los hijos, de los alumnos, no tan resignados, por cierto, como aquellos, a desaparecer de sobre el haz de su tierra argentina. Aquí están esos nombres, en este Catálogo. Es éste el Colegio del Salvador incombustible, el testigo de una virtud y de una gloria, la torre de piedras vivas y elegidas habitada por los recuerdos: *vivis et electis lapidibus*.

¿Se ajustan esas piedras a las que forman los cimientos o trazan los grandes ejes arquitecturales de esta sociedad o nación, hija de la madre Democracia?

Ellas mejor que nadie, esas mismas piedras vivas, pueden decir a los hombres presentes y a los futuros cómo esos Padres de la Compañía de Jesús han desempeñado la misión de continuadores de la familia, unidad verdadera de la nación; cómo, entre todos los sentimientos de virtud que han sabido cultivar en las almas que les fueron confiadas, han sabido vigorizar en ellas el patriotismo, es decir, el "sentimiento" natural de amor a la Patria; pero sobre todo transformarlo en "virtud", en vínculo entre el hombre y Dios, en religión.

Es a la luz de los incendios, ya que de incendios hemos tenido que hablar, como mejor puede distinguirse ese carácter de constructores de piedras vivas,

cimiento inconmovible de patrias democráticas, de los hombres de la Compañía de Jesús. La humanidad no ha visto jamás un torrente de fuego embravecido como el que hoy tiene consternado al universo. A su infernal resplandor estamos viendo, también hoy, como en el otro pequeño incendio, algunas figuras de jesuitas que se proyectan sobre el fondo incandescente. Podemos detenernos especialmente en los de Francia, porque fueron éstos, los jesuitas franceses, los últimos perseguidos, y los últimos expulsados de su propia tierra, como lo habían sido de la nuestra.

VI

No bien estalló en Francia el descomunal incendio brotado de la sombra, he aquí que los jesuitas franceses expulsados reaparecen en su tierra, revelando que hay una verdad y una virtud inconmovibles en lo más hondo del alma de esos Compañeros de Jesús. Esos jesuitas dispersados por el destierro, los de las misiones lejanas, los refugiados en otras tierras hospitalarias, han acudido a la angustia de la Patria, y reclamado el privilegio de morir por ella, ya que les habían arrebatado el de vivir en ella. Fueron setecientos cincuenta. Y ciento doce han muerto en su puesto; cuarenta y ocho están heridos; veinticinco prisioneros o dispersos. De los quinientos veintiocho que han quedado hasta este momento en servicio activo, veintisiete han merecido la Legión de Honor; diecisiete la medalla militar; doscientos la cruz de guerra; doscientos treinta y nueve la citación en la orden del día; dos la medalla del valor; seis las condecoraciones extranjeras... Cuatrocientas noventa condecoraciones sobre quinientos veintiocho franceses jesuitas...

Si estas citas, más o menos estadísticas, adolecieran, recordadas en este sitio, de algo de ingenuidad, recuerde el piadoso lector que sólo prometí ingenuidades al aceptar la honra de ser incorporado, como centro de conglomeración fraternal, a este Catálogo de alumnos del Salvador.

Y con ingenuidad quiero terminar, para ser consecuente. Que ingenuo parecerá, no hay duda, el recuerdo de una anécdota que anda corriendo en estos momentos por la prensa universal, y que se refiere a la designación del general Foch, como jefe militar de todos los ejércitos aliados que hoy libran la suprema batalla.

Clemenceau es, como sabemos, el jefe actual del Gobierno francés, y era ese mismo ciudadano quien, desempeñando igual cargo en 1906, y presidiendo la injusta persecución contra las comunidades religiosas, contra los jesuitas sobre todo, hubo de nombrar un director para la Escuela Militar de Francia. No parecía fácil la elección, porque muchos eran los que, con títulos y aptitudes suficientes, podían reclamar aquel honor; muchos nombres insignes se pronunciaron entonces. Clemenceau llamó al general Foch, y lo retuvo a almorzar. Al final de la comida, el Jefe del Gabinete saludó en su huésped al director de la Escuela de Guerra.

—Pero yo no soy candidato, le dijo el gran soldado...

—Es posible; pero será usted un director excelente.

El general Foch guardó un momento de silencio...

—Acaso no sabe usted, señor presidente, que yo tengo un hermano jesuita...

—¿Un hermano jesuita?... Oh, todos los jesuitas

del mundo, no serán inconveniente para que sea usted el Director de la Escuela de Guerra de Francia...

¡No serán inconveniente! Bien sabía Clemenceau lo que Foch quería decir...

Y bien lo sabe hoy el mundo civilizado.

VII

He dicho yo, por mi parte, que el honor que me cabe en suerte de incorporar mi nombre a este Catálogo proviene de mi carácter de alumno de la casa paterna jesuítica de Santa Fe. Pero también ha concurrido otra amable circunstancia: de Santa Fe. y por inspiración de un buen padre argentino, el Padre Calixto Gorordo, que amaba mucho a Chile, fui yo también a Chile, donde, en torno también de los jesuitas, quise aquella tierra trasandina y sus buenos habitadores; quise a éstos como hermanos, como a todos los matices de argentinos que había amado en Santa Fe, como a los paraguayos... como a los míos. Soy yo, pues, aquí, en estas páginas, un agente de conglomeración afectuosa, efectivamente; un corazón que llama, ya que no un entendimiento que ilumina.

Y como en estos momentos en que celebramos el cincuentenario del Colegio del Salvador se realiza precisamente la unión, en una nueva Provincia Jesuítica independiente, de las casas americanas que antes dependían de la provincia española de Aragón, y que, de hoy en adelante, será la Provincia Jesuítica Argentino-Chilena; como ésta, al buscar quien, en la voz, en la fisonomía, en los rasgos de familia, se parezca más a todos, ha creído hallar esa singular persona en mí, no he podido menos de confesar que así es, efectivamente: que acepto y hasta reclamo ese precioso pri-

vilegio: el de ser todo de todos, para hablar por todos palabras de alegría.

Una circunstancia final debe ser por mí invocada; es la que dice más relación con la anécdota de Foch, y, sobre todo, con mi anuncio de dar sólo ingenuidades a los que este mi preámbulo leyeren con piadoso corazón. Un hijo mío, jesuita, está dando cuanto le es dado ofrecer, su corazón sobre todo, que es bueno, me parece, al Colegio del Salvador de Buenos Aires. Yo he llamado siempre a ese hijo mío "la gloria de mi sangre"... Y he aquí cómo su nombre se vincula a la anécdota. Aquel hermano que Foch recordaba a Clemenceau, ese su hermano jesuita, desterrado en esos momentos en "Kasteel Gemert", era allí el padre espiritual y confesor del hijo mío, muy joven entonces, que hoy da sus días y sus noches al Colegio del Salvador de Buenos Aires con grande alegría. Ambos estaban lejos de sus patrias, pero pensando siempre en ellas· el Padre Foch, hombre eminente en ciencia y virtud, pensaba en Francia; el otro, el joven hijo espiritual, pensaba en esta nuestra tierra americana.

El hijo espiritual del Padre Foch, es todo lo más precioso que me hubiera sido dado ofrecer como testimonio de gratitud a la Compañía de Jesús; como prenda de hondo afecto a la ciudad de Buenos Aires y a la Patria Argentina, hermana entrañable de la mía Uruguaya; como símbolo de amor entre estas naciones buenas, hijas de la madre España, que hoy forman la nueva provincia jesuítica de la América Austral.

Que el "Nombre de Dios" sea, pues, una vez más glorificado. Que lo sea en los cielos, en la tierra, y en este conjunto de nombres, piedras vivas en que esplende su justicia, y que son perenne monumento de su misericordia.

Montevideo, abril de 1918.

PENSAMIENTOS

Es cierto que hay pensadores, dueños de un gran caudal de ideas, que carecen del don de la palabra; pero no es menos cierto que la falta de palabras corresponde, algunas veces, y no pocas, a la carencia de percepción fija o de juicio concreto. La palabra es un análisis, y es al buscarla, para expresar un pensamiento, cuando nos damos cuenta de que, contra lo que creíamos, no lo tenemos en la conciencia. Hemos tomado por tal una vaga resonancia, inhábil para convertirse en sonido articulado: una nebulosa, incapaz de conglomerarse y transformarse en estrella.

* * *

Un extranjero naturalizado puede amar, tanto o más que muchos naturales, a su madre adoptiva; puede servirla y hasta honrarla, tanto o más que ellos. Hay una cosa, sin embargo, que el hijo adoptivo no podrá conseguir: el parecido con su madre.

* * *

Nada pesa tanto como el corazón cuando está cansado.

* * *

El fuego quema, brilla, y, por fin, alumbra. El calor es su esencia; el brillo es su mirada; la luz es su palabra.

En la luz, el fuego sale de sí mismo, emite su verdad.

El sol es un incendio navegante en el espacio; la luz indefinida es el alma de las estrellas que se hablan.

Para brillar es preciso consumirse. Las piedras preciosas, los diamantes sobre todo, son los cuerpos más quemados, más calcinados, de la naturaleza. Y son los que más resplandecen.

¡Oh pensamiento humano!

¡Oh luz, remotísimo espíritu, genio del fuego!

* * *

No se trabaja para vivir; se vive para trabajar.

* * *

Suspirar es llamar.

* * *

Las estrellas están en sus nubes, y pronto van a encenderse...

* * *

Si no puede ser más alto de lo que es, oh amable señor mío, el concepto que me dice tiene usted de mí, ¿cómo me pide la ocasión de conocerme personalmente?

La partida es desigual: usted puede ganar; pero yo, sólo perder.

* * *

¿Tiene el corazón del hombre, como las frutas, una estación de madurez?

Si realmente la tiene, (que lo dudo) ella es muy corta. Porque, no bien deja de estar demasiado verde, uno se encuentra ¡ay! con que está demasiado seco.

No olvides que dar un consejo es contraer un compromiso, cuando menos.

* * *

Algunas veces el hombre oculta su llanto con un penoso esfuerzo de indiferencia; esconde el corazón: teme que el llanto, que juzga debilidad, lo desarme ante lo desconocido.

Otras veces, enmascara su indiferencia con llanto: llora lágrimas secas, para sólo evitar el mal efecto de no llorar.

En general, las lágrimas son como los collares de perlas: cuantas menos hay, más se cree que no son falsas.

* * *

El éxito, en la mayor parte de los casos, depende de saber cuánto tiempo es necesario para alcanzarlo.

* * *

Es a fuerza de esperar, ha dicho Heráclito, como se encuentra lo inesperado.

* * *

Si no puedo decirte a ciencia cierta lo que pienso, mucho menos podría decirte lo que siento. No veo bien en mi corazón... Oigo cantos en él... pero lejanos... y en lengua desconocida.

* * *

Un odio que juzga es una sed que pretende analizar el agua.

Es prueba, muchas veces, de mayor valor evitar un combate, que vencer en él. Hay triunfos que empobrecen al vencido, pero no enriquecen al vencedor.

* * *

Si quieres amar a la humanidad, no esperes de ella demasiado, dijo Helvetius.

El que empieza por creer al hombre más bueno de lo que puede ser, acaba por creerlo más malo de lo que es, dice Morley.

* * *

Un libro sabe generalmente más que su autor.

* * *

La edad madura, y aun la vejez, tienen sus ilusiones, como entre la hiedra que envuelve un muro viejo se esconde a veces un nido alegre.

* * *

La belleza es un recuerdo que tiene el alma del país en que nació.

* * *

El espectáculo de una fuerza intelectual o moral que se debilita, sólo aflige a las almas grandes; las pequeñas se alegran.

Y es natural; las primeras, en tanto son más grandes en cuanto se acercan más a lo absoluto; su virtud es la magnanimidad. Las segundas son lo relativo; su vicio es la envidia.

La esencia del "Ser que Es", del "Supremo Absoluto", es el Amor.

Es el instinto de justicia que Dios ha puesto en el alma humana el que nos hace vivir con cierto inexplicable sobresalto cuando somos demasiado dichosos.

* * *

Y es de espíritus nobles el sentirse un poco avergonzado, y hasta endeudado, en presencia de los que sufren.

* * *

La necesidad se calma, pero el vicio se excita más con la satisfacción.

Deja tu carne por un mes, dice el adagio andaluz, y ella te dejará tres.

Dice Emerson que los isleños de Sandwich creen que se les comunica la fuerza y el valor del enemigo que matan.

Es lo que pasa al hombre de virtud: se apropia la fuerza de todas y cada una de las tentaciones que resiste.

* * *

Nuestro cuerpo nos introduce en el conjunto misterioso de seres que constituyen la Naturaleza, y nos refunde en ella; agregamos nuestro color al color, nuestro sonido al sonido, nuestro aliento al aliento, modificando el universo.

Pero nuestro "yo" no se funde con el "tú" para crear una tercera sustancia.

El universo y yo son dos cosas muy distintas.

* * *

El hombre ama siempre más el porvenir que el presente. Eso parece una ley intrínseca de su ser. La

tierra prometida, símbolo de definitiva felicidad, es siempre aquella en que no se está.

Pero como por el simple hecho de poseer el porvenir lo transformamos en presente, el supremo amor del hombre, la Tierra Prometida, no puede estar en el tiempo.

La esperanza no existe en la eternidad.

* * *

¿No has oído un grito a la distancia?

En su origen ha sido una letra vocal: a, e, o... i...

Oyelo de nuevo... ¿Qué vocal es?

Puede ser cualquiera; pero no es ninguna con absoluta precisión.

Como esos gritos son las montañas lejanas, las cosas distantes, los hombres pasados, los sucesos remotos.

Sólo a la Poesía, con sus vaguedades, es dado reproducirlos; sólo ella puede ser historia, biografía, memoria, lengua o reproducción del pasado.

La novela ha nacido de la pobreza de la historia, dice Novalis.

* * *

La admiración, como el amor, es tanto más intensa, más sincera y más pura cuanto más silenciosa.

Los admiradores sin talento son personajes verdaderamente peligrosos.

Pero hay también admiradores perversos.

Decir a un hombre que es poeta, gran poeta o eminente poeta, no es cosa mala; pero llamarle poeta o eminente poeta cuando se está entre comerciantes o curiales, pongo por caso, y se trata de negocios o de

pleitos enredados, es lo mismo que llamarle papamoscas.

Recordar con admiración a un hombre muy rico su mucho dinero, en los momentos en que los privilegiados del espíritu hablan de belleza y de obras bellas, es una forma como cualquier otra de llamarle bruto.

Bien es verdad que lo primero ocurre a cada paso, todos los días.

Y lo segundo, sólo los domingos, y no todos.

* * *

¡Cuántos tormentos sufridos por males que no han llegado ni llegarán jamás!

* * *

Sólo viviendo con las manos abiertas podremos morir con las manos llenas.

* * *

La bondad, para ser una virtud, debe ser justa. Si no lo es, es una de tantas pasiones.

Amar no es siempre absolver al ser querido; es sentir no poder hacerlo siempre.

* * *

El que calla no dice nada... Es verdad; no dice nada. Pero yo puedo asegurar que hay casos en que uno tiene necesidad de hablar, mal de su grado, y hablar mucho, sin más objeto que el de dejar la impresión de no haber dicho nada.

* * *

Hay circunstancias en que, para hacer amable la verdad, es preciso que suene a error.

* * *

Hay dos clases de *Tolerancia:* la que procede de Indiferencia, y la hija de *Caridad*. Esta es una virtud; la otra no.

* * *

A fuerza de habituarse a la mentira, hay hombres que perdien *el uso de la verdad.*

* * *

Las más bellas de mis ideas están en lo que yo no he dicho, ni he escrito... ni siquiera pensado, quizá.

* * *

¿Por qué has sido tan malo con ese pobre hombre, tan inofensivo y tan indefenso?

Tú estabas convencido de tu superioridad; pero bastó que tuvieras la sospecha de que el otro la ponía en duda, para que el deseo inmoderado de hacérsela sentir diera al través con esa misma superioridad que te atribuias. Ira, orgullo, vanidad, crueldad, todas las concupiscencias salieron, como avispas irritadas, del agujero de tu corazón. Y todo, al influjo de aquel hombre impasible, a quien tú mismo juzgabas insignificante. Era, pues, más fuerte que tú, por lo visto, pues te arrastraba.

Saliste con la tuya; hiciste descender a aquel hombre en su propio concepto; pero tengo para mí que tú bajaste mucho más en el tuyo propio. El vencido fuiste tú.

Que no hay vergüenza que más sonroje y queme las mejillas que la que uno experimenta en la soledad.

El sonrojo es la luz de la culpa.

* * *

Deplorar la propia falta de fe es una profesión de fe; el deseo de creer es una creencia; el ansia de amar es amor. "*Tú no me buscarías si ya no me hubieses encontrado*" oyó decir a Dios.

* * *

Que el hombre sea o deje de ser instrumento de los beneficios de Dios o de sus castigos no depende de la voluntad del hombre, sino de la de Dios.

Nada puede causarme daño, dice San Bernardo, excepto yo mismo. El mal que llevo conmigo de un lado a otro es obra mía, y nunca padezco realmente sino por mi propia falta.

* * *

La cabeza de un incrédulo que escribe la vida de Jesús, nos sugiere la idea de una jaula de jilgueros con la pretensión de alojar un cóndor.

* * *

Los que exigen milagros para creer, quieren poner a Dios al servicio de su entendimiento, en vez de poner su entendimiento al servicio de Dios.

Sólo la fe es alegría, porque es madre de Esperanza.

* * *

¡Cuántos malos ejemplos dados por el ridículo en los buenos ejemplos!

No argumentes por la verdad si no eres sabio. ¿Acaso debes tú a tus argumentos la fe que tienes? ¿Y pretendes inocularla con ellos en los otros hombres?

No intentes, si no eres santo, dar prestigio, con tus actos, a la virtud o a la piedad. Si tú mismo no crees en tu santidad, (y no debes creer en ella si realmente la tienes) ¿has de hacer que los otros crean en ella, y se sientan movidos al bien por ella, mal que pese a las repulsiones estéticas?

Cumple sencillamente tu deber. Nadie da mejores ejemplos que el hombre ejemplar que no pretende darlos.

* * *

La naturaleza nos ofrece la luz y la oscuridad, el sonido y el silencio.

El arte nos da lo luminoso de la luz. lo oscuro de la oscuridad, lo callado del silencio.

El arte es el espíritu hecho sensible; incorpora el alma humana a las potestades que animan el universo.

El artista de los árboles es el que puede convertirse en árbol; el de los hombres, en humanidad.

* * *

Se espera, más aún que por esperanza, por la necesidad, o el goce de esperar. La tierra prometida, ha dicho alguien, (no sé si yo mismo en alguna parte) es siempre aquélla en que no se está. Yo no soy rico; pero me hacen acaudalado las muchas cosas futuras que poseo.

* * *

La entrada en nuestra casa, por modesta que sea, debe ser siempre el mayor de los privilegios o preferencias, que sólo debemos otorgar a quien lo merezca.

La buena fe es tan rara en las letras como en los negocios... Quizá más.

* * *

Es conocida la anécdota, auténtica o inventada, para encomiar la veracidad de San Francisco de Asís, el hijo de Pobreza y Caridad. Como se le preguntara si había visto pasar a un hombre que perseguían, y que, efectivamente, acababa de pasar por allí, dicen que el santo metió ambas manos en las amplias mangas del sayal (actitud que le era muy propia) y dijo a los perseguidores: "Por aquí no ha pasado".

Se desistió de seguir aquella pista. San Francisco no podía mentir.

Lo que dijo éste, ¿fue o no fue mentira?

No fue mentira: el que huía no había pasado por las mangas del sayal. Pero tampoco era verdad. No la debía el buen hermano Francisco a los que se la exigían. Los dejó en la misma ignorancia en que estaban; no les quitó nada.

Fue un simple acto de destreza: la destreza de la Clemencia, hija primogênita de la Caridad, que, según el Apóstol, si bien no se alegra de la injusticia y se complace en la verdad, es benigna y benevolente, no piensa mal, todo lo sufre, todo lo cree...

* * *

En el afecto de la mujer hacia el marido hay mucho más de maternal que lo que puede haber de paterno en el del marido hacia la mujer.

El hombre, más instintivamente que la mujer, invoca o llama a su madre en los momentos de suprema angustia.

Las flores proclaman su perfume; la inocencia ignora el suyo.

* * *

El amor es el fundamento del matrimonio.

Mira bien, sin embargo, a quien entregas tu amor; no te expongas a que te lo arrebate el más diestro.

Que también es bueno encender un poco de luz en el corazón.

* * *

No pongas tu fortuna a una carta... No juegues tu eternidad a una duda.

* * *

Es muy común oír a un rico aconsejar caritativamente a los demás: No beba usted ese vino; es un poco agrio; prefiera usted el que yo consumo; le sentará a usted mucho mejor; es más tónico...

Dice un adagio de los persas, según he leído en alguna parte, que, para el que lleva botas, toda la tierra está cubierta de cuero.

* * *

Hay hombres que no quieren conocer bien a otros hombres, porque sospechan que van a reconocerlos superiores en virtud, y, sobre todo, en inteligencia; quieren conservar, como motor de la voluntad, la fe en la propia superioridad.

Y convengamos en que esa ficción envidiosa no deja de tener su eficacia práctica, cuando se trata de grados de la medianía, es decir, en la mayoría de los casos.

Los hombres realmente superiores son inaccesibles a ese sentimiento.

Y nada digamos de los genios.

Las luminosas medianías procuran deslumbrar. Los genios se defienden del propio resplandor.

* * *

Es ley de nuestro desarrollo intelectual, dijo uno, que las más grandes verdades se oscurezcan en nuestro espíritu cuando nos hemos familiarizado con ellas.

La observación no es tan exacta como parece; lo que se oscurece no es la verdad sino su periferia; es su forma la que se hace opaca.

Lo mismo que los hombres, las palabras se envejecen, se van apagando, como una brasa, en su propia ceniza; pierden el habla; se mueren. Y van quedando, poco a poco, sin sentido, hasta escapárseles el alma que las animaba.

Es preciso renovar las palabras, para conservar inmutables y claras las verdades.

En primavera, la inmutable naturaleza parece nueva, parece otra.

* * *

Las joyas te embellecen, quizá; pero no te preservan del frío.

* * *

El arte puede ser el fin del arte; pero no el de la vida.

* * *

El pensamiento vivo se muere a veces en la palabra. Hay en cambio palabras vivas sin pensamiento.

* * *

Como la industria se sirve del carbón de piedra para hacer perfumes, el músico echa mano de todos los sonidos de la naturaleza para su creación artística.

Pero no es el mejor perfume el que más conserva el olor del carbón de piedra, ni es la mejor música la que más perceptiblemente reproduce la materia prima de que se formó: ruido del mar o del viento, o de la lluvia, llantos o quejidos humanos, pájaros o campanas. La música es el perfume del sonido.

* * *

Bien puede ser verdad lo de Vauvenargues, que tanto se repite: "Las grandes ideas vienen del corazón". Sí, es verdad, del corazón... pero... sólo las grandes.

Y son las ideas pequeñas, brotadas del entendimiento, las que rigen los pasos del hombre. Sólo el que bien conoce domina. Y el sentimiento no conoce.

Lo importante, por otra parte, no es tener muchas ideas, sino la idea oportuna en cada caso. Y el corazón suele ser inoportuno.

* * *

Cuando escribas, no pienses en ser superior a los demás; procura no reproducirte; piensa en superarte a ti mismo, es decir, en verte cada vez mejor, y decirnos con fidelidad lo que vas descubriendo.

* * *

¿Sientes mucho deseo de obtener castigo contra tu hermano que te ha hecho mal?

Piensa, al menos, en que tienes que conseguir ese castigo del Padre común, y en que éste quiere a tu hermano, su hijo, como a ti.

Te dará justicia, si tu reclamo es justo, y si te empeñas; pero la obtendrás a expensas de tu padre, a trueque de su pesadumbre.

Si no puede más en ti el deseo de evitar a éste una pena que el de dársela como castigo a tu hermano, es porque en ti puede más el rencor que el amor.

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia".

* * *

¡Padecer desencantos o desengaños! ¿Y te quejas por eso? Hay un medio de que yo tenga noticia, uno sólo, para no sufrir desencantos en esta vida: no tener encantos.

Ve, pues, si puedes vivir sin ellos. No es muy fácil, pero... no es imposible, me parece. Yo, por mi parte, confieso que no me es posible; pero cargo con las consecuencias, y me dispongo a la resignación. Si no eres tan bueno como yo lo imaginaba, la culpa no es tuya sino mía.

Si quieres amar a la humanidad, dijo uno, no esperes de ella demasiado; cuando se empieza por colocar demasiado alto al ser amado, ha dicho otro, se acaba por llenarlo de injusticias; enojarse fuera de medida contra la humana estupidez, escribe Morley, es una de las formas más irritantes de la estupidez...

¡Hola! He ahí uno, este Morley, que no sigue su propio consejo. ¿No está irritado, y fuera de medida, al sólo darlo?

Más ponderado se me ofrece el otro pensador que nos dice amablemente: "Cuanto más vivimos, más tendremos que sufrir la elemental existencia de hombres y mujeres; pero todo corazón valeroso debe tratar a la sociedad como a un niño y no permitirle que mande".

Yo, por mi parte, siento que cuanto más vivo, más compadezco, y menos desdeño.

Destinar los espíritus privilegiados a ocupaciones prácticas, a la política inclusive, es, algunas veces, hacer astillas de los muebles preciosos para alimentar el fuego de la cocina.

La comida nos es necesaria, indudablemente; pero, en esas condiciones, nos resulta de un precio exorbitante.

Más nos valdría vivir de langostas, y de hierbas silvestres amargas.

* * *

Dice Anatole France hablando de un elocuente personaje: "Como el Diablo, este señor es un gran lógico; nunca razona mejor que cuando no tiene razón".

Y efectivamente: una boca más autorizada que la de France ha llamado al Diablo, Espíritu de Contradicción.

Si os parece, pues, dejaremos de razonar y discutir, y recobraremos el uso de la palabra con nosotros mismos; con nuestro más grave interlocutor.

* * *

Las simplezas bien dichas suelen inspirar tanto respeto como los necios bien vestidos. Las unas y los otros pueden hacer mucho camino.

* * *

Es de noche en mi alma...

* * *

En su voz se formaron palabras nuevas...

Y salió de su boca una verdad llena de relámpagos.

* * *

Somos lo que somos en nosotros mismos; no lo que somos en los demás.

* * *

Lo que se espera enérgicamente, firmemente, tenazmente, se realiza... (Este pensamiento no es verdad; pero es bien lo creamos verdadero).

* * *

Tú crees que la felicidad consiste en hacer lo que deseas. Imagínate que durante toda la vida hiciste siempre lo que deseaste...; ¿no es verdad que hoy serías más desgraciado de lo que eres?

* * *

La paciencia es la fuerza del débil; la impaciencia la debilidad del fuerte.

* * *

Soy el sobreviviente de un poeta que apareció un momento en mí, en mi conciencia, y murió joven... O no está muerto, y reaparecerá dentro de muchos años... ¿ciento, doscientos... diez mil?

* * *

Hay obras de arte que lo son porque evocan o recuerdan nuestras viejas emociones ante el sujeto representado por ellas, ante la frase musical emitida... Otras veces es la obra la que quiere emocionarnos. Si lo consigue, ella es, en sí misma un recuerdo sin realidad objetiva, la verdadera obra de arte.

Siempre la belleza es un recuerdo.

Cuando presencies la felicidad o el éxito de los hombres a quienes has creído malos, y aun muy malos, no te inclines siempre, en esos casos concretos, a pensar en su castigo. Ni siquiera en las compensaciones de la otra vida. Piensa, más bien, alguna vez al menos, en los errores de la presente, e inclínate a creer que esos hombres no eran tan malos como tú lo imaginabas. Y has de alegrarte de ello; gózate en la dicha de esos que tú juzgaste dignos de no ser dichosos. Que no pocas veces la envidia se viste de justicia.

* * *

No podemos tener idea exacta, ni siquiera aproximada del número de cosas que no sabemos; pero el convencimiento de lo que ignoramos está en razón directa de lo que sabemos.

El bruto no sabe que ignora. El genio no se da cuenta de que sabe; se ignora a sí mismo. El que nada sabe lo cree todo fácil. Es una especie de felicidad.

* * *

A toda edad se puede pecar por demasiada juventud.

* * *

Los niños, y aun los jóvenes, creen que los viejos han sido siempre viejos.

Y les parece, en cambio, que su juventud es eterna. Es uno de sus encantos.

* * *

Ese hombre me toma por un sordo o por una asamblea, a juzgar por la elocuencia con que me habla.

¡Tengo tantos corazones en qué estar enfermo! ¡Tantas vidas en qué morirme!

* * *

Nunca gozas más de tu libertad que cuando te sirves de ella.

* * *

Ese vivo deseo que tienes de estar solo no es otra cosa que la necesidad de esperar a alguien o a algo; de no estar solo, precisamente.

* * *

Aunque presumas poseer el arte del concepto ingenioso, el de decir agudezas, o el rarísimo del gracejo, y, sobre todo, el de dar bromas, no las des a personas de cuya fuerza espiritual no estés muy seguro... muy seguro. Son pocos los hombres que saben reír.

* * *

Como hay heridas en la ostra que, al cicatrizar, se convierten en perlas, hay vicios en el hombre que, como queden bien extirpados, pueden convertirse en virtudes: la soberbia en noble carácter; la sensualidad en amor; la ira en valor sereno; la envidia o anhelo de ser *más* que los otros, en anhelo de ser *mejor;* el amor propio en dignidad.

* * *

Dar por intermedio de los que no pueden dar es dar dos veces.

* * *

El genio *se abstrae;* el alienado *se distrae.*

* * *

La abstracción ausenta de los demás; la distracción ausenta de sí mismo.

Dijo Leonardo de Vinci, me parece, que el destino de los hombres geniales es estar ausentes en todas partes.

* * *

Quejarse de la envidia es creerse con títulos para excitarla.

* * *

¡Qué grata sorpresa la de comprender algo que uno sólo sabía de memoria!

* * *

El dolor intenso y brusco nos toma siempre de sorpresa; salimos siempre de él como de una cueva oscura: con cara de asombro. ¿Cómo es esto? ¿Qué es esto? No hemos comprendido.

El dolor lento y largo, por el contrario, nos habla en nuestra lengua; acaba por ser nuestro buen amigo inseparable... Lo echaríamos de menos, quizá.

* * *

Hay árboles de sombra triste y hasta venenosa. No lo seas tú, no seas de esa familia. Puedes ser todo lo austero que quieras contigo mismo; pero tus austeridades serán tanto más tuyas cuanto menos compartidas con tus semejantes. Que tu sombra se proyecte hacia adentro. No enturbies las alegrías que Dios concede a los demás; no interpongas tus nubes entre el sol y tus hermanos.

La música de las palabras ha hecho tanto como la fuerza de la lógica.

* * *

Hay personas que, incapaces de aprender, se han dedicado a enseñar.

* * *

¡La mujer fuerte de la Biblia! No has de confundir, sin embargo, la mujer fuerte con la que deja de ser mujer sin llegar a ser hombre, como no se confunde el hombre fino y afectuoso con el afeminado, ni el pacífico con el pusilánime, ni el valiente con el irrespetuoso.

Yo de mí sé decir que, si me es antipático el hombre que tiene miedo de todo, no lo es menos, para mí, la mujer que no tiene miedo de nada.

* * *

Los escritores que escriben siempre a gritos, y los oradores que hablan siempre en semicorcheas no saben o no recuerdan que la música tiene sus *pianísimos* y sus *andantes*, sin los cuales es un ruido sin alma.

Y que nada ha aumentado tanto el valor del silencio como la música... la mala, por supuesto, la mecánica sobre todo, que ahora precisamente está ahuyentando mis internas armonías asustadas.

* * *

Para que un poeta cante bien la historia de un pueblo es preciso que no la conozca bien.

Ha de comprenderla muy bien, sin embargo.

* * *

El amor verdadero es el rival del público mundano; arrebata a todo el mundo un objeto de placer gratuito o de diversión.

Por eso es mirado por el gran mundo con menos simpatía que la disolución; con menos indulgencia, sobre todo. Para aquél son las exigencias y severidades; para la disipación todas las atenuaciones, cuando no los prestigios y los aplausos.

Los vicios ajenos son ojos y oídos para los nuestros.

* * *

Quiero bien a ese hombre, lo quiero de veras; pero no me gusta.

* * *

Una pasión que nos domina es un lacayo que se apodera de nuestra casa y se instala en ella.

* * *

Sólo a la propia conciencia debemos la absoluta verdad.

* * *

¿Cómo puedes afirmar que ese pensamiento que escribes es original o nuevo?

¿Conoces, por ventura, todos los viejos?

* * *

Los latinos tenían dos vocablos para designar al hombre: *homo* y *vir*. *Homo* de *humus*, tierra; *vir* de *vis*, fuerza o virtud.

Hombre y *varón* decimos nosotros. Lo segundo, el varón, es el hombre moral: fuerza, virtud, carácter,

persona. Es el *humus* modelado, como la arcilla plástica por el artista; es la tierra que ha recibido, con el soplo divino, *su forma sustancial.*

* * *

Mis propios libros son buenos libros de lectura, y aun de estudio (de estudio más que de lectura) para mí. No sé si los mejores; pero son muy buenos.

* * *

El horror sagrado es propio del hombre; el bruto no conoce ese miedo a lo invisible convertido en visión, invisible presente...

* * *

Hay un momento del cielo en que las estrellas están en sus nubes, próximas a encenderse, o a ser encendidas. No se las ve pero se las siente.

En ese tiempo de espera, aurora de una noche remotísima, están dormidos los animales y las piedras.

Los hombres despiertan, con un despertar muy distinto al de las mañanas.

* * *

Una cosa podemos dar sin tenerla: la felicidad.

* * *

Un día las flores pidieron la palabra a los dioses. Y fue para defender a las mariposas.

INTERMEDIOS

APLAUSOS, ALABANZAS

I

¡Qué equivocado está este buen amigo que me escribe la carta que leo a la luz de mi lámpara confidente, y que me ha dejado, más que de costumbre, sólo conmigo mismo! Con la más amable de las intenciones, me felicita "por los aplausos y aclamaciones que recibí anoche al pronunciar mi discurso". Está equivocado este viejo amigo, que llega hasta hablarme de gloria; lo está, sobre todo, cuando me supone muy feliz en este momento. El dichoso es él, que así cree en la felicidad.

Los aplausos y aclamaciones no la dan; satisfacen, es cierto, un prurito natural de no sé qué potencia o sentido, que no hay por qué considerar maligno, y que bien puede ser un tributo que el hombre rinde a sus semejantes, cuya estimación aprecia tanto; pero la reacción en la soledad es generalmente triste. Esos éxitos, que tanto envidia mi amigo, me dejan muy a menudo desazonado, inquieto; siempre juzgo que hubiera sido mejor no haber provocado, con palabras, aplausos más o menos anónimos. Llego a creer que anoche, si bien he conquistado buenos afectos, he despertado también las múltiples vidas que habitan una selva desconocida, entre las cuales no puede menos de haberlas de seres peligrosos. Mucho más que arrebatar a la multitud, yo advierto que he sido arrebatado por

ella; he deslumbrado, al parecer, no sólo a los demás sino a mí mismo; pero no he convencido a nadie, ni adquirido un aprecio permanente que antes no tuviera; he hecho resonar corazones dándoles fuertes golpes con el mío; pero no los he sembrado, ni he modificado a nadie, me parece; apenas si he satisfecho curiosidades. Y la curiosidad no es siempre benevolente.

Ese estrépito del aplauso es complejo, heterogéneo; está formado de aleteos múltiples, contradictorios muchas veces, como el vuelo de las palomas. Puede ser aprobación, simpatía, solidaridad; pero también otra cosa difícil de definir: una simple vibración fisiológica producida por otra; la de un cristal producida por una nota musical lejana.

¡Cuántos de esos aplausos, arrancados por el instinto, han sido retirados o apagados inmediatamente por la reflexión, o por otro instinto, como un insecto alado que, traído por una ráfiga de viento, es arrebatado por otra, tras un instante de detención en el aire.

¿Habrá sido provechoso lo que yo he dicho a voces? Yo he querido que lo fuera; jamás hablo sin tal propósito; quiero que mi palabra sea siempre una buena acción. Pero la penetración de la voz humana parece estar en razón inversa de su fuerza. Lo que más penetra y queda en las almas suele ser lo que se dice en secreto, en voz muy baja; las buenas acciones no son, generalmente, estrepitosas. Y si alguna nuestra recordamos en nuestra vida, es, puede ser, la que realizamos callando una vez. Fue una buena obra.

II

Una cosa me complace, sin embargo, (y debo confesarlo para confiar sinceramente y con integridad mi

pensamiento) una cosa me satisface sensiblemente en mis éxitos oratorios, si tal pueden llamarse: el placer o la alegría que con ellos proporciono a las personas a quienes quiero y que me quieren de veras, aun después de pasadas las efímeras ilusiones de juventud.

Eso mismo no está exento de pena, sin embargo. ¿Es entonces preciso que yo renueve constantemente mis atractivos, si he de conservar el amor de los que amo? Los atractivos pasan, y el amor ha de quedar; es menester que quede. Yo no acepto el ser querido por lo que hago o tengo, sino por lo que soy... El verdadero amor no comparte sólo los éxitos y las alegrías, sino también los fracasos y las penas: es refugio, el último, el único refugio. Y todos tenemos que refugiarnos algún día. Que todo esto, calor comunicativo, vibración penetrante de la voz, luz de los ojos, todo va pasando, para no volver; pasa en busca de un amparo contra la nada: el silencio, la oscuridad, el centro de la unidad misteriosa, en que todo lo real persiste transformado, aun las buenas ilusiones o realidades futuras.

III

Sólo un aplauso puede satisfacer, en resumidas cuentas, al hombre interior: el que puede tributarse a sí mismo. Y yo, en presencia de la Suprema Belleza, más o menos entrevista, no he podido aplaudir jamás sin reservas ni una sola de mis obras, eso es lo cierto. Y, a solas con el Supremo Bien, no he podido ¡ay! aplaudir sin reserva ni uno solo de mis actos.

Ni siquiera el que realizo al escribir estas líneas, que parecen humildad, en el dorso de la carta de mi amigo, a la luz de mi lámpara, que me mira, no sé si

desde afuera, o desde adentro de mi silencio. Que yo no las diría, quizá, si mi humildad fuera algo más que aparente, y no una simple desazón, que no es una virtud, y bien pudiera ser un principio o conato de soberbia.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido...

....

Sí, es verdad; pero demasiado verdad. Ese anhelo de ausencia y de descanso no es tampoco una virtud, aunque lo parezca. ¿Acaso el hombre ha venido al mundo para descansar?

Hablemos, pues, en alta voz y musical; hablemos lo mejor posible en el escenario, chico o grande, en que hemos sido colocados; provoquemos aplausos, si es ese el oficio para el que Dios nos ha dado herramientas. Estas no son nuestras; no son ellas, sino el uso que de ellas hagamos, con humilde corazón, lo que nos hará oír el grande aplauso que mueve las esferas y alegra la juventud de los espíritus sin edad. Es preciso resignarse hasta a eso que mi amigo llama gloria, y que si es algo, no es, a buen seguro, sinónimo de dicha, ni mucho menos.

No, amigo mío querido, te diré contestando tu carta; no es eso felicidad. Pero te da las gracias tu obediente y seguro servidor, que besa tu mano humildemente... ¿Humildemente, en realidad?

....
....

HUMILDAD

I

Muy pronto, y sin temor de inmodestia, nos atribuimos la virtud de la humildad como cosa de poco momento, al alcance de todo el mundo. Hermana del amor, como la soberbia lo es del odio, la humildad es, sin embargo, la sola base del heroísmo; definc su carácter; determina su grado. No la tiene quien la quiere, por cierto, sino quien la merece. Como toda nobleza, la humildad no es respetada por quien sólo respeta lo que teme; pero la dignidad de esa virtud, difícil de percibir por todo el mundo, lo es perfectamente por los corazones fuertes. Se la confunde con la flaqueza porque se parece a ella; pero es, precisamente, todo lo contrario. Las dos grandes flaquezas del corazón son dos movimientos que se dijeran contrapuestos: la cólera y el miedo; no lo son entre sí; pero lo son de la humildad. El hombre humilde no se encoleriza; pero tampoco tiene miedo: *no ofende ni teme.*

El varón que, pudiendo defenderse, se queja. no es humilde; es un cobarde. Y no hay que confundir una cosa con otra. La humildad es el valor humano por excelencia. En el animal no existe.

Convencerse a sí mismo, por el propio raciocinio, de no ser digno del aplauso cuando se le recibe, o de la alabanza, es tanto más difícil cuanto más ruidoso es el aplauso. Que las pretensiones del hombre aumentan más en razón de sus éxitos que de sus méritos.

Aquello de "querer es poder" está muy lejos de ser una verdad, sobre todo en materia de virtudes: no se puede siempre lo que se quiere. Lo que sí es verdad, y debe tenerse muy en cuenta, es que, para poder, preciso es, ante todo, querer; que cada uno quiera eficazmente lo que puede.

Querer ser humilde es todo lo que podemos hacer de nuestra parte: lo demás, hasta la posesión de la humildad, procede de fuera de nuestras entrañas. Que de éstas salen las soberbias, y las iras, y los miedos, y las envidias, como de su clima nativo: es lo exclusivamente humano, nuestro.

Yo que, en este momento, siento el deseo de llegar a no ver méritos en mis dones, sino dones en mis méritos, creo sospechar la esencia de la humana humildad en la necesidad que siento de entregar, como cosa que le es debida, los aplausos y alabanzas, al Autor y dispensador de aquellos dones, Autor que he de buscar en lo interior de mí mismo, pero que no soy yo mismo evidentemente; no soy yo mismo.

Claro está que, para ello, para apreciar la humildad en todo su valor y nobleza, es necesario creer, con mucha energía, en la presencia y acción de ese Autor, que es Dios, y en la realidad también de un vínculo racional de dependencia entre Él y sus obras o criaturas; vínculo material en las materiales, espiritual en los espíritus: ser religioso, en una palabra, lo que se llama religioso, si se es espíritu, o criatura racional. La humildad es un acto de religión, si bien se mira, o no es una virtud, una fuerza; tiene que estar en razón directa de la claridad de aquella idea: del sentimiento de absoluta dependencia.

En la vida del espíritu, como en la material, no nos bastamos a nosotros mismos; necesitamos de otro o

de otros. Al sentir, como ley congénita del alma, esa su necesidad de vivir en y de otras almas que sientan, a su vez, la de vivir en y de la mía, yo creo ver con claridad, cómo eso que llamamos *amor*, pasión soberana, tan difícil de definir, no es otra cosa que humildad recíproca, conciencia de nuestra imposibilidad de vivir en nuestra plenitud sin el concurso de otro ser de nuestra especie, inteligente y libre.

Cuando esa relación no es recíproca; cuando uno de sus extremos no necesita ni puede necesitar del otro que sólo por él vive, entonces ese amor es adoración, sentimiento de absoluta dependencia a un absoluto dueño, que sólo puede ser Uno.

¿Es entonces imposible el amor pasional entre el hombre y Dios? ¿Sólo puede existir entonces, entre ambos, el reverencial, que excluye la humildad recíproca, en que creemos ver la esencia del amor?

Lo sería, no cabe duda, sería el absurdo, si el mismo Dios, en su omnipotencia, no lo hubiera hecho posible... Es el misterio de la redención cristiana. Estamos a su puerta, a la del divino misterio, a la que llegamos conducidos más aún que por el raciocinio, por la fantasía racional. Y si bien no podemos salvar el umbral de esa puerta cerrada, sentimos cómo choca en ella, detrás de ella mejor dicho, del otro lado, el océano de la verdad superracional, la adoración identificada con el amor pasional o humildad recíproca. Imposible ésta entre el hombre y Dios, pudo dejar de serlo por sólo un medio: la humillación libre y voluntaria de Dios. Eso es el cristianismo, ley de Gracia, ley de Amor: Dios humillado, necesitado del hombre, vivo en el hombre, tanto como el hombre en Él; divinización de la humildad, podríamos decir sin demasiada hipérbole; el corazón del Creador hecho hombre, puesto al alcance de la criatura hecha Dios.

"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".

Y el hombre pudo amar pasionalmente a Dios en su Verbo humillado, necesitado del amor del hombre; pudo compadecer a Dios, padecer con Él, en Él, por Él, como por un semejante que lo llama, que lo necesita: hacer del propio dolor, unido al de Dios, ofrenda y sacrificio digno de Dios.

Es la última forma cobrada por la verdad cristiana ofrecida al culto de los que la adoran: el corazón de Dios.

II

Esa necesidad que siente el hombre de tener alguien por quién y para quién vivir y a quién ofrecer el triunfo que obtiene, da un sentido, por fin, algún sentido, a esa palabra "gloria" que no se concibe en uno solo; que es esencialmente repercusión y goce de uno en otro o en otros. Y eso es el placer del aplauso o la alabanza: cumplimiento de una ley de *coincidencia* espiritual o de rotación y traslación hacia un vértice que mantiene el equilibrio de los astros y el de las almas en sus órbitas cósmicas. Las brújulas o agujas imantadas obedecen esa ley cuando señalan la dirección del meridiano magnético, cuando marcan el polo. Lo hacen porque la corriente de vida que corre en espiral en torno de sus cuerpos, microscópicos imanes o solenoides, tiende a coincidir con la que, en el mismo sentido, circula por el de este imán o solenoide colosal que habitamos, por este globo terrestre, que navega entre los otros planetas por los espacios, hacia una estrella. Es la ley de vida o armonía universales, que ajusta la naturaleza a su objeto, y el acorde a su diapasón, y la nota a su acorde, y el alma inmortal a su

destino eterno. Todo es humildad, obediencia, necesidad recíproca, amor.

El olvido de esa ley desorienta las brújulas; *brújulas locas,* suele llamarse a las que sufren tales desviaciones, que son desobediencias. Por eso, por falta de humildad si queréis, equivocan el polo, no dan con él.

Esa locura de las brújulas en los espíritus, y no otra cosa, es la que mueve y anima la fábula que inventó Cervantes, el español: la que imprime su carácter universal a sus figuras centrales que, sin ser personajes resonantes de epopeya, tienen, sin embargo, una fuerza épica como no existe superior.

No todos lo perciben; pero no otro que el espíritu religioso, el de humildad, es el que anima y da vida perdurable y universal a esa fábula ingenua, tan local, sin embargo, tan española. Ese su protagonista que, con el nombre de Don Quijote, anda por el mundo, es conducido por esa ley de ascensión en la humildad recíproca o amor anímico de que hablamos. El caballero enfermo que Cervantes conoció tan de cerca tiene una manía: la de cambiar de nombre a Dios. Es el tema o monomanía de toda la humanidad, no bien flaquea su razón, desde las edades primitivas hasta la que nosotros alcanzamos: el cambiar de nombre a Dios. Unos le dan uno; otros, otro: ciencia, naturaleza, fuerza, ley... El caballero de la fábula española le llama Dulcinea del Toboso.

Esa mujer todo perfecciones, sin una sola imperfección posible, necesariamente amable, por consiguiente, principio y fin de toda acción heroica, y cuya belleza sin par, absolutamente sin par, debe ser confesada y proclamada y defendida humildemente por todo ser racional, al solo pronunciarse su nombre; esa se-

ñora y dueña indiscutida a la que todo debe entregarse, hasta la vida, sin pedirle ni esperar de ella otra cosa que "el honor de poder llamarse suyo", es eso, si bien se mira: el nombre de Dios desfigurado o contrahecho por la enfermedad: una máscara divina. Porque Dulcinea no es propiamente un ídolo o producto de las manos del hombre, ni siquiera de su imaginación; es una realidad viva, de carne y hueso; no es tampoco una alucinación, puesto que el caballero que invoca y sirve a esa forma de mujer, no cree verla ante sus ojos en momento alguno, si ya no es en el recuerdo vago y confuso de una persona que ha visto en la vida real. Dulcinea no es un dios ni un héroe o semidios, un intermediario: es Dios, el verdadero Dios, con un nombre distinto del que todo el mundo le da. Esa es toda la locura de su caballero heroico.

No es, pues, la pasión de ese caballero, ni siquiera su objeto, lo que hace de él un demente; es el cambio de nombre de ese objeto; el llamarle Dulcinea, cuando todo el mundo, salvo los locos, le ha dado y le da el nombre de Dios.

No bien pasa la locura; no bien desaparece el andante caballero Don Quijote, y, con la salud, reaparece en su discreción Alonso Quijano el Bueno, el orden se restablece; la brújula distingue el polo; el objeto de la pasión nobilísima de esa grande alma recobra su nombre, Dulcinea se disipa como una nube que ocultaba el sol y las otras estrellas; la realidad llena el alma enferma de la luz de la razón, y la verdad esplende: el Nombre de Dios aparece en Dulcinea. La muerte cristiana de Don Quijote es eso. ¡Cuántas reapariciones habrá en nuestra muerte! ¡Cuántas locuras disipadas!

Es eso lo que ennoblece y da su tamaño a ese caballero sin tacha, su valor épico a esa fábula que pa-

rece ingenua. Todo cuanto ha hecho el loco andariego ha sido, en resumidas cuentas, *acto de religión*, porque su amor no era otra cosa que amor de Dios, que es el verdadero nombre del único ser absolutamente perfecto, sin imperfección posible, necesariamente amable, principio y fin de toda acción heroica, a quien ha invocado y servido el admirable loco caballeresco; es la sola belleza sin par, absolutamente sin par, que él llamaba la emperatriz Dulcinea, y que ha de ser proclamada y defendida al solo pronunciar su nombre.

III

Pero no penetraríamos en lo hondo de la creación de Cervantes, si no advirtiéramos que lo que verdaderamente distingue a su caballero es la humildad. Don Quijote es el paladín de un ensueño; sabe que tiene que estar en pugna con el común sentir de los hombres descomunales, como él dice, soberbios, que son los que se niegan a confesar a Dulcinea: pero está muy distante del llamado *romanticismo,* de los que, juzgándose hombres superiores, se creen o dicen creerse incomprendidos o inaccesibles, cuando no son tan aplaudidos y alabados como ellos desearan; atribuye todos sus méritos al amparo del nombre de la mujer perfecta: ese solo nombre vigoriza su espíritu y da fuerza invencible a su brazo; todo se lo debe, y todo se lo entrega; nada le pide en cambio, nada que no sea la gloria de poder llamarse suyo; no espera de ella más favor que el de aceptar sus sacrificios y sus trofeos; y el de amar su vida. Que sepa que murió por ella.

La ausencia de ese sentimiento es la soberbia en el hombre. No teniendo a quien atribuir, fuera de sí

mismo, sus facultades y los frutos de sus facultades, la luz del espíritu, la fuerza del ánimo o del brazo, el hombre ha de atribuírselas a sí propio, a los agentes ciegos de la naturaleza de que forma parte; ha de recibir los aplausos de sus semejantes y las alabanzas, como procedentes de inferiores, como debidas a la superioridad de su propia naturaleza. Y la falta de aplauso a inferioridad o incomprensión, a desdén o envidia de los demás. Una de las formas más ostensibles de la soberbia es la carencia del sentido religioso; éste, en cambio, al sentirse mero instrumento de quien lo ha hecho para un fin, permite al hombre aceptar con alegría el aplauso de sus semejantes, y ver, en eso que llamamos gloria, un estímulo de bien obrar, es decir, de obedecer un mandato.

IV

Y hacer de ello también una ofrenda. Si, oyendo atentamente en la soledad mi corazón y mis pensamientos, he advertido que lo que a mí me complace en las alabanzas que puedo recibir es el placer o la alegría que con ellas proporciono a los que me quieren de veras y me son queridos, pero que pasan y mueren, la idea de causar con ellas complacencia a Dios, el Eterno Persistente que como nadie nos quiere, y a quien como a nadie hemos de querer y complacer, nos hace entrever lo sólo que podría ser llamado realmente gloria, es decir, felicidad relativa, o anticipo de la sola absoluta: de nuestra incorporación al Cosmos, al acordado canto de las esferas que proclaman la gloria de su Creador, en las obras de sus manos: en el firmamento que las anuncia; en sus criaturas espirituales sobre todo, seres capaces de conocer *Su Nombre*,

su Nombre al menos, y de bendecirlo. Y entre las cuales está mi alma sustancial.

Todo lo que eso no sea, deja en el espíritu la desazôn de la soberbia, inquietud, melancolía, tristeza, cuando la soledad generosa enciende la lámpara interior que pone ante nuestros ojos nuestra propia verdad y la de nuestros semejantes, sin iluminar las profundidades del espíritu en que esplende la verdad de Dios, el Nombre de Dios.

Si logramos distinguir esto, y enviamos la gloria a las alturas como un incienso quemado en el fuego que nos consume, nos quedamos, en cambio, con la paz, con la sola descansada vida.

Esta se alcanza, efectivamente, (el poeta tiene razôn) huyendo el mundanal ruido. Pero no se huye de él con sólo alejarse de los hombres. Que no está sólo fuera de nosotros ese inquietante ruido mundanal; también lo está dentro de nosotros, y sobre todo; nos seguirá a los desiertos, turbará nuestras soledades, enconará nuestras soberbias.

Podemos, en cambio, estar solos entre la multitud: guardar silencio en el estrépito; ser humildes entre los aplausos y aclamaciones, y hasta buscarlos con limpieza de corazón.

Y ser también felices, relativamente, por la alabanza de nuestros hermanos, y el amor recíproco que nos vincule.

Y agradecerles las alabanzas, humildemente, en realidad: con humildad verdadera de corazón, como yo agradezco a éste mi buen amigo que me alaba y felicita, cuya carta dejo al pie de mi lámpara confidente, mientras voy a esperar la próxima mañana, en que saludaremos el nuevo sol, el viejo sol, mejor dicho, nuestro humilde hermano, que, con las otras estrellas,

sigue su vuelo obediente en las aureolas concéntricas que cantan la Divina Humildad Omnipotente que es centro del Universo: Amor de Dios, que es Dios, a su propio Verbo, que es Dios. Y por el que fueran hechas todas las cosas, espíritus y estrellas: lo invisible, lo visible... todo. Y sin el cual nada fue hecho.

OH, LA GLORIA

Ese hombre considera un mérito suyo la hermosura del caballo, muy hermoso efectivamente, en que va montado. El caballo no piensa lo mismo; pero es porque el caballo no piensa en nada. Que si pensara, creería también suyo, probablemente, el jinete que tiene en la grupa.

Más valdría, en tal caso, no pensar nada, como el caballo, que pensar tontamente como el jinete.

Obsérvese, sin embargo, con cuánta solicitud saludan las gentes y reverencian al segundo, al caballero. Y es a causa del primero, a causa del caballo, según se me alcanza, como es a causa del automóvil en que van sentadas, corriendo a todo correr, por lo que son objeto de reverencia esas señoras que pasan. Éstas lo son también, quizá, con motivo de unos suaves pellejos de nutria en que van envueltas, aunque no hace frío, y de unas flotantes plumas de avestruz que llevan en la cabeza, para diversión del viento.

Esas señoras consideran que la belleza de esas plumas y pieles de animales son atributos de sus personas, méritos propios; hasta lo es, para ellas, la rapidez del automóvil que las conduce. Se juzgan rápidas y fuertes.

Ni las nutrias, ni los avestruces, ni el constructor del vehículo, ni siquiera el inventor de su ingenioso mecanismo, comparten el triunfo de esas gloriosas personas... ¡Oh, la gloria!

PARA VER A DIOS

I

No es posible que tú creas que un hombre docto que emplea su vida toda en el estudio de la Sagrada Teología puede, a fuerza de raciocinios, llegar a ser un buen ingeniero de calzadas y puentes; tú no te arriesgarías, me parece, a pasar por el que ese docto maestro te construyera sobre el río.

Y sin embargo, me invocas el nombre de un sabio ingeniero de puentes y calzadas, como el de una autoridad, cuando hablamos de cosas espirituales, y tratamos de reconocer y adoptar la religión, por ejemplo, en que hemos de cruzar la vida, el puente de la vida.

Convengamos en que no eres lógico, y en que, si hemos de reconocer alguna autoridad, la indicada en este caso es, más bien, la del profesor de teología. No es ésta, sin embargo, la que más lo está, en mi concepto; juzgo más indicada la del santo, el verdadero sabio, el solo sabio en la ciencia de pasar de una costa a la otra, del tiempo a la eternidad: la ciencia de vivir y de morir.

II

Alguien ha dicho que la ciencia de morir o cruzar el abismo no es experimental, porque no se muere más que una vez. Pues sí: es ésa, precisamente, la ciencia de los santos, los solos maestros. Ellos nos predican, nos enseñan con el ejemplo, mejor dicho, eso que llaman *desasimiento,* ruptura paulatina y constante de

los vínculos que nos atan a la vida del tiempo. Ese *desasimiento* no es otra cosa que una constante experiencia de la muerte; el desprender con cuidado, sin dolor casi, casi con deleite, la venda de una herida.

La muerte debe sobrevenir entonces como una continuación, sin echarse de menos la vida, que está muy lejos, medio olvidada, terminada hace tiempo. Si pensamos en la diferencia que puede haber entre lo que no hemos sabido nunca y lo que, sabido alguna vez, hemos olvidado por completo, nos daremos cuenta de la analogía entre el olvido total de la vida y la experiencia de la muerte.

Un santo que muere es un hombre *que se recuerda* o vuelve en sí.

III

Tú puedes y aun debes esperar, con la mayor firmeza, morir de ese modo. Que el número de los santos es más grande de lo que te imaginas; es innumerable, porque lo son las misericordias de Dios de que ellos son obra predilecta.

Tú tienes que entrar en ese número... si quieres, por supuesto, si quieres. Ahora, ¡si no quieres! ¡Si te empecinas en consultar para ello al ingeniero de puentes y calzadas, y en seguir su consejo, en vez del de los santos!

Se ha dicho que "querer es poder". No es del todo exacto; no todo lo que se quiere se puede. Pero es indudable, eso sí, que para poder es preciso querer.

IV

No esperes con demasiado empeño, para ver a Dios y amarle, las pruebas o demostraciones matemáticas

de su existencia. Eso es cosa de ingenieros de puentes y calzadas. Nadie ha medido con más seguridad que Pascal, ni con tanta quizá, el poder y alcance de las matemáticas, "de nuestras pobres matemáticas" dice Kipling. Y es Pascal, el genio de las ciencias llamadas exactas, el que nos dice: "Incomprensible que Dios sea, e incomprensible que no sea; que el alma esté con el cuerpo y que no tengamos alma; que el mundo sea creado y que no lo sea, etc., que el pecado original sea y que no sea".

Sólo al través de tu corazón puedes ver a Dios. La voluntad no sólo estimula la conquista de la verdad; transforma nuestro conocimiento.

No pretendas acercarte a la *Luz* yendo de espaldas. Cuanto más creas acercarte así, con solos tus raciocinios, al increado foco, *Luz de Luz,* más grande será la sombra que proyectes. Tus dudas son eso: tu propia sombra sobre el suelo en que caminas.

No te encontrarás con ella si vas de frente, con los ojos cerrados; verás la luz a través de los párpados. Pero ten el alma abierta, el corazón transparente y limpio. Que es él quien en nosotros ve.

Así lo dijo el solo Maestro, que no lo era, por cierto, de nuestras pobres matemáticas: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

AFINACION DEL ALMA

La música, que descansa en los principios matemáticos, no puede ir contra esos principios. Pero no se preocupa de ellos; no piensa en ése su fundamento; no le concierne.

Alguna analogía tiene con eso la fe religiosa en su relación con la filosofía, bien que ésta no sea su fundamento: no tiene por qué ni para qué estar con ella ni contra ella; le concierne mucho menos que la matemática a la música; no se preocupa de ella.

Todo sin perjuicio, por supuesto, de que, en último término, siempre sea la verdad matemática quien determine la afinación o desafinación de un sonido o de un acorde, y la Verdad Sustancial quien resuelva sobre la incorporación o adaptación de un alma al coro de los espiritus o armonía de las esferas, o ritmo de la vida anterior al tiempo, en su primera vibración sin principio.

MUSICAL

La palabra nos dice, narra o describe lo que pasa en el alma humana; la música lo produce en ella, lo hace pasar; nos infunde el entusiasmo, la melancolía, la alegría, la tristeza, sin decirnos nada. La palabra que hace las dos cosas, decir, narrar o describir los movimientos del alma y producirlos con su sonido, es la palabra musical, o arte de la palabra, o arte literario.

Todas las artes tienen algo de eso. El dibujo, la pintura, cuando son sólo descriptivos o narrativos, constituyen la obra del ilustrador o escritor por imágenes, que, tan próximo al artesano como al artista, se acercará a éste tanto más, y se alejará tanto más de aquél cuanto menos diga o escriba.

No es arte literario, sin embargo, la música de la palabra, la palabra musical, mejor dicho, que no tiene sentido alguno concreto, inteligible por convenio previo entre los hombres, ni son arte pictórico las combinaciones de colores o de líneas sin relación alguna con la realidad objetiva. Esos fenómenos pueden ser deleite del oído o de la vista, música del sonido o del color; pero no arte literario; ni arte pictórico propiamente.

LUZ DE LUZ

La religión de los antiguos paganos (la de los griegos fue su cúspide) no era otra cosa que una poesía práctica. Sus apóstoles y maestros eran los poetas.

La poesía es un aspecto de la verdad, su resplandor acaso; pero no es toda la verdad. El arte puede ser el fin del arte; pero no es el de la vida, he dicho yo alguna vez.

Y la Religión, que es principio y fin en la creación, o no es nada o lo es todo: lo creado y lo increado.

El arte es hijo de la imaginación; es hermano mayor de la ciencia; la precede en el tiempo.

Pero la Religión es la hermana mayor de ambos, la primogénita; los precede en el tiempo y en la esencia.

La poesía es hija de la fantasía, que concreta y combina sensaciones para despertar sentimientos, por medio de la imagen, como la ciencia lo es del entendimiento que abstrae para descubrir verdades por medio del raciocinio. Pero ambas son operaciones parciales de un alma sola, de la misma.

La religión que lo es total del alma, que es toda su vida, principio y fin, como decimos, está sobre esas operaciones.

¿Dices que la Ciencia es antagónica de la Religión, o que hay que optar entre la una y la otra? ¿Y será también la ciencia antagónica del arte? Pues si no hay antagonismo entre la ciencia y el arte, menos puede haberlo entre ambas y la Religión; menos deben ex-

cluirse. El arte es hermana mayor de la ciencia; la precede, como hemos dicho, en los hombres y en los pueblos. Pero la Religión es la hermana primogénita de ambas; las precede y las refunde y las conduce.

La Religión no es hija de la fantasía ni del entendimiento humanos. No es imagen ni percepción, ni juicio, ni raciocinio: es evidencia inmanente, habla interior. Es hija del entendimiento divino. Por eso la natural se perfecciona en la revelada. Cristo dijo que Él *era la Verdad.* ¿Qué *verdad?* Ninguna de las existentes; una Verdad o Vida Nueva. Eso en teología se llama *Gracia,* si no me equivoco: la *Vida Nueva* que trajo Jesús de Nazareth; la que no existía antes de venir Él.

La bella religión de las estatuas y de los poetas es más accesible a los sentidos, como que sale de ellos; es como la luz de los planetas. Por eso la sensualidad resucita el paganismo, y el cristianismo se difunde en razón directa de la estirpación de los sentidos corporales.

Quedan los espirituales, los aptos para ver el Sol, y los ángeles; y las esencias, y los Números Invisibles secreto y causa de Todo... la Luz de Luz.

PRINCIPE Y GAUCHO

I

Shakespeare, el inglés, es un creador, como no hay otro, de hombres y mujeres, como sabemos; pero lo es también, no menos genial, de monstruos. No hablo de Lady Macbeth, ni de Ricardo III, ni siquiera del bruto de Calibán. Este deforme y repugnante Calibán es el hijo de una bruja, y no es de extrañar, por lo tanto, que sea un borracho perdido y un desalmado ingrato; tampoco que tenga las piernas parecidas a las aletas de un pescado. Pero el príncipe Hamlet, que no es hijo de bruja sino de rey; que es bello como un dios, y que, al parecer, no es un malvado, revela a veces instintos más diabólicos que el mismo Calibán. Es mucha creación la de ese enigmático príncipe de Dinamarca vestido de negro como un joven cuervo, y que ha sido tema de tantos y tan variados comentarios e interpretaciones. Unos dicen que era loco; otros que no. Ojalá lo hubiera sido de remate, en el caso sobre que vamos a discurrir.

Todos sabemos que vengar el asesinato de su padre, el rey de Dinamarca, fue el motor de sus actos. Su padre había sido asesinado por el propio hermano, que, casado con la viuda del muerto, madre del príncipe, sucedía a aquél en el trono. El joven Hamlet buscaba la ocasión de matar a su tío criminal, en cumplimiento de la orden que había recibido de una sombra o espectro, que se le había aparecido en la explanada del castillo, con todas las apariencias del rey

su padre, por más que no estaba seguro de que aquello no había sido una ilusión, o algo peor. Y tan no lo estaba, tan no tenía fe en la revelación aquella, que se pasaba las horas, dando y cavando, en recoger informes, en observar detalles. en hacer experiencias, para cerciorarse de si lo que había visto en la explanada del castillo era o no su padre realmente: observaba, raciocinaba, y, por fin, como prueba experimental, hacía que unos cómicos, en el teatro de palacio, en presencia del rey, de la reina y de toda la corte, representasen la escena del asesinato, tal cual el fantasma se la había descrito. El efecto que produjera en los reinantes esposos la parodia, sería la prueba decisiva de la realidad del aparecido, de la verdad del crimen de aquéllos, y de la misión que el príncipe se atribuia. Esta no era otra, según él, que "la de poner orden en un siglo desconcertado". Esa era su creencia, cuando menos, clave de su conducta, en el sentir de Goethe, que quizá tiene razón.

Y he aquí que, más o menos convencido por el efecto de la comedia, cree hallar una ocasión propicia, por fin; el nuevo rey, el asesino, está allí, de rodillas, rezando. Hamlet desenvaina la espada, se acerca sigilosamente, se detiene... Y... no lo mata. Veamos por qué. Oigamos lo que dice.

Hamlet. — Está rezando... Ahora podría yo dar oportunamente el golpe, y ahora lo daré... (desenvaina la espada). Sí... pero.. así se va al cielo... ¿Y es de esta suerte como quedo yo vengado? Hay que examinar esto con madurez. Un infame asesina a mi padre, y yo, en pago de semejante acción, yo, el hijo único, mando a la gloria a ese mismo infame. ¡Ah! Eso fuera estipendio, o remuneración, que no venganza. El traidor sorprendió a mi padre sumido en

grosera sensualidad, después de opíparo banquete, con todos sus pecados en plena florescencia, tan llenos de savia y vigor como una planta en Mayo. ¿Y quién sabe, salvo el cielo, cómo rindió su cuenta final? Por los indicios, inclínome a pensar que muy aflictiva es la suerte suya... ¿Y queda cumplida mi venganza hiriendo al delincuente mientras está purificando su alma, en el momento preciso en que se halla bien dispuesto, y preparado para el trance fatal de la muerte?... No; vuelve a tu sitio, espada, (envainándola) y elije una coyuntura más horrible: cuando se halle amodorrado por la embriaguez, o en un acceso de furor, en los incestuosos placeres de su lecho, jugando, blasfemando, o en ocasión de ejecutar un acto tal, que no deje la menor esperanza de salvación para él. Entonces da en tierra con ese miserable, en tal guisa, que sus talones tiren coces al cielo, y su alma sea condenada, y tan negra como el infierno a donde se precipite".

He ahí una siniestra idea, que no es la de un loco, por cierto; de todo tiene menos de loco, de irresponsable, quien así discurre. Tampoco es un escéptico; ese hombre recuerda, razona, cree. No, no es un loco; es otra cosa lo que Shakespeare quiso plasmar en esa figura misteriosa y poliforme. El problema que nos sugiere cuando envaina la espada ante el culpable que reza es de lo más hondo que puede imaginarse. Calibán, con ser hijo de bruja y nieto del diablo, no hubiera tenido idea más diabólica.

Algún comentarista, uno entre los sin cuento de ese drama, ha dicho que esas reflexiones de Hamlet no deben hacernos suponer en él un refinamiento de crueldad; juzga que "como todas las personas más reflexivas que dispuestas a obrar, el príncipe busca,

sin darse cuenta de ello, un pretexto, más o menos válido, para ir difiriendo la ejecución de sus planes".

Bien pudiera ser eso. El tipo de Hamlet encarna, en primer término, no hay duda, la irresolución, la impotencia, mejor dicho, que fluyen necesariamente de la fe vacilante o nula. La de Hamlet en la aparición es de ese género; él no tiene fe en la revelación del fantasma. No tiene la fe capaz de engendrar actos heroicos; pero sí la suficiente para mantener en ese espíritu enfermo, melancólico, la idea de venganza no reflexiva, es decir, la verdadera pasión satánica, si pasión puede llamarse al instinto de mal eterno, frío, reflexivo, que ha de ser la del espíritu puro culpable, la del ángel caído, que no puede satisfacerse con la venganza temporal que termina, sino que necesita de la que no concluye, de la eterna.

II

No sé si entre las creaciones de Shakespeare está la que encarna el otro espíritu, existente también, por suerte, en la naturaleza humana; pero conozcamos un caso en que se nos ofrece encarnado en un tipo o carácter, de una gran simplicidad, que bien pudiera incorporarse a las criaturas del poeta. Es un caso perfectamente auténtico. Ocurre en ésta mi tierra del Uruguay, tan distante del reino de Dinamarca.

Un hombre de nuestros campos, un *gaucho,* como se le llama, llega a caballo, a gran galope, a la casa del cura de una pequeña población, cuyas blancas azoteas salpican la colina verde en que está tendida, rodeada de muchas otras desiertas. Sin desmontarse, el gaucho golpea la puerta con el mango del rebenque.

Viene a pedir asistencia o socorro espiritual para un moribundo, con urgencia.

Aún no es de día; las dos primeras partes de la noche se han ido; sólo queda un resto de la tercera; las estrellas se inclinan, y las del horizonte, la Cruz del Sur; el Alfa del Centauro, comienzan a diluirse en el cielo. A la luz de las cenitales, Sirio, Canope, Orión, el gaucho y el sacerdote, que ha montado sin tardanza a caballo, galopan, como sombras, por el campo mojado de rocío, en la semioscuridad.

Las cosas van saliendo de la niebla, despojadas de sus colores: una vaca que rumia en la loma; un gran pájaro blanco, dormido en el borde de una barranca; un árbol solo; una *tapera*, o ruina de tierra negra, en compañía de un *ombú*. Ya no se oye el ladrido de los perros que dejaron detrás, en las inmediaciones del pueblo; se cruzan soledades, y se oye sólo el galope de los dos caballos.

El gaucho, silencioso, guía hacia el monte, que se ve aparecer allá abajo, entre las colinas ondulantes. El sacerdote lo sigue; pero, cuando advierte que están cruzando por entre los primeros árboles del bosque lleno de sombra, se detiene, y mira receloso a su conductor. Por allí no se va a ninguna parte. El arroyo corre allí cerca, en el bajo de la loma, entre matorrales; se oye el ruido del agua.

—No tenga miedo, padre... Un poco más allá... ¡Allí está! ¿No lo vé?

Allí estaba, efectivamente, en el suelo, un hombre inmóvil, boca arriba, con la cabeza hacia atrás como si llamara; con los ojos muy abiertos, pero fríos, de esmalte. La mirada acababa de irse de allí para siempre.

El cura desmontó, y se arrodilló junto al hombre muerto.

El gaucho, sin apearse, miró a éste algunos instantes, como para convencerse de que estaba realmente muerto; bien muerto como ellos dicen; levantó lentamente, con la mano izquierda los pliegues del poncho, que se echó sobre el hombro, y, con la derecha, sacó del cinto de cuero claveteado de chapas de metal, una moneda de plata, que extendió al sacerdote, diciéndole: tome, padre... dígame una misa por el alma de ese difunto... yo lo maté... peleamos... lo maté... El pedía confesión...

....

Y al trote de su caballo, lentamente, se internó en el monte. Fue a esconderse de la justicia humana.

El sacerdote, de rodillas junto al muerto, siguió al jinete con los ojos, hasta perderlo de vista entre los árboles.

AHORRO Y RIQUEZA

Está bien; has pasado tu vida, de la que ya te queda poco, has pasado la vida recogiendo dinero, billetes de banco, monedas acuñadas y demás. Han pasado a ti, por otra parte, muchas cosas buenas que eran de otras personas: construcciones, tierras, plantas, animales útiles. Todo ha ido a tus manos, desde las de otros semejantes tuyos, que se han quedado sin ello, por menos diestros o menos activos que tú.

Has hecho, para quedarte con ello, tantos esfuerzos como muchos santos o muchos sabios: tú has sido un fuerte servidor, un leal servidor del adusto dinero. Por él, para guardarlo, para cuidarlo, has dejado de servir no sólo a Dios y a los hombres, sino que te has privado tú mismo de muchas cosas que son el deleite, unas veces elevado y otras no, de los demás. Te has privado también, por ese amor, de muchos otros amores buenos, de muchos afectos: has roto aun los vínculos de la sangre, cuando has tenido que ejercitar tu derecho de dueño.

Bien está: has llenado todos tus deseos, tu solo deseo, mejor dicho, que es ver en tu poder las cosas que estaban en el de los otros, aunque tú no las necesitaras y ellos sí; aunque tú no tengas tiempo, y ellos sí, de disfrutarlas.

Porque tu goce no ha sido otro que el de llamar *mío,* irrevocablemente *mío* a todo eso. Y bien será nos entendamos sobre este particular. *Tuyo,* si lo miramos con juicio, no ha querido decir necesariamente

para ti, gozado *por ti*, sino separado por ti del goce de los demás; separado por el mayor tiempo posible; hasta el día de tu muerte, cuando menos.

Si dijeras que tú guardas todo eso también para otros, para tus hijos, por ejemplo, no me dirías la verdad: el prurito que has sentido y te ha estimulado es sólo el de recoger dinero, el de guardarlo; el pensamiento de su destino no ha entrado como motor de tu actividad. Mira bien en ti mismo, y verás eso con claridad. Tus propios hijos han sido y son tus rivales, algunas veces.

Huelga decir que tú, al guardar todo eso de que no disfrutas ni disfrutarás, no te das cuenta de que eres instrumento de ciertas benéficas leyes naturales. Ni remotamente has pensado en que estás guardando para la sociedad futura, y que, mal de tu grado, eres un ser benéfico en la naturaleza. Lo eres, no te quepa duda, al dejar de consumir, aunque lo serías más si no retardaras el empleo de eso que guardas, y que es una fuerza, un instrumento de trabajo, que puede reproducirse. Consumir es sólo transformar.

Las cosas esperan en tus manos a su verdadero dueño: al que ha de poseerlas, y hacerlas madres.

Veamos ahora qué haces con ese excedente que te queda, mil veces mayor de lo que has menester para llenar tus deseos, así vivieras cien años, o más de cien años.

Veo que eso te da un poder, superioridad tangible, visible, sobre los demás hombres. Advierto que cuando ves un sabio o un santo o un héroe que pasa a tu lado, les miras las manos, y los aprecias según lo que tienen en ellas, nada más. Pero ni siquiera gozas de tu triunfo sobre el sabio y sobre el santo; porque tú no gozas de las muestras de respeto, de las reverencias que te

hacen a ti, y que no hacen al sabio o al santo. Tú no las has buscado ni las buscas; tú, con no mal sentido, por otra parte, no sabes de gloria, ni de honores; no aprecias en nada, tampoco, la estimación de tus semejantes; todo eso te tiene sin cuidado.

Goza, pues, del goce para el que tienes facultades, oh vencedor; extiende tus monedas y papeles sobre una mesa, y ponte a esperar la muerte, sentado en la puerta de tu casa.

No tienes otra cosa que hacer por ahora: esperar la muerte. Después... serás tanto como el santo o el héroe; éstos ya no serán tus inferiores, sino tus iguales; la misma cosa que tú en todos los conceptos..., es decir, en todos los conceptos... menos en uno, eso sí... menos en uno...

II

Ahora, tú que estás en el otro extremo, tú que has pasado la vida sin pensar en recoger ni en guardar nada; que, pensando sólo en el día de hoy, como si el mañana no existiera, has consumido, en el día. todo aquello de que has podido disponer, tú tampoco eres sabio, ni santo; no lo eres más que el otro, no te hagas ilusiones; no eres mejor que el otro. Los sabios y los santos *ahorran;* tú no; ellos son *ricos* y tú no; tú eres tan pobre como el que no hace otra cosa que guardar.

Bien será nos entendamos, antes de pasar adelante, sobre eso de *ahorro* y de *riqueza.*

El ahorro, lo que llamamos ahorro, es trabajo guardado, precisamente, conservado, acumulado. Y es a esto a lo que llamamos riqueza, que suele llamarse también capital, propiedad, tesoro, valor, caudal, etc., etc. Tiene muchos nombres, más o menos propios; todos apro-

ximados. Riqueza o propiedad y ahorro son ideas parecidas; si no idénticas, son muy semejantes.

No hay riqueza sin ahorro. Este, en cambio, es riqueza en sí mismo. Disminuir tus necesidades es llenar tu bolsa, ha dicho alguien, no sé si yo mismo, en alguna parte. Ahorrar es abstenerse de consumir, es decir, dejar algo para mañana, para nosotros y para nuestros semejantes. El millonario que ahorra es más digno de alabanza cuando ahorra que cuando da el dinero equivalente. Ahorrando, se priva de algo; dando dinero, no se priva de nada.

El ahorro es trabajo y previsión, trabajo inteligente. Observemos que la previsión existe en los animales, en ciertos animales especialmente, de que es tipo la silenciosa hormiga, como es sabido. Por eso se le atribuye inteligencia, y no sin alguna razón. Pero es una inteligencia especial, que llamaremos colectiva, si os parece; no del individuo sino de la especie.

La riqueza y la propiedad son también colectivas, por lo tanto, en ese caso; no son, bien mirado, *propiedad*, es decir, incorporación de las fuerzas o facultades de una persona, de un ser libre, dueño de sí mismo, fin de sí mismo, en una cosa, que viene a ser así parte integrante de la persona que la ocupa o informa o transforma, inseparable de ella, independiente de ella, de su voluntad individual, que es lo que se llama propiedad; son, más bien, algo semejante al fenómeno de un río que pasa y deposita sus aluviones; un simple fenómeno de la naturaleza, no fin de sí mismo sino medio para que otros realicen o consigan el propio.

La previsión en el animal que ahorra es un instinto o actividad engendrada por energías fisiológicas, y determinada por extrañas fuerzas; una ley de la espe-

cie, como hemos estado conformes en decir. Una hormiga no es rica ni propietaria; el propietario es el hormiguero, la naturaleza... nadie.

En el hombre es otra cosa; la previsión es una virtud, una recta actividad del espíritu, que obedece a fuerzas inmanentes que la determinan: ley del individuo, prenda de libertad, prueba de superioridad de unos individuos sobre otros, dentro de la especie misma, como lo es de inferioridad o de semejanza con el bruto la imprevisión, el hartazgo seguido de hambre, o el anhelo de vivir del bien común, de la propiedad de todos o cosa de nadie, *res nullius*. El bruto es naturalmente comunista. Y de ahí que, muy a menudo, el comunista sea naturalmente bruto.

Los pródigos o insensatos confunden generalmente la economía o el ahorro con la avaricia; pero son los dos polos opuestos; los dos polos, precisamente. Lo primero, el ahorro, la previsión serena, no angustiosa, la abstención de un goce, es una virtud, como hemos dicho; lo segundo, la avaricia, que nada tiene de previsión, nada de ahorro, es uno de los vicios capitales. El avaro no ahorra propiamente; no se priva de nada que desee, pues, ya lo dijimos, su solo deseo es guardar, no gastar nada, ni siquiera los frutos del árbol, que se llaman *renta*, cuando el árbol se llama dinero, o capital o fortuna. El avaro no es rentista, aunque acumule frutos. Ser rentista, dice Lemire, es tener tiempo de servir a los demás.

Pero, ya no digo el avaro, aun el hombre dado sólo a hacer fortuna o caudal no se considera jamás rentista; se juzga siempre jornalero, trabajador, hombre de recibir, no de dar; hasta la muerte.

Predicar el ahorro es estimular las facultades superiores: predicarlo en el niño es enseñarle a ser hom-

bre, recordarle que lo será, que será un hombre, es decir, un dueño y forjador de sí mismo por la repetición libre de buenas acciones, que son golpes en el yunque, lo que se llama *virtud*, fuerza, golpes en la voluntad forjador del carácter, que es belleza.

Esto no es incompatible, por cierto, sino concordante con la fe y la confianza en la Providencia, y con la Caridad o amor a nuestro semejante por amor a Dios. Pero no sólo no son incompatibles; si bien lo miramos, el ahorro rectamente entendido, el ahorro virtud, acopio de buenas acciones, no avaricia, que lo es la caridad, como lo son de la ingratitud, de la soberbia, y aun del egoísmo, el derroche, la imprevisión, el lujo, que, tanto o más que en los hombres y en las mujeres.

VOLUMENES PUBLICADOS

1 — Carlos María Ramírez: Artigas

2 — Carlos Vaz Ferreira: Fermentario

3 — Carlos Reyles El Terruño y Primitivo

4 — Eduardo Acevedo Díaz: Ismael.

5 — Carlos Vaz Ferreira: Sobre los problemas sociales.

6. — Carlos Vaz Ferreira Sobre la propiedad de la tierra.

7. — José María Reyes: Descripción geográfica del territorio de la República O del Uruguay (Tomo I).

8. — José María Reyes: Descripción geográfica del territorio de la República O del Uruguay. (Tomo II).

9. — Francisco Bauzá Estudios literarios.

10 — Sansón Carrasco. Artículos

11 — Francisco Bauzá Estudios constitucionales

12 — José P. Massera. Estudios filosóficos.

13. — El Viejo Pancho: Paja brava.

14. — José Pedro Bellán: Doñarramona.

15. — Eduardo Acevedo Díaz Soledad y El combate de la tapera.

16 — Alvaro Armando Vasseur Todos los cantos.

17. — Manuel Bernárdez. Narraciones.

18 — Juan Zorrilla de San Martín Tabaré.

19. — Javier de Viana: Gaucha.

20. — María Eugenia Vaz Ferreira La isla de los cánticos.